



Lindaura Anzoátegui Campero
de Campero

**DON MANUEL
ASCENCIO PADILLA**

Episodio Histórico

1896

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

PRESENTACIÓN

I

Cristina Paz Campero de Flores, entre sus muchas virtudes señoriales, tiene la de conservar amorosamente sus tradiciones familiares, pero no como tesoros escondidos a la luz del día. Los muestra a quienes desean conocerlos, y a la vez hilvana evocaciones de sus padres y lo que por la transmisión oral de ellos sabe de sus antecesores.

En sus abundantes archivos, de apariencia desordenada, me mezclan cuadernillos escritos con caligrafía firme y trazo uniforme, periódicos, recortes de publicaciones, folletos, libros, fotografías, cartas atadas con cintas; innumerables objetos personales que su actual poseedora aprecia en mucho. Y allí están las cosas que hizo o tocó su ilustre abuela doña Lindaura Anzoátegui Campero de Campero.

Pasear la mirada por las colecciones de recados recibidos, versos, memorias de viaje, papeles finos escritos por su abuela con tinta que apenas ha perdido el color, es percatarse de encantadores recuerdos de una familia distinguida que no poco tuvo que hacer en Bolivia. Me detengo a contemplar una fotografía conocida por las muchas veces que se la ha publicado. Es un cartón pequeño, donde aparece la imagen de medio cuerpo de doña Lindaura, salido de la "Photographie F. Milnier, del 25 Boulevard des Italiens de Paris". En el reverso se lee: "Exposition Universelle 1876" Luce un sobrio vestido de moaré y en el pecho un camafeo; un peinado como regia corona de bellas y brillantes trenzas. Está tomada a los cinco años de casada y cuando ya es madre de dos hijos; es una fotografía en sepia, bien conservada, y constituye uno de los bienes de familia, estimado por sus descendientes, y por Cristina Paz Campero, que siente devoción por su insigne abuela.

Casualmente tuve ocasión de ingresar en la balumba de preciosos objetos que pertenecieron a doña Lindaura Anzoátegui Campero de Campero, y con la guía de la nieta, conocer algo del ambiente de la escritora boliviana, la mujer, la artista, la poetisa, la esposa, la madre. Ciertamente que en la inmensa biblioteca que tenemos en mi hogar he leído con curiosidad algunos versos y narraciones de esta sobresaliente intelectual y entre ellas su novela **Huallparrimachi**, en la que por ser una composición de ficción, no están reproducidos los versos del joven poeta quichua, si la memoria no me traiciona, recogidos en **Tradiciones Potosinas**, de don Modesto Omiste y que me impresionaron cuando yo estudiaba secundaria. Creo que comenzaba así: "Verdad es, paloma, que a tierras lejanas..." Huallparrimachi es más conocido como personaje de la obra de la señora Anzoátegui de Campero.

No es lo único que he leído sobre la escritora. Seguí atentamente lo que de ella dijeron los críticos de la literatura nacional, como seguí lo que estos opinaron acerca de otras mujeres que escribieron, enseñaron, pintaron o llegaron a la Universidad. Tal vez la mía sea una justificable curiosidad femenina.

De la petaca de papeles, cartas, cintas, periódicos, de Cristina de Flores, fueron apareciendo el libro En el año 1815. diversos manuscritos, artículos publicados en periódicos con el pseudónimo **El Novel** y un legajo con el nombre de **Manuel Ascencio Padilla**, terminado de componer el año 1896, con la letra de doña Lindaura. "No pudo corregir su obra", me dice Cristina. Me pongo a saborear su comienzo, estimulada por la sencillez y claridad del relato y la naturalidad de la exposición.

Mientras mi esposo seguía el rastro de cosas históricas y hacía preguntas sobre el General Narciso Campero o de periódicos con los que parece entusiasmarse, yo preferí enterarme de la vida de la mujer que desde la adolescencia entró en los recintos del drama cuando murieron primero su padre, después su madre y años después su hermana Adelaida.

Cristina y mi esposo platicaban sobre el manuscrito y éste se comprometía a publicarlo, compromiso que ahora se cumple. De mi parte, me hice el propósito de volver a leer los escritos de doña Lindaura, labrados con gusto femenino y pensamiento delicado pero vigoroso, para comunicar mis impresiones en los grupos femeninos en los que suelo hacer charlas. Fué entonces que mi marido, como si adivinase mi intención, me preguntó si me gustaba la poetisa y la escritora, la artista, en fin, la figura admirable de la señora Anzoátegui de Campero. Respondí que me satisfacía sobremanera. Fué entonces que me propuso:

—¿Por qué no escribes un prólogo para la edición de esta novela?

No contesté con firmeza, pero la idea me revoloteó en la cabeza durante algunos días, y de pronto me vi curioseando en la biblioteca de mi casa, hojeando libros y con lápiz en la mano para tomar notas. Me decía que sería oportuno que una mujer se refiera a otra mujer.

Cuando termine el borrador que podía ser prólogo, se lo mostré a mi marido. Lo miro por encima y sin sopesar mis opiniones, me dijo:

—Está bien, lo publicaremos.

Para mi coleteo pensé: Quién entiende a los hombres...

II

Doña Lindaura, mujer notable de letras, colaboradora de periódicos, con composiciones poéticas celebradas en su tiempo, no paso ignorada. Sus datos biográficos han sido explayados por don José Macedonio Urquidi en su libro **Bolivianas ilustres** y por don Heriberto Trigo Paz en Poesías tarijeños. Según esos dos autores y conforme a la relación verbal que me hace Cristina Paz Campero de Flores, el linaje de los marqueses del Tojo, por la rama Campero se remonta a don José Fernández Campero de Herrera, quien vino de España por el año 1667. Desde ese tronco se esparció la familia. Lindaura fue la cuarta hija de don Manuel Anzoátegui, vinculado con familias argentinas y de doña María Calixta Fernández Campero, matrimonio que tuvo doce hijos, varios que murieron en la infancia. Sobreviven un varón y cuatro mujeres.

Lindaura nació en el Valle del Tojo, según el señor Urquidi el 19 de febrero de 1846 y según el señor Heriberto Trigo Paz, el 31 de marzo de ese mismo año. La diferencia de un mes y días, única discrepancia entre los dos autores, coincide en el año. Pasó su infancia en la hacienda San Salvador. Urquidi indica que desde niña fue adicta al estudio, pues a los cinco años ya sabía leer. Refiere que ya jovencita ayudaba a su padre en la atención de la correspondencia y le atribuye también espíritu reconcentrado, aficionado a la soledad y de inclinación religiosa. La familia Anzoátegui-Campero se trasladó a Sucre, donde Lindaura prosiguió sus estudios, pero no aclara si tuvo profesores particulares que en ese tiempo era lo frecuente. En esta ciudad estudió contabilidad, lógica, retórica, francés, y fue asidua lectora en la biblioteca paterna. Desde sus quince años fue acibarada por aficciones. Primero murió su padre y poco tiempo después su madre, cuando ella cumplía 16 años. Menor de edad, Lindaura pasó a vivir en la casa de su hermana mayor Adelaida, casada con don Pedro José Zilveti, quién ocupaba una posición social espectacular y cuya residencia era visitada por la sociedad chuquisaqueña y por personales políticos. Allí conoció al general Mariano Melgarejo, sobre quien el dueño de casa ejercía algún influjo. Conoció también a todas cuantos se movían en el mundillo oficial: militares, doctores, empleados públicos, diputados, senadores. Antes que en ese aspecto de la sociabilidad, se interesó en la especulación intelectual, y formaba parte del "Grupo de Lectura", en el que los jóvenes con aficiones culturales se reunían para exponer y discutir asuntos literarios.

Pronto dejó de existir su hermana Adelaida dejando seis hijos, los cuales fueron cuidados por Lindaura y por don Pedro José Zilveti. Transcurrieron sus labores entre la ciudad de Sucre y la hacienda **Huerta-mayu**. En la adversidad, pero no en la escasez de bienes materiales, formó y pulió su personalidad hasta convertirse en una mujer hecha y derecha, dedicada a sus sobrinos, sus lecturas, a la actividad social. Pasaron así diez años durante los cuales sus sobrinos desarrollaron normalmente y los jóvenes del "Centro de Lectura" se lanzaron al ejercicio de la literatura. Ella, tal vez desconfiada de su propio valer, recataba sus escritos. Se menciona un relato corto suyo que tenía el

nombre de Manuel, conocido por sus amigos, pero extraviado. No se lo ha encontrado entre los papeles que dejó a sus hijos; y además un tomo de poesía patriótica:

En el gobierno del general Melgarejo, la gente civil se puso a amarrar conspiraciones tras conspiraciones, sin más resultados que sacrificios humanos. Después de haberse sostenido a sangre y fuego sobre miles de cadáveres de patriotas, fue vencido en enero de 1871 en las calles de La Paz. En ese año llegó a Sucre, como vencedor, el general Narciso Campero y cortejó a Lindaura y la llevó hasta el matrimonio que fue bendecido el 8 de octubre de 1871, según Urquidí, y el 24 de julio del mismo año según Trigo Paz. Ella tenía 26 años y él 59. Once días después, según el relato del señor Urquidí, el nuevo matrimonio emprendió viaje a Europa. Su marido iba acreditado ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Francia, Inglaterra e Italia.

La pareja recorrió varios países, y mientras él llenaba sus funciones diplomáticas, ella, sin descuidar el papel que le tocaba desempeñar, se perfeccionó en el inglés. Fruto de su aptitud en el conocimiento de idiomas, fueron las numerosas traducciones al español que hizo y entre ellas, **Los prometidos esposos** de Manzini.

III

Desde su partida de Sucre, en viaje de bodas, doña Lindaura escribió su **Diario**, no publicado aún. Lo he leído en el archivo de la familia Flores-Paz Campero, sorprendida por la forma franca y directa con que traza sus impresiones, y cómo deja en letra menuda y clara la huella de sus sentimientos, sus premoniciones y su personalidad. El **Diario**, en que todo es sagaz descripción y juicios acertados, merecería publicarse. En su inicio literario expresa:

"¡Viajar! Yo no lo deseo nunca, sea por la tendencia al reposo, al que francamente he tenido marcada inclinación toda mi vida, o sea por la seguridad que tengo de los sufrimientos y penurias que se soportan en nuestros malos caminos y malas, malísimas posadas.

"Pero en fin, lo ordena el deber y tuve que abandonar mi hogar, mi familia; me resolví a cruzar las ásperas serranías y las estériles e inmensas llanuras de mi país, alcanzar la costa y desde allí ensayar la vida del vapor, para aclimatarme poco a poco con la de Europa.

"Educada en el amor exclusivo de la familia, acostumbrada a calentarme en el severo hogar doméstico, pegada a él como yareta de nuestras soledades a la peña que la sustenta, pensando en el día de mañana tan tranquilo e igual como el que acaba de pasar, soñando nuevamente en las noches de claridad sin igual de Chuquisaca; cuánto sufrí, Dios mío, al arrancarme violentamente de esas afecciones y de esa vida! Los primeros días me parecían un sueño de sufrimientos; los cerros y las llanuras desfilaban ante mí sin conciencia de lo que veía y este adormecimiento: esta apatía enfermiza sólo se desvanece a medias en Potosí, para dar lugar a emociones distintas sí pero tan penosas, tan desconsoladoras como las anteriores.

"La educación que felizmente recibí desde temprano, me hace ver y apreciar las cosas sin ese velo de ilusiones que generalmente las rodea a la vista de las de mi sexo. Quiero decir que estoy desengañada; no con el desengaño estéril del romanticismo, no, bendito Dios, sino con el saludable y consolador de la sensatez. Nunca me han arrebatado el brillo y la elevación, siempre he considerado esta última por el lado del peligro o del ridículo; y como cobarde y orgullosa que soy, en mi egoísmo nunca deseé en situación brillante, políticamente hablando, a ningún ser de mis simpatías. Pues bien, francamente, lo que ahora me atormenta es pensar que alguna vez pudiera elevarse el hombre cuyo nombre he aceptado para toda mi vida, y este temor me lo han hecho ver más vivo las demostraciones que se le prodigaron en Potosí, muchas sinceras sin ningún género de dudas, pero las más ¡ay! con el espíritu previsor de mis conciudadanos. Yo he sentido lastimada mi alma y lo que sin duda contribuyó a amargarme es que me era imposible distinguir para agradecer la amistad franca de la demostración simulada, en una palabra, al amigo del partidario.

"En Potosí es, pues, donde tomé el peso de la triste situación del hombre de bandera. O mejor dicho, en Potosí comprendí hasta las heces el miserable y amargo papel que se le reserva a la mujer del hombre que da esperanzas de cruzar en su pecho la banda tricolor de la Presidencia.

"Con tan tristes certidumbres, ¿cómo podía ser sino muy triste la marcha por las dilatadas y estériles llanuras que separan Potosí de Oruro? Camino monótono por la monotonía, por el frío y por la incomodidad de las postas, que lejos de aliviar al viajero, pesan sobre él como una pesadilla en una violenta fiebre".

Es una descripción a la vez del recorrido de los viajeros, pero principalmente del viaje subjetivo, alma adentro, que hace doña Lindaura, perspicaz captora de detalles, sensible para percatarse de la actitud de los hombres zalameros, de sus hipocresías políticas, y de sus cálculos. Prefería, a todo lo que pudiera depararle un crucero por tierras cargadas de cultura, su paisaje natal, y un discurrir pacífico, sencillo. Quería su paisaje natal, quería el ambiente de Sucre. "Francamente —

dice en El **Diario** de viaje— lo confieso, aunque deba costar algún empacho esta confesión a mi vanidad, yo no nací para asemejarme al Cóndor que se cierne majestuosamente sobre los blancos y altísimos picos de los Andes; débil alondra busco el abrigo de los árboles, el musgo de los prados y la verdura perenne de la naturaleza privilegiada".

Este es el tono, el tono menor de vida que deseaba, pero el destino no le dará lugar a recogerse en ese estilo de tranquilidad.

Me aparto de estas confesiones representativas de un temperamento inteligente. Tomaré algunos párrafos del "**Diario de nuestro viaje por el norte de Inglaterra y por Escocia en el mes de agosto de 1872**". Dicen: "Tomamos el tren en la estación de **King's cross** en Londres y partimos a York. El camino nos ofreció la verdura y la vegetación que tan hermosa hace por doquiera la campiña de Inglaterra. Llegamos sin novedad a York a las tres de la tarde, y después de tomar un pequeño **lunch**, salimos a visitar la ciudad que es pequeña, pero muy bonita. Entramos al Museo. El parque ofrece una vista preciosa sobre el río, y en un recinto las ruinas notables de unas termas romanas y de un castillo de la Edad media. Pero lo que hace interesante a York es su magnífica catedral, que visitamos el día 9 (viernes) a la una del día. Es una construcción soberbia; la arquitectura pertenece al orden gótico especial, y los vidrios pintados de las ventanas llaman la atención por su magnitud y su belleza. Tiene una capilla lateral preciosísima en forma redonda con la especialidad de que es capaz de contener quinientas personas, su trabazón es tal, que no tiene columna ninguna que sostenga la cúpula."

"En la misma calle de la Catedral hay una preciosa iglesia católica, digna de conocerse."

"Las mujeres de York en general son bonitas". Y así día a día escribe las emociones que recibe. Pero la palabra ya no es quejosa como cuando trazó su Diario a la salida de Sucre.

IV

Doña Lindaura regresó de Europa el año 1874.

De su **Diario** de viaje puede sacarse párrafos impresionantes de cuanto vio y describió en su espléndido caminar por tierras europeas. Su hija, Rosa Campero de Paz, con recuerdos de su infancia, la evocó así: "De aventajada estatura, tenía simpática presencia y porte lleno de dignidad, espléndido cuerpo, cutis terso y blanquísimo; cabello castaño, suave y abundante; el rostro de óvalo prolongado, hermosa frente de atrevidas entradas; ojos pardos, algo pequeños, penetrantes y expresivos, chispeantes de fina ironía, atenuada por la bondadosa y afable sonrisa de su bien dibujada boca, completada por su irreprochable dentadura; nariz fina y agraciada..."

El romántico retrato dibujado por el amor filial fue tomado en cuenta por el señor José Macedonio Urquidi y usado en la biografía que publicó en "Mujeres ilustres".

Ciudadano muy notable en su tiempo, el general Campero era mirado por grupos de personas, como intuyó doña Lindaura en sus apuntes que he transcrito, como aspirante a la presidencia de la República. Y por lo que se desprende de los hechos consignados por los historiadores, le agradaba desempeñar cargos de responsabilidad. Sus amigos ocupaban situaciones políticas altas. El presidente Frías lo llevó a la prefectura de Potosí, ciudad en la que ya fue objeto de una añagaza de fusilamiento. No ejerció ese destino por mucho tiempo. De allí, al golpe pretoriano del general Hilarión Daza, fue llevado a la cárcel, como muchos otros hombres que no aplaudieron el asalto político. A los tres meses salió de la prisión y se retiró a la hacienda San Salvador, que doña Lindaura administraba.

La paz hogareña deseada por la señora Anzoátegui de Campero era imposible. Chile ocupó con su ejército el puerto de Antofagasta. Campero olvidó sus diferencias con Daza y le escribió "Pido se me conceda el derecho de defender a mi patria, como soldado". Ese paso estaba de acuerdo con el temperamento cívico de doña Lindaura. Y su marido no fue soldado sino comandante de la Quinta División, de la cual abundante papel se ha escrito.

La esposa, indignada ante la brutal agresión, publicó en marzo de 1879 una poesía varonil de que copio:

Esposa soy y madre! Mas soy hija
de su suelo también, y en mi mejilla
siento caer la candente mancilla
que te arroja, cobarde, el invasor.

Desde El Salvador dirigió vibrantes versos patrióticos, acogidos en los periódicos. Ya no podía ser la mujer corriente que según su ideal sencillo quería ser. Era la esposa de un hombre de destacada notoriedad. Y los de la guerra no fueron para ella meses de sosiego. Empujada por los acontecimientos y por la situación de su marido, mostró: su temple espiritual pues se consideraba parte de la patria invadida y ultrajada.

Después de haber sido jefe del Ejército Unido, el general Campero fue llevado a la presidencia de la república el 19 de enero de 1880 y confirmado en ese cargo por el Congreso el 19 de julio de ese mismo año.

Doña Lindaura, en los años de la presidencia del general Campero, fue una de las primeras esposas de mandatario que se dedicó a eficaces labores de beneficencia, atención de hospitales, equipamiento de ambulancias. Organizó conciertos y en ellos actuó personalmente. No le deslumbraba la posición de primera dama; cumplía su deber con discreta comprensión de necesidades relacionadas con la guerra injusta y sus consecuencias inmediatas.

Al cumplirse el período presidencial de su marido, se retiró a la hacienda San Salvador, con la certidumbre que entonces podría vivir para sí y para los suyos. Tampoco le estaba dado alcanzar, esta forma de felicidad bucólica. El general Campero fue arrancado de su retiro y llevado a la representación senatorial para formar el grupo de oponentes del presidente Pacheco, su pariente, con quien mantenía un escandaloso pleito judicial por pertenencias mineras y que le ocasionaron sinsabores y persecuciones. Fue entonces que Lindaura, con su pseudónimo **El Novel** salió a la palestra de la prensa para defender a su marido contra quien se ensañaba la venganza.

El 11 de agosto, a los 83 años de edad, falleció el general Campero, dejando cuatro hijos. Doña Lindaura ya no pudo sobreponerse completamente a la adversidad. Enferma, terminó de escribir **Manuel Ascencio Padilla**, novela que hasta ahora permaneció inédita. A los dos meses de viuda, también dejó este mundo, a los 52 años.

V

Los primeros trabajos literarios de doña Lindaura fueron poesías, cuentos y narraciones breves. En su producción en prosa aparecen **Una mujer nerviosa**, **Cuidado con los celos**, **Cómo se vive en mi pueblo**, **Huallparrimachi**. **En el año 1815**, En todos ellos sobresalen sagaces observaciones de psicología femenina y un casi don natural para el uso del diálogo ágil, definidor de estados de alma. **Cómo se vive en mi pueblo**, publicado en 1888, observa costumbres estancadas y viciosas de un pueblo chico. Se dice que **Huallparrimachi** es la mejor entre las conocidas. Para mi gusto no es menos **En el año 1815**.

Las novelas de doña Lindaura están volcadas en el desarrollo del tema central de la guerrilla de los esposos Padilla -Azurduy.

La grata sorpresa que tuve y que también debe tener el lector es la de compenetrarse de la dedicación de la escritora Lindaura de Campero a un tema no único pero sí predominante en su obra: Manuel Ascencio Padilla y Juana Manuela Azurduy, sus acciones armadas y la causa que sostienen. El escenario es la Laguna en territorio chuquisaqueño. Desde San Salvador, no lejos de allí, Lindaura tomó un conocimiento cabal y completo de la **republicueta** de los Padilla, y a ella dedicó la mayor parte de sus narraciones. **En el año 1815** está compuesto con el fondo de la lucha guerrillera. Es el episodio que estimula su inspiración y su interés. **Huallparrimachi** describe, sobre el mismo fondo de los Padilla, a personajes que forman la trama y permiten el diálogo. Con las dos novelas ata el tramado del relato con aderezos de figuras que desnovillan sus desvelos, satisfacciones, penalidades y los obstáculos que se les oponen. Y ahora el lector conocerá **Manuel Ascencio Padilla**, con lo que se forma la trilogía de relatos en torno de la guerrilla en territorio de Charcas. Tal vez, por la identidad de motivo y presentación de personas históricas, podrían unirse las tres novelas en una sola separada por partes...

Lindaura Anzoátegui Campero de Campero es la primera mujer que con sus escritos ofrece un homenaje de la mujer a la mujer. Seguramente, desde la Argentina se reconocía la memorable participación de Juana Azurduy de Padilla en la guerra de la independencia; seguramente hubo poetas

que le dedicaron hermosos versos; seguramente hubo homenajes en Bolivia a tan preclara exponente de altas y heroicas determinaciones patrióticas.

La señora Campero quiso hacer ver que la heroína es un ejemplo de coraje femenino en la prueba misma de los actos, en la existencia diaria, en sus ideas y sus sentimientos. El papel principal en las dos novelas publicadas y en la que desde ahora está entregada al público; es la presencia legendaria de Juana Azurduy de Padilla, sin poner en segundo plano a Manuel Ascencio Padilla. Es una actuación mujeril y sin embargo de alcances varoniles, de rápidas decisiones, con autoridad sobre hombres experimentados en emboscadas, ataques y retiradas. Para hacer justicia a la persona real, muestra la fuerza moral de Juana Azurduy, que se impone desde cuando era esposa-acompañante del patriota tenaz, desde que era reconocida y acatada como cabeza, dirigente, desde que asumió los papeles de mando del hombre y se inmiscuye de grado, voluntariamente en la aventura armada de duración indefinida, que exige permanentes sacrificios.

Muchísimas mujeres patriotas colaboraron desde el año 1809 a la causa de la emancipación. Tal vez no tenga que olvidar a Bartolina Sisa ni a la hermana de Julián Apasa durante la sublevación indígena de 1781. Posteriormente muchas mujeres dieron su contribución abnegada a su patria, y varias de ellas conocieron la persecución, el sacrificio y el vejamen. Juana Azurduy de Padilla estuvo en la lucha misma. Muerto su marido, tomó el mando de la republiqueta. El valimiento ejemplar de esta mujer hizo que doña Lindaura diese relevancia a la mujer no solamente en su papel femenino sino en el de las energías espirituales para sostener una causa. Y es esto lo que Lindaura ofrece a sus lectores de su tiempo y a los de la posteridad.

Lindaura Campero de Campero colaboró activamente en los periódicos. Sus artículos firmados con el pseudónimo de **El Novel**, al principio velaban el nombre de la autora, pero no por mucho tiempo. ¿La adopción de ese pseudónimo obedecía a una imitación a Amandine Aurore Lucille Dupin (George Sand) o fue una decisión sin ninguna relación que la de no presentarse con nombre propio? Es difícil saberlo. He visto muchos recortes en el archivo de Cristina Paz Campero de Flores, y es agradable leerlos por su frescura de razonamiento, la ironía o la lógica como cuando defiende, con altura llena de cariño y ternura, a su esposo perseguido. Pero es también polémica y patriótica. Cuando no escribe acerca de la fuerza brutal chilena, entra en la literatura y entonces aparece un sabroso acuarelismo costumbrista.

Diríase que le gustaba extenderse en los géneros literarios. La poesía fue uno de los de su predilección. Escribió mucho, publicó algo y queda una plétora de cuadernillos manuscritos. Ensayó con dilección la novela histórica. Hizo también obra de teatro, y no sé si se representaron sus comedias. En la colección de sus descendientes hay varios esbozos, unos completos y otros inconclusos.

En el Centenario del 25 de mayo de 1809, sus herederos presentaron la novela Manuel Padilla a un concurso, con el pseudónimo de Estrellas, que también usaba la escritora. El tribunal calificador le concedió el primer premio. A pesar del galardón, quedó inédita. Y ahora, como homenaje a esta talentosa autora, se la publica primera vez, y yo he tenido el privilegio de presentarla con estas líneas.

El interés que tiene el señor Rafael Urquiza propietario de EDITORIAL JUVENTUD por la difusión de la literatura boliviana, ha facilitado esta edición y es posible, que otras obras de Lindaura de Campero sean reproducidas muy en breve en este sello editorial.

Creo que en el Año Internacional de la Mujer, es oportuno que una de las grandes escritoras bolivianas merezca el homenaje de dar a la stampa su novela histórica inédita. Será un doble reconocimiento: a Lindaura Anzoátegui de Campero y su personaje preferido y admirado, Juana Azurduy de Padilla.

La Paz, octubre de 1975.

SARA ROMERO DE SALAMANCA.

Nota del Editor. La presentación de la Sra. Sara Romero de Salamanca que antecede, fué publicada en la primera edición impresa de Editorial Juventud, La Paz, Bolivia, el año 1976. Por su importancia, la familia la reproduce en esta publicación electrónica.

ADVERTENCIA NECESARIA

La presente leyenda fue escrita hace 13 años, en vísperas del Aniversario del "25 de Mayo".

Debemos hacer constar una circunstancia que explica suficientemente algunos errores o deficiencias de que pudiera tachársele.

La autora adolecía, como era notorio, de una enfermedad muy avanzada al corazón, y cuyo desarrollo había llegado a su mayor intensidad cuando componía esta obra: tal que se advierte cómo, en veces, apenas pudo sostener la pluma, siendo casi ininteligibles muchas palabras en el original de primera mano; notándose en cambio la grande facilidad con que le venían a la mente los conceptos, la verdad histórica de fondo, y la nitidez con que fue concebido el plan de la obra y ejecutados sus detalles, a los que ha sabido dar un colorido genial, a pesar de no haberle sido posible revisarla y retocarla como es de uso.

El motivo que la indujo a escribirla, también debemos darlo a conocer.

El juicio emitido por D. Bartolomé Mitre, respecto al último combate librado por el célebre guerrillero Padilla, fue considerado como un tanto inexacto, por una persona competente en la materia y que merecía plena fe a la autora.

Había oído ya anteriormente, referencias de este suceso, en el que, según versiones recogidas en la ciudad de Padilla, habían figurado aquellos hermanos conocidos con el nombre de "los Gemelos del Villar".

Tenía, pues, una apreciable base histórica, para elevarse hacia la creadora fantasía, rectificando galanamente el juicio demasiado severo del historiador argentino.

Así, pudo satisfacer estos tres nobles propósitos:

Dedicar una ofrenda a la patria, en uno de los aniversarios del Primer Grito de Independencia.

Popularizar la memoria de uno de los más notables héroes.

Y complacer a una persona respetada y querida, que le instaba a la obra.

De ello mismo se infiere la importancia muy superior que hubiese de alcanzar esta obra, al tratarse de la celebración del Primer Centenario de la Revolución de Chuquisaca, inicial de la independencia alto-peruana.

Inédita la presente leyenda, durante tantos años, parece haber sido reservada por el destino, para salir a luz, ofrecida al pueblo de Mayo, a la voz del patriota Comité del Centenario que llama a concurso a los ingenios bolivianos todos.

Y es presentada como postrer destello de una privilegiada inteligencia, que brilló unida a un corazón noble y delicado, permítase decirlo con filial ternura a

Sus hijas

Sucre, marzo de 1909.

Dentro de cubierta cerrada y sellada, conforme a las prevenciones de la convocatoria al Certamen. fue presentado al Comité del Centenario, que otorgó el primer premio a este trabajo, el pliego siguiente:

"La autora de la adjunta leyenda, titulada "DON MANUEL ASCENCIO PADILLA" y que tiene por seudónimo....., fue la **Señora Lindaura Anzoátegui de Campero**, conocida con el nombre de "**El Novel**", en otras publicaciones suyas y fallecida en 25 de junio de 1898".

DON MANUEL ASCENCIO PADILLA

-|-

Después de estas catástrofes (**la muerte de los cabecillas patriotas Camargo y Muñecas**) no quedaban en pie y en actitud de oponer una seria diversión, sino las grandes republiquetas de Santa Cruz de la Sierra y La Laguna, capitaneadas por Warnes y Padilla, de cuyas extraordinarias operaciones vamos a ocuparnos. ("Historia de Belgrano" por Bartolomé Mitre.-Tomo 2º página 589).

En esta disposición se rompieron las hostilidades el 3 de marzo de 1816 con algunas guerrillas y combates de posiciones, en que si bien Padilla tenía que ceder el terreno, los españoles llevaban con frecuencia la peor parte. Convencido La Hera de la ineficacia de estas hostilidades, empezó a maniobrar en el sentido de cortar la retaguardia de Padilla, atacando el punto atrincherado del Villar. Doña Juana Azurduy (esposa del caudillo), lo mantuvo valerosamente, saliendo al encuentro del destacamento español, y lo rechazó matándole quince hombres. (Id, -Pág. 591).

Sitiado La Hera en La Laguna, pudo rechazar los ataques que sucesivamente le llevó Padilla; pero, al tener noticia de la catástrofe del batallón Verdes (1)Cuerpo realista a órdenes del Comandante Herrera. Fue destrozado por los indios de Zerna (lugar-teniente de Padilla), a distancia de una legua de Tarabuco, siendo el desastre tan completo, que sólo escapó un muchacho que hacía de tambor. En este hecho de armas los indios de Zerna, así como los de Camargo en Aucapuñimo, se fueron sobre los soldados realistas, quitándoles los fusiles de las manos. (nota del autor). comprendió que estaba perdido sino abandonaba inmediatamente aquella mala posición. En consecuencia, comprendió precipitadamente su retirada saliendo del pueblo a las doce de la noche. Fue vivamente perseguido hasta las inmediaciones de Chuquisaca.

El General Tacón salió de Potosí en su auxilio.

Sin intentar ningún movimiento decisivo, se limitó a algunas correrías contra las poblaciones indefensas (**se refiere a Tacón**), teatro de la insurrección, incendiando aldeas (**entre las que se cuenta Yamparáez, distante cinco leguas de Chuquisaca, tan completamente arrasada, que hasta hoy no ha conseguido rehacerse**), pasando a cuchillo sus habitantes y volviendo a Chuquisaca con los despojos sangrientos de tan cobarde campaña, clavados en las puntas de las bayonetas. Estas atrocidades en vez de amedrentar a los revolucionarios, no hacían sino encender el furor de los combatientes y provocar las represalias. "La revolución progresaba visiblemente y Padilla engrosaba también visiblemente su facción", dice García

Camba, historiador español que, refiriéndose a esta época, calla estos excesos (pág. 593 y 594)".

"El General español comprendió que mientras la Republiqueta de Padilla se mantuviese en pie, Chuquisaca estaba expuesta a perderse y que el ejército realista no podía dar un paso adelante sin exponerse a perder su base de operaciones. Casi la mitad de sus fuerzas estaban exclusivamente ocupadas en hacer frente a sus ataques, sosteniendo, en el espacio de seis meses, una larga serie de combates, ya prósperos ya adversos, sin obtener más resultado que salvar el recinto de las ciudades que ocupaban las fuerzas realistas. En tal situación, un ataque de frente como el que La Hera había llevado anteriormente con resultado tan desastroso, tenía que ser necesariamente incompleto, desde que los partidarios tenían libre a su espalda la retirada sobre la frontera del Chaco, y el apoyo, bien que lejano, de Santa Cruz de la Sierra. En consecuencia, resolvió abrir nueva campaña sobre Tomina (**distrito en cuya comprensión está el pueblo de La Laguna**), siguiendo distinto plan...".

"Hemos dicho antes: que el Coronel Francisco Javier Aguilera, se habla situado en Valle Grande, con el batallón "Fernando VII", con el objeto de expedicionar sobre Santa Cruz de la Sierra. Las alarmas producidas por las empresas de Padilla, le habían impedido llevar adelante su proyectada invasión, por temor de dejar descubierta a Cochabamba (1) El General Mitre hace cumplida justicia al impertérrito Lanza, caudillo de los patriotas cochabambinos.), cuya espalda protegía desde allí, dominando a Mizque y atendiendo a Tomina, centro de la insurrección de las fronteras. Sobre esta base se contó para obrar contra Padilla la nueva campaña combinada. Su posición un poco a retaguardia de Tomina, le permitía

invadir este territorio por uno de sus flancos... Al efecto, Aguilera remontó su batallón hasta el número de 600 hombres de fusil, agregando dos cañones de a cuatro y algunos escuadrones de lanceros, con lo cual tuvo bajo sus órdenes como mil hombres, a cuyo frente pasó el Río Grande en dirección a La Laguna. Al mismo tiempo, Tacón se movía de Chuquisaca con una columna de cerca de dos mil hombres, compuesta de tres batallones y dos escuadrones con dos piezas de artillería. Tan formidables preparativos se dirigían contra un hacinamiento de hombres sin organización militar, armados sólo de palos o de piedras, que apenas contaba con un mal cañón y ciento cincuenta fusiles con escasas municiones (pág. 596 y 597).

II

Después de pasar la vista por estos cuadros bosquejados por la mano maestra del eminente historiador americano, cumple a nuestro propósito entrar resueltamente en materia, presentando a nuestros lectores dos de los personajes que deben figurar en los sucesos que narramos.

Para este objeto, nos es necesario penetrar a una de las espaciosas celdas del ahora extinguido Convento de La Merced, situado a las dos cuadras de la plaza principal de Chuquisaca.

Débilmente alumbrados por una vela de cera, hay dos hombres en la desnuda y fría celda, pues nos hallamos en el helado mes de julio. Uno de ellos, sentado en el ancho sitial de cuero labrado en Cochabamba, lleva sobre sus enjutas carnes el blanco hábito de la orden, dibujando su alta y algo encorvada estatura. Tiene la palidez de su rostro la tersura mate del marfil, animado por dos magníficos ojos pardos con reflejos de acero. Sus labios delgados, casi rígidos, hacen dudar de haberse plegado jamás a la sonrisa. Este hombre sigue inmóvil, pero con inquieta mirada, los nerviosos paseos que, a lo largo de la celda, da su joven interlocutor. Joven, en efecto, pues Gonzalo sólo cuenta veinticinco años de edad, y en su gallarda apostura, con su negra, sedosa y ondeada cabellera, que dice perfectamente al color de sus soberbios ojos y al de su atrigado y varonil semblante, es un noble y bello tipo del castellano árabe de España. Era difícil que un hombre tan pródigamente dotado por la naturaleza, pasase desapercibido ante la multitud.

—Basta Gonzalo, basta, dijo de pronto el religioso con acento y además imperativo. El tiempo transcurre estérilmente, pues noto con profunda pena la poca o ninguna atención que te merecen mis amonestaciones. ¡Triste de mí a quien la cólera divina ha permitido escuchar de tus labios palabras de desacato contra la santa causa del Rey nuestro Señor! ¡Y es para esto que te hice venir de España a ti, sangre de mi sangre y hueso de mis huesos, engegucido con la mundanal esperanza de colocarte al lado de los buenos y de los leales para que conquistases honores y fortuna!

—Fortuna y honores que yo rechazo con horror, exclamó el joven, si debo ganar los a costa de los atropellos y crueldades que comete Tacón y otros indignos servidores del Rey. No, no: prefiero la 'muerte a tal afrenta.

—Insensato —¡rugió el religioso enderezando su alta estatura con aire amenazador; mas, inclinando de pronto la frente y cayendo de nuevo sobre la silla, murmuró sordamente: —La muerte antes que la afrenta! Sí: tienes razón, y yo también lo prefiero así, antes de que tú, el hijo predilecto de mi predilecta hermana, rompa sacrílegamente en mi familia la no interrumpida tradición de amor y lealtad al Rey.

Aquí se interrumpió bruscamente el religioso para ocultar la emoción que lo dominaba. Gonzalo le dirigió una mirada de cariñosa gratitud en el momento en que se dejó oír el agudo tañido de la campana de aviso en la portería.

—¿Quién puede ser a esta hora?, se preguntó el religioso, consultando el péndulo colocado en la pared y que señalaba las nueve.

El joven se apresuró a decir con aire respetuoso pero firme:

—Antes de separarnos esta noche, deseo expresar a Ud., Señor tío, mi formal resolución de cortar de una vez y para siempre las enojosas discusiones que amargan nuestras cortas entrevistas. Yo respeto y respetaré profundamente la adhesión sin límites que Ud. consagra a la causa del Rey; pero esto, a condición (aquí el fraile levantó vivamente la cabeza), a condición, acentuó Gonzalo, de que mis ideas y mis sentimientos merezcan tolerancia por lo menos, pues, de lo contrario...

—¿De lo contrario?, repitió el religioso con amargura, notando el silencio del joven.

—Figuraré mi nombre entre los abnegados defensores de la independencia americana, concluyó resueltamente Gonzalo.

Los magníficos ojos del fraile se dilataron, contrajéronse sus delgados labios y dio un paso con ademán resuelto hacia el joven: la presencia de un tercero, cortó aquella violenta escena.

—Padre Don Lope —dijo un hermano lego desde la puerta— la autoridad requiere la presencia de su paternidad. Espera el mensajero en la portería.

Dominando completamente su trastorno, contestó con voz tranquila D. Lope.

—Esta bien, hermano. Sírvase decirle que voy inmediatamente.

Desapareció el lego y volviéndose pausadamente el religioso hacia Gonzalo, le dijo:

—Ya ves que me falta el tiempo para seguir escuchándote. Ignoro para qué puede ser útil mi presencia ante el Gobernador, ni lo que dispondrá, Dios respecto, a mi humilde persona; pero, sea lo que fuere, voy a pedirte una sola gracia, hijo mío.

—Hable Ud., Señor tío, hable Ud. y ordene, —contestó el joven, conmovido.

—Prométeme por mis respetos y por el recuerdo de tu buena madre, no tomar resolución alguna respecto a tu suerte sin habérmelo antes consultado.

—Se lo juro a Ud., Señor tío, y le consta que nuestra sangre ni engaña ni falta jamás a su promesa.

Don Lope le estrechó enérgica y cariñosamente las manos, disponiéndose a salir.

—¿Quieres acompañarme hasta la casa del Gobernador? —le preguntó.

—Con el mayor gusto, Señor tío.

Bajaron ambos a la portería del Convento, donde esperaba un soldado.

—¿Ocurre algo en la Gobernación? —le dijo D. Lope.

—No lo sé, Reverendo Padre, yo vengo enviado por el General.

—¡Ah! Pues vamos a casa de La Hera.

Y los tres hombres salieron del Convento.

III

El alojamiento del General La Hera estaba situado en la plaza principal, cerca del edificio conocido hasta nuestros días con el nombre de Cabildo y que hoy, modernizado al gusto de la época, sirve de casa Municipal.

El trayecto que recorrieron los tres hombres fue, pues, corto y silencioso. Una vez en la puerta del alojamiento de La Hera, tío y sobrino cambiaron un cordial apretón de manos, separándose Gonzalo del religioso, quien, precedido del soldado, se internó resueltamente *en* las profundidades tenebrosas del largo y desigual zaguán de la casa, siendo de advertir que en aquellos tiempos de opulencia colonial, el alumbrado de las mal empedradas calles era casi desconocido, y muy parsimonioso el que se usaba a la entrada de las casas. Pero, el fraile, conocedor del terreno que pisaba, avanzó sin tropiezo hasta el pie de una recia escalera, con peldaños de piedra toscamente labrada, que lo condujo al primer piso de la casa. Detúvose el soldado ante una puerta, anunciando en voz alta la presencia de D. Lope.

—Que pase su paternidad, —contestó con presteza el General La Hera, adelantándose a recibir a su huésped con marcadas muestras de deferencia, mientras se alejaba discretamente el soldado. —Mi excelente amigo, prosiguió el jefe realista, conduciendo a D. Lope para que tomara asiento en un mullido diván, siempre pronto al buen servicio del Rey nuestro Señor!; ¡Cuánto agradezco la premura con que se ha servido acudir a mi ruego!

—La confianza que, aunque indigno, merezco de mi superior, —contestó el fraile, tomando el asiento que le indicaba La Hera, —me permite dejar el Convento siempre que a ello me obliga el deber en que estoy de obedecer órdenes concernientes, al mejor servicio de nuestra sagrada causa. ¿Tiene, pues, su Señoría algo nuevo que comunicarme?

El General se sentó cerca del religioso y le dijo en voz baja:

—He recibido noticias del Coronel Aguilera.

—¡Ya era tiempo! —murmuró irónicamente D. Lope.

—¡Diablo! ...Perdone su Reverencia. ¿Le parece que es cosa tan sencilla ponerse al habla en este país de breñas y de rebeldes?

—Su Señoría tiene razón. Yo me hago todo oídos para escucharlo.

—Aguilera, pues, ha conseguido darme noticias tuyas y del cabecilla Warnes. Este se halla fugitivo en las bárbaras regiones de Chiquitos y con su cabeza puesta a precio. Nuestro valiente Coronel, criollo (1)Aguilera nació en Santa Cruz de la Sierra, teatro de sus inauditas crueldades.), ha establecido su campamento en Valle Grande, y allí espera mis órdenes.

—Si mi pregunta no es indiscreta,— empezó Don Lope...

—¿Indiscreción en su Reverencia, que tantas pruebas tiene dadas de sabiduría en sus consejos y lealtad y decisión en sus obras? —le interrumpió vivamente La Hera—. Nó, mi Padre; su Reverencia tiene derecho a saberlo todo.

Don Lupe se inclinó, en señal de gratitud y dijo:

—Pues bien; ¿cuáles son las instrucciones que piensa dar al Coronel, su Señoría?

—Su relativa proximidad, da lugar a la realización de un plan que acaricio hace largo tiempo. Dios nuestro Señor nos ha permitido acabar con varios de los cabecillas de esta funesta rebelión. El Norte y el Sud quedan pacificados; del Oriente me congratulo que pronto podamos decir otro tanto, con la fuga de Warnes a Chiquitos; queda ya sólo en pie el indomable caudillo D. Manuel Ascencio Padilla, y es

contra él, para extirpar de una vez y para siempre tan perniciosa semilla, que pienso concentrar las fuerzas inmediatas de que dispongo, llamando a Tacón de Potosí, mientras envío a Aguilera las instrucciones del caso, junto con la orden de aumentar rápidamente el número de sus hombres.

—¡Magnífico! —exclamó el religioso— Manos, pues, a la obra.

—La dificultad, observó La Hera, la gran dificultad con que tropieza mi proyecto, consiste en la falta del hombre que inspire absoluta confianza para llevar mis instrucciones a Aguilera, y que esté dotado, al mismo tiempo, de una fuerza de voluntad y de una abnegación sin límites, pues semejante comisión puede costarle la vida.

—¿Acaso me olvida su Señoría? —dijo D. Lope con aire de reproche.

—¿Su Paternidad para semejante misión? — exclamó La Hera.

—¿Y quien mejor que yo para cumplirla?

—Los peligros...

—No se los exajere, su Señoría: mis hábitos son el mejor escudo y la más completa garantía de mi seguridad.

—Tal vez tenga razón su Reverencia, —murmuró La Hera pensativo.

—Sí que la tengo, —se apresuró a decir el fraile con energía— y bendigo a Dios nuestro Señor por la ocasión que se me presenta de servir a la sagrada causa del Rey nuestro amo, a costa de mi vida, si ello conviniese a los altos designios de la Providencia.

—¡Oh! Si todos pensasen como su Paternidad...

—Yo deploro hondamente los extravíos sacrílegos de tanto desgraciado, pero reclamo para su escarmiento y el bien de sus pobres almas, el justo rigor de las leyes. Sí: caiga la cólera divina sobre estas regiones manchadas con el crimen de la rebeldía para que purgadas y limpias, merezcan el perdón de Dios y la clemencia de nuestro rey. Para llevar a cabo obra tan meritoria, me tiene su Señoría completamente a su disposición.

—Forzoso me será aceptar su abnegado ofrecimiento, —dijo con aire indeciso el Jefe realista—. La misión es de suma importancia y ¡son tan pocos los hombres capaces de cumplirla!

—Y el tiempo urge—, observó D. Lope.

—Sí, sí; y urge demasiado, —articuló La Hera, quien, tomando de pronto una determinación, preguntó al religioso: —¿Cuándo podrá ponerse en marcha su Reverencia?

—Tan luego como reciba las instrucciones de su Señoría y dé aviso al Superior, de mi inmediato viaje. Puede despacharse todo esta misma noche, si fuese necesario.

IV

En aquel momento el soldado, asistente del General y que condujera a D. Lope a su presencia, pidió desde la puerta, venía de su Señoría para servirle la cena. Concedida que le fue, se presentó llevando en las manos una sólida bandeja de plata, sacada del histórico cerro de Potosí; en ella venían dos jícaras del mismo metal colmadas del perfumado chocolate que, con el sin igual cacao de los Yungas de La Paz, se labra con primor incomparable hasta hoy, en Chuquisaca. En amor y compañía del humeante y sabroso chocolate, atraían la mirada deliciosas pastas, delicados dulces y una gran taza de garapiña, todo salido de las hábiles manos de las monjas Carmelitas, inimitables en tales confecciones, para regala de la vista y del paladar; ventajas inapreciables de que, desde hace algunos años, nos privaron las órdenes terminantes de un austero Visitador.

Además, soportaba la amplia bandeja una botella de delicado cristal, llena de un cierto vinillo añejo de Cinti, de que sólo Podían dar fe los Privilegiados paladares de los representantes del Rey; flanqueada la chispeante botella por dos pequeñas copas dispuestas a recibir el rojo y exquisito vino.

El asistente colocó la suculenta cena sobre la mesa redonda, que adornaba el centro de la habitación, añadiendo como aditamento, una colosal jarra llena de la cristalina y fresca agua que aún saboreamos los habitantes de Chuquisaca, y un enorme jarro que, así como la bandeja, las jícaras y la jarra, era de la plata producida por el cerro de Potosí e historiados por hábiles artífices de la Real Villa.

Terminados los aprestos se retiró el soldado, quedando dueños del campo el Jefe y el Religioso. Los primeros instantes fueron consagrados en silencio a saborear los primores de aquella cena, usada en aquellos buenos tiempos coloniales, con más o menos variantes, en las casas de gran tono. Tan absorbidos se hallaban nuestros personajes en tan grata ocupación, que parecía hubiesen olvidado el grave asunto que momentos antes los embargaba. De pronto interrumpió La Hera aquel silencio con esta pregunta:

—Dígale, su Paternidad, ¿qué suerte ha corrido su lindo sobrino Gonzalo?, ¿sigue simpatizando con las ideas revoltosas de los insurgentes.

Las negras y pobladas cejas del fraile, se contrajeron sobre sus fulgurantes pupilas.

—Más que nunca, dijo, tragando con esfuerzo un trozo de bizcochuelo embebido en chocolate.

—¡Diablo!... Perdona su Reverencia. Si yo fuese capaz de tomar a lo serio las habladurías de ese muchacho, y si no considerase su parentesco con su Reverencia, motivo tendría para usar con él de justa severidad; mucho más si se considera luego renunció un puesto honroso y lucrativo cerca de mi persona.

D. Lope guardó sombrío silencio.

—Y ¿qué cuenta hacer con él su Reverencia?

—¿Lo sé yo por ventura? —murmuró el religioso con desconsuelo.

—Lástima es y grande que con las bellas dotes físicas y morales que lo adornan, pierda un porvenir lisonjero...

—Y pierda su alma,— gimió estremecido D. Lope.

—Bajo mi amparo, prosiguió La Hera, sin notar la interrupción del fraile, colmado de fortuna de honores, sencillo me habría sido enlazar suerte con la de alguna orgullosa y encopetada criolla.

—Gracias doy a su Señoría por sus buenos deseos en favor de mi extraviado sobrino.

—Y mientras tanto, ¿cuál es la posición de Gonzalo?

—Simple secretario de Notaría.

—Famoso puesto para un mozo de su índole— dijo sonriendo La Hera.

—Yo también soñaba otro destino muy diferente para él, y con esa idea lo hice venir de España; pero Dios se complace en desbaratar las previsiones del hombre.

—Temo habérmelas con Gonzalo durante la ausencia de su Paternidad. ¡Si cometiese una imprudencia...!

—Puede su Señoría estar sin temor al respecto, que yo cuidaré de arrancar a Gonzalo formal promesa de esperar tranquilo mi regreso; y la cumplirá, yo se lo aseguro a su Señoría, porque corre honrada sangre por sus venas.

—La seguridad que me da su Reverencia me basta: quiera Dios que Gonzalo la confirme con su conducta, que pienso vigilar, con permiso de su Reverencia.

—Y bien, dijo con esfuerzo D. Lope, si ella es digna de castigo, caiga sobre el desgraciado, desleal a la santa causa de nuestro Rey y Señor, todo el rigor de las leyes.

La Hera ofreció al religioso una de las copas llenas del delicioso vino de Cinti, pero D. Lope la rehusó con un ademán de cabeza, bebiendo con avidez la fresca agua que vertió en el enorme jarro. Dueño de sí mismo y satisfechas las necesidades del estómago, dijo a La Hera, después de un corto silencio:

—Si place a su Señoría, ocupémonos sobre la marcha de las instrucciones que debo comunicar verbalmente al Coronel Aguilera.

El Jefe español se puso de pie y condujo a D. Lope a su habitación particular, cerrando cuidadosamente la puerta.

V

Una vez instalado Padilla en el pueblo de Laguna, se apresuró a llamar a su lado a su heroica esposa Juana Azurduy, que permanecía con sus tropas en el Villar; quiso gozar con ella de los pocos momentos de descanso que su infatigable actividad le concedía. Vamos, pues, a encontrarlos nuevamente en aquel pueblo (X) El pueblo de La Laguna, el más importante de la Provincia Tomina, sirvió muy frecuentemente de cuartel general, ya a las fuerzas realistas, ya a las patriotas, durante nuestra larga y heroica guerra de la Independencia. Su ventajosa situación topográfica para las operaciones de los contendientes, su clima sano y benigno y la abundancia de recursos para las necesidades de la vida, explican el empeño con que era disputada su posesión por patriotas y realistas. ("En el año 1813" —EL NOVEL).

Al día siguiente del en que tuvo lugar la conferencia de La Hera, con D. Lope en Chuquisaca, el caudillo patriota, en unión de su esposa, de su leal Secretario el Padre Polanco y de su valiente Capitán D. Jacinto Cueto, se expresaba en estos términos:

—No hay ni siquiera conformidad en los avisos recibidos; unos aseguran que Warnes se mantiene fuerte en Santa Cruz; otros, que su impotencia es completa; quienes, que se halla fugitivo en las remotas regiones de Chiquitos. Alguien afirma que Aguilera sigue haciendo frente a Warnes en Santa Cruz, y los más aseguran que ha establecido su cuartel en Valle Grande, es decir a pocos días de distancia de este nuestro Cuartel General. En vista de tan contradictorios y alarmantes avisos, y para aprovechar de la tregua que parece concedernos el General español, he resuelto marchar personalmente en averiguación de la verdad de lo ocurrido, para ajustar nuestra actitud al molde que nos impongan las circunstancias.

—Misión peligrosa, que de ninguna manera corresponde ser llevada a efecto por el Jefe, dijo vivamente Polanco. Usted Coronel, es irremplazable a la cabeza de nuestros bravos; y hay muchos entre sus leales amigos, que realizarían gozosos la exploración que Ud. proyecta. Yo, por ejemplo...

—Y yo, interrumpió Cueto.

Padilla dirigió una mirada de gratitud a sus dos ardientes colaboradores.

—Gracias, amigos míos, dijo. Merced a tanta abnegación, a tan generosos sentimientos se mantiene el fuego sagrado de nuestra combatida causa. Pero, UU. conocen mi modo de ser Y esta vez, como siempre, mi resolución es inquebrantable. Iré yo personalmente a esa exploración, porque un presentimiento tenaz me dice que se aproxima el desenlace, y el deber me ordena no descuidar nada para inclinar la suerte a nuestro favor. Necesito, pues, estudiar en todos sus detalles el terreno de nuestras operaciones.

—Y seré yo de la partida, exclamó alegremente Polanco.

—¿Podríamos separar nos nunca? —contestó Padilla con una de sus raras y graves sonrisas.

Cueto, con la cabeza inclinada, no disimulaba su contrariedad.

—Capitán, le dijo Juana, tocándole suavemente en el hombro, si todos los valientes siguen a mi esposo, ¿con quién cuento yo para hacer frente a las contingencias y responsabilidades que pesan sobre mí, quedando como quedo, a la cabeza de las tropas?

—Juana tiene razón, Capitán, apoyó Padilla. Mientras ella vela por la seguridad del pueblo y la subordinación de los nuestros, toca a Ud. vigilar con su tino acostumbrado, las fuerzas que tenemos escalonadas hasta Yamparáez, pues no fio de la aparente calma de La Hera.

—Las órdenes de Ud. serán cumplidas, mi Coronel; pero, ¿marcha Ud. acompañado solamente del Padre?

—No, amigo mío; elegiré una escolta de cuatro hombres leales y decididos. Sabe Ud. que para exploraciones como la que me propongo lleva adelante, es de prudencia elemental ir con poca compañía.

—Y ¿tardará Ud. algunos días sin duda, mi Coronel?

—Mi ausencia, más o menos larga depende de tantas circunstancias... Más, yo, procuraré abreviarla en lo posible; y una vez cierto de la situación de Warnes y de la, aproximación de Aguilera, será necesario obrar rápida y decisivamente para desbaratar el plan que sospecho tenga La Hera, una vez al habla con el criollo.

—Pues, no perdamos tiempo en tal caso, dijo Polanco.

—Mañana muy de madrugada se marcharán Uds., pierda cuidado, mi Padre —contesto Juana.

En aquel momento se presentó en la puerta de la habitación un apuesto mancebo de rostro juvenil y fresco, cabellera rubia y ondulada, azules y grandes ojos, pequeña boca de rojos labios, bigotes apenas naciente y suave como el vello del melocotón.

—¿Me da Ud., permiso, Señora? preguntó con voz de un timbre tan puro y armonioso, que era imposible escucharlo sin deleite.

—Adelante, hijo mío, adelante, dijo la esposa del caudillo.

—Ven acá, muchacho, añadió el Secretario. Siempre me place tu presencia: hay algo en ti que rejuvenece el alma, aunque no pecas de alegre que digamos. Hay, además, que te encuentro tan parecido con el Arcángel Rafael... ¿Por qué te llamaron Abel?

Sonrióse el mancebo y saludó respetuosamente al caudillo, clavando sus azules y hermosos ojos en Juana, con indefinible expresión.

—¿Cómo está nuestra querida Eva? —Preguntó ésta con interés.

—Mi hermana siempre a las órdenes de Ud., Señora.

—Y tú, que ya eres todo un buen mozo —objetó Polanco—, ¿piensas seguir llevando la vida mimada del adolescente?

—No es culpa mía si el Coronel no ha querido honrarme con el título de soldado de la patria, —contestó vivamente el mancebo.

Padilla, que hablaba aparte con Cueto, volvió o la cabeza para mirar al hermoso joven.

—Si, dijo Juana sonriendo, ese honor lo has solicitado varias veces, y si mi esposo te lo ha rehusado otras tantas, es porque juró a tu padre moribundo, velar por ti y por nuestra querida Eva.

—El Coronel, Señora, obró prudentemente negando al adolescente lo que sólo debe concederse al hombre. Hoy tengo veinte años, y juzgo que puede considerárseme como digno del título que ambiciono.

El caudillo que se había aproximado lentamente al mancebo, lo estrechó contra su noble y robusto pecho.

—Y también desde hoy, le dijo, te declaro soldado benemérito de la Patria.

Un ligero carmín tiñó las pálidas mejillas del joven, sus azules ojos se humedecieron, y tomando las nerviosas y atezadas manos de Padilla, las llevó a sus labios con religioso recogimiento. Polanco volvió las espaldas para disimular su emoción.

—Y para probarte mi confianza, añadió el caudillo, te nombro primer ayudante de mi esposa durante la corta ausencia que me imponen los asuntos del servicio.

—La merienda espera a su Señorías, dijo un soldado desde la puerta.

—Palabra sacramental, murmuró Polanco. Vamos al comedor y olvidemos por un momento toda preocupación. Pues ¿no ha estado a punto de enternecerme este muñeco?

VI

La incertidumbre y la inquietud consiguiente a la espera, fueron iguales para la esposa del caudillo y para el Jefe español. Por otra parte, la inacción en los campamentos realista y patriota, distaba de ser tranquila, pues sentían por instinto, que se fraguaba el rayo que debía aniquilar a uno u otro bando.

La Hera, en aquella ocasión, fue el mas favorecido por la suerte, pues en los primeros días de agosto, tuvo la satisfacción de ver de regreso a D. Lope.

La primera parte de la conferencia, que tuvo lugar a puerta cerrada y a media voz, no ha llegado a nuestro conocimiento, pero de pronto se oyó a La Hera que decía con acento agitado:

—¡Diablos...! Perdone su Reverencia. Será como lo dice su Paternidad, pero yo no acepto ese medio y me quedo en mi terreno. El soldado combate de frente y no usa de armas vedadas.

—Advierte su Señoría, replicó el religioso que en una causa sagrada como la nuestra, el fin justifica los medios. Lo que su Señoría apellida armas vedadas, no es otra cosa que una hábil estratagema para alucinar al enemigo y facilitar su pérdida. El Coronel Aguilera y yo, así lo hemos juzgado.

—Si es así, dijo La Hera, haga su Reverencia lo que juzgue bueno y prudente: yo me lavo las manos en ese asunto.

—Deje todo escrúpulo, su Señoría, que ya llegará la vez de que aproveche de nuestra estratagema.

—Y ¿a quién encomendará su Reverencia la delicada y peligrosa comisión de entregar el pliego al rebelde?

Esta sencilla y natural pregunta causó honda perturbación en la austera fisonomía del fraile; sus cejas y sus labios se plegaron a impulsos de un doloroso sentimiento y murmuró con voz apenas perceptible.

—Ignoro si Dios permitirá que se consume sacrificio, haciendo que la obsecación del desgraciado haga rebosar el vaso lleno ya de mi indignación.

La Hera sin comprender a D. Lope o quizá sin oírle, dijo:

—Por lo demás esa es cosa que atañe a su Reverencia. En cuanto a mí, me dispongo a obrar según mis ideas y mi carácter militar.

—Cada uno a su puesto, pues, contestó el fraile dispuesto ya a retirarse; pero, deteniéndose y con visible esfuerzo y vacilación, añadió: ¿ Puede su Señoría darme informes de la observada por Gonzalo?

—¡Hum!, hizo La Hera con aire poco satisfecho. El lindo sobrino de su Reverencia ha cumplido su promesa, sin ninguna duda, pues no puede reprochársele acto alguno de rebeldía...

D. Lope respiró con fuerza, como el libre de un gran peso.

—Mas, añadió el Jefe español, su simpatía por la causa de los insurgentes tiene ya todo el aspecto de una franca y completa declaración. Así me lo aseguran los que por mi orden lo vigilan.

—Y bien, contestó el religioso, yo sabré hoy mismo a qué atenerme. Pido permiso a su Señoría para retirarme.

Y mientras se alejaba D. Lope, murmuró el Jefe español:

—Lo que no discurre un fraile, no lo discurre el mismo demonio.

Una vez en el Convento envió D. Lope a dar noticia de su regreso a Gonzalo, y éste acudió presuroso y alegre a saludarlo.

—Felicito a Ud., Señor tío, por su feliz regreso, le dijo estrechándole calurosamente las manos.

—Desgraciadamente, repuso el fraile con severidad, yo no tengo las mismas razones para felicitar a Ud., Señor sobrino, por el cumplimiento de la promesa de ser cauto y prudente, que me hiciera.

El joven miró sorprendido al religioso, pero éste, sin darle tiempo para replicar, prosiguió en el mismo tono de reproche:

—El General La Hera tiene perfecto conocimiento de la sacrílega simpatía con que Ud., Señor mío, se expresa en favor de los rebeldes.

El varonil y hermoso rostro de Gonzalo, tomó una expresión de indecible amargura, y contestó a su tío:

También debe saber a profunda indignación que han producido en mi alma las bárbaras crueldades de su lugarteniente Tacón con aldeas indefensas y sus desgraciados y desvalidos pobladores.

—¡Desventurado!, exclamó palideciendo el fraile, es decir que la reflexión, y mis consejos, y hasta mis ruegos, no han conseguido volverte al camino del honor y del deber.

Y se dejó caer, pálido y agitado, en el ancho sitial que conocemos.

—Señor tío, le dijo Gonzalo conmovido, perdone Ud. las emociones desagradables que, muy a mi pesar, le ocasione; pero, reflexione Ud. que esta en nuestra sangre la honradez y la franqueza, y al salir de España, llamado por Ud., traía ya en el corazón la simpatía por la generosa causa de la libertad de estos pueblos.

—Pobre, pobre de mí, murmuró como un sollozo D. Lope, y sacudido su alto y endeble cuerpo por sorda y terrible lucha interior, permaneció doblado sobre el sitial, mientras cubrían su frente, pálida y tersa como el marfil, gotas de sudor que se perdían entre sus negras y pobladas cejas. Elevó de pronto al cielo una mirada de resolución suprema y angustiosa, y volviéndose a Gonzalo que lo contemplaba con tierno interés, le dijo, procurando aparecer sereno y resuelto:

—Tu terquedad me obliga a descubrirte un grave secreto, que te demostrará la próxima y total ruina de tus esperanzas y de las que abrigan los revoltosos.

Poniendo la mano sobre un pliego que estaba en una mesa a su alcance, añadió:

—Ha caído en mis manos este documento, que pone bajo la inflexible cuchilla de la ley, las cabezas de los más influyentes y encopetados rebeldes de Chuquisaca. Cuando yo ponga este pliego de compromisos con el cabecilla D. Manuel Ascencio Padilla, en manos de la autoridad, el terrible escarmiento que caerá sobre los culpables, hará entrar en razón a los pueblos, entregando impotente a Padilla a las vengadoras armas del Rey nuestro Señor.

Gonzalo, con los ojos desmesuradamente abiertos y trémulos los labios, exclamó:

—Señor tío, no entregaré Ud. ese documento a la autoridad.

—Es mi deber y lo cumpliré, contestó fríamente D. Lope.

—Pero eso sería horrible...

—Mayores son los horrores que trae consigo esta guerra sacrílega.

—Tío, murmuró Gonzalo, cayendo a sus plantas, no cometeré Ud. semejante delación: yo se lo ruego de rodillas.

—Es tarde, es tarde, —balbuceó el religioso—: el sacrificio está aceptado: Dios así lo quiere.

Y poniéndose de pie para afianzar su resolución, añadió con voz dura:

—Levántate; tus ruegos son inútiles, ¿quién puede impedir que cumpla mi deber?

—¡Yo!, exclamó Gonzalo.

Y tomó rápidamente de la mesa, el pliego señalado por D. Lope que parecía petrificado por el estupor.

—Adiós, Señor tío, dijo el joven desde la puerta; este documento voy a llevarlo personalmente a manos de Padilla. Mi destino está fijado en adelante: Ud. así lo ha querido; pero juro a Ud., que mis manos no verterán la sangre de los servidores del Rey. ¡Dios, bendiga la causa de los libres!

Desapareció Gonzalo y el fraile, solo ya, cayó de rodillas murmurando con desconsuelo:

—Está envuelto en la red, el desventurado... Dios acepte el sacrificio de mi sangre y me lo tenga en cuenta, dando el triunfo a la sagrada causa del Rey nuestro Señor, aunque mi corazón quede hecho pedazos.

Sentóse en seguida delante de su pupitre y escribió con mano firme estas líneas:

"Mis previsiones se han cumplido: mi sobrino Gonzalo es quien lleva al rebelde, con la mayor buena fe, el lazo que paralizará la actividad del cabecilla. ¡La protección divina está por nosotros!"

Dobló el papel y le puso esta dirección:

"A Su Gracia el Señor Coronel D. Francisco Javier Aguilera, en el Valle-Grande".

VII

Era el 16 de agosto, día del festejado y popular San Roque, abogado contra las pestes que flagelan la humanidad. No era el pueblo de La Laguna quien se quedase atrás en las demostraciones de la devoción al Santo; así es que, oída la solemne misa, se apresuró cada familia a ganar su casa y allí, a puerta cerrada y en reunión amistosa, menudearon sendos vasos de sabrosa chicha a la salud del milagroso Santo.

De suerte que el pueblo, batido ese día por formidables ráfagas de viento, tenía el silencio y el desolado aspecto de nuestros antiguos cementerios.

Montado en brioso corcel de negra y lustrosa piel, con todas las señales de una marcha violenta, vagaba Gonzalo por las desiertas calles, preguntándose impaciente si se hallaba por ventura en un lugar encantado, pues, hasta aquel momento no había encontrado a nadie para pedirle las indicaciones que necesitaba.

Un fuerte tropezón del fatigado caballo, lo obligo a detenerse frente a la ventana baja de una casa; al ruido producido por las pisadas del corcel, la citada ventana se abrió bruscamente, apareciendo en ella la figura encantadora de una rubia y esbelta niña.

—¿Eres tú, hermano mío?, dijo, con voz tan timbrada y cadenciosa, que hizo latir el corazón del viajero.

Gonzalo se quitó vivamente el sombrero para saludar aquella aparición angelical; pero ella al notar su equivocación y teñidas sus mejillas con el tinte del rubor, se apresuró a decir:

—Perdone Ud., caballero: creí hablar con la persona que espero desde esta mañana:

—Por caridad, hermosa niña, exclamó Gonzalo, deteniendo con un ademán de ruego a la joven que se disponía a cerrar la ventana. Soy completamente extraño en el pueblo, no he encontrado en él a quien pedir una medicación urgente.

Ya hemos dicho que la belleza varonil de Gonzalo, no podía pasar desapercibida; no es de extrañar, pues, que los grandes y azules ojos de la niña se fijaran en él con más insistencia de lo que las conveniencias lo permitían. Comprendiendo sin duda su falsa posición y bajando ruborizada los ojos ante la ardiente mirada de Gonzalo, contestó:

Si esa indicación pudiese proporcionársela...

—¡Oh!, no lo dudo, porque presumo que nadie en el pueblo deje de conocer el alojamiento del Coronel Padilla.

Antes de que pudiese responder la joven, lanzó Gonzalo una exclamación de asombro; siguiendo la dirección de su mirada, volvió la cabeza y exclamó alegremente:

—¡Abel! ¿Cómo apareces así a mis espaldas?

—Entré directamente por la puerta falsa testó el recién llegado, sin desprender la vista del forastero.

—Te he esperado largas horas, repuso la joven, enlazando con su brazo el cuello del mancebo.

Aquel grupo de juventud y belleza, era delicioso, y la perfecta semejanza que existía entre ambos hermanos, explicaba el asombro de Gonzalo.

—He creído oír que el Señor se informaba del alojamiento del Coronel, dijo el mancebo, interrogando de este modo indirecto al joven.

—En efecto, caballero, se apresuró a contestar Gonzalo, y si Ud. tuviese la bondad de indicármelo...

—Siento decir a Ud. que eso es imposible.

—¿Imposible?, repitió sorprendido el joven la castellano.

—El Coronel no se halla en el pueblo.

—Pero está su esposa, su ilustre esposa, querido Abel, se apresuró a decir Eva, notando la contrariedad que revelaba el rostro de Gonzalo.

—¿La heroica y noble Dña. Juana?, exclamó éste con entusiasmo. ¡Oh! ¡cuánto deseaba conocerla! Quisiera Ud., caballero, indicarme la casa que ocupa para poder presentarle mis respetos.

Las oscuras y bien delineadas cejas del mancebo se contrajeron violentamente, bajo una impresión de cólera y de disgusto; sin embargo, dijo con resolución:

—Un instante, caballero; voy a reunirme con Ud., para conducirlo personalmente.

Y desapareció de la ventana, no tardando un segundo en presentarse en la puerta de calle.

—Tenga Ud. a bien seguirme, dijo a Gonzalo.

Los negros ojos del joven castellano y los azules de la niña, se encontraron en una última mirada, furtiva y tímida por parte de ella, fija, ardiente y expresiva por la de él, y saludándola con respeto, dio brida a su noble corcel, para seguir el paso rápido y decidido del mancebo.

VIII

Durante algunos momentos, marcharon los dos jóvenes, en absoluto silencio, que interrumpió al fin Gonzalo con esta pregunta.

—¿Dista mucho la casa donde vive la esposa de Padilla?

—Sí y no, contestó Abel, con la imperturbable seriedad que tanto contrastaba con sus años.

—No comprendo, dijo el joven castellano sonriendo.

—Es natural, repuso Abel, pues que Ud. ignora que Dña. Juana ocupa indistintamente su alojamiento aquí o su toldo de campaña a la cabeza del campamento, que está en las afueras del pueblo.

—¡Noble y heroica mujer! Dijo— conmovido Gonzalo. El corazón me late con violencia a la sola idea de conocer la, cuando ya le tenía consagrada toda mi admiración.

El pliegue característico de la contrariedad, apareció nuevamente entre las oscuras cejas del mancebo, que, sin contestar al joven castellano, apresuró el paso.

—¿Dónde ha podido marchar el Coronel Padilla en estos momentos?, pensó en voz alta Gonzalo.

—A conquistar nuevos laureles, ¿quién lo duda?, repuso el mancebo con íntimo convencimiento.

Deteniendo de improviso su ligero paso, miró fijamente a Gonzalo y le dijo con aire casi amenazador:

—Ignoro el objeto que trae Ud., y el interés que lo anima para ver a señora. Y velo por ella, cumpliendo el encargo que me dejó su esposo, y juro a Ud. que no le permitiré dar un solo paso más, si antes no me da plenas seguridades sobre sus intenciones.

Gonzalo miró con enojo al mancebo. La expresión de su rostro se tornó severa, y era posible que sus palabras resultasen duras y provocativas; mas, la esbelta figura y el delicado y hermoso rostro de Abel, recordándole en el acto otro que tenía gravado en su memoria, desarmó su resentimiento, y contestó con mesura:

—Bien que sólo debo dar cuenta de mi presencia en estos sitios a la respetable y alta persona en cuya demanda vengo, me place corresponder a la cortesía que debo a Ud., asegurándole que vengo directamente de Chuquisaca, persuadido de que mi entrevista con el jefe Padilla, no será estéril para la causa de la Patria.

—¿Es decir que Ud., es uno de los nuestros?

Por toda contestación, Gonzalo estrechó las suyas las manos del mancebo.

—Está bien, contestó éste; quiero sinceridad de esa declaración, Y ahora, media vuelta para regresar al pueblo.

—Pero, entonces." —exclamó Gonzalo sorprendido.

—¿Suponía Ud. que así, de buenas a primeras, lo condujese yo a presencia de la señora?

—Ah...Y ¿querría Ud., decirme el destino que se me reservaba en caso de persistir Ud. en sus sospechas?

—Obligarlo a volver por el camino que lo condujera hasta aquí.

—¿Obligarme? La palabra es dura para un hombre resuelto y armado como yo.

Abel se encogió de hombros, y poniendo sobre sus labios dos dedos de la mano derecha, silbó de una manera tan aguda y prolongada, que estremeció al jinete y al caballo.

Antes de que Gonzalo volviera de su sorpresa, cayeron sobre él dos hombres vigorosos y ágiles. Uno de ellos se apoderó de la brida del caballo, mientras el otro con sus nervudos brazos, depositaba suavemente en tierra a Gonzalo.

—¡Basta!, ordenó el mancebo, y volviéndose al joven añadió gravemente. No me guarde Ud., rencor por el suceso; sólo he querido demostrarle con cuánta facilidad habría cumplido mi propósito. Ahora, sigamos a pie nuestro camino, la casa de la señora no está distante, y uno de estos bravos muchachos va a encargarse de conducir el caballo.

Gonzalo, dominando la mortificación que sufriera en su amor propio con la sorpresa, se puso en marcha al lado del mancebo.

—Sabe Ud., le dijo, que empiezo a sospechar que tengo en Ud. a uno de los renombrados Capitanes de Padilla?

—Y ¿qué razón le impide creerlo?

—La juventud de Ud., amigo mío.

—He cumplido veinte años, y aquí acostumbremos nacer patriotas, contestó sencillamente el mancebo.

El joven castellano miró a su compañero con manifiesta complacencia.

—Confieso a Ud., dijo, que no llego a explicarme la oportunidad con que esos bravos muchachos, como Ud. los llama, acudieron a su señal.

—La explicación es muy sencilla. Yo seguí a Ud., desde su entrada al pueblo, pues me está encomendada su vigilancia. En su calidad de desconocido, me fue Ud. sospechoso, y tomé mis medidas de precaución antes de que mi buena suerte me lo presentase de nuevo en la puerta de mi propia casa. Evadí el encuentro, penetrando por la excusada que cae a otra calle, y quiso Dios concederme la ventaja de servir a Ud. de guía... Pero, aquí tiene Ud. la casa alojamiento del Coronel.

IX

Era la casa cómoda e independiente de uno de los vecinos notables de La Laguna, quien hospedaba a los ,heroicos esposos Padilla. En la puerta de calle, se hallaba un hombre en actitud de espera.

—Parece que nos aguardaba la Señora, observó Abel.

—¿Por aviso de Ud., sin duda?

—¿Ella lo necesitaba acaso? Seguro estoy de que sabía de antemano la marcha de Ud. desde Chuquisaca.

—Eso me parece difícil, repuso con incrédula sonrisa el castellano; mis precauciones fueron muy bien tomadas para ocultar mi viaje.

En apoyo de la aseveración del mancebo, se aproximó a ellos el guardia y les dijo:

—Pasen adelante, caballeros, su Señoría los esperaba.

Y los guió ante la presencia de Juana. Esta se adelantó al encuentro de los jóvenes y dirigiéndose al mancebo, que palideció intensamente bajo la mirada de la heroína, le dijo con acento maternal:

—Sé el celo que has desplegado en servicio mío y te lo agradezco, En cuanto a Ud., caballero, prosiguió mirando a Gonzalo con benévola sonrisa, espero que haya disculpado el recibimiento poco galante de mi querido Abel.

—El honor de conocer a Ud., Señora, exclamó con franco entusiasmo el castellano, borra de mi recuerdo lo que de desagradable pudiera tener para mí, el brillante ejemplo de sagacidad y de prudencia que debo a mi joven capitán.

—Tanto él como yo, hacemos honor a la cortesía desplegada por nuestro huésped. Y ahora, sentémonos, Señores, pues supongo que nos tomarán tiempo los informes que D. Gonzalo nos trae de Chuquisaca,

El joven hizo un ademán de sorpresa, y una ligera sonrisa de triunfo hermoseó el rostro generalmente serio y melancólico del mancebo.

—¿Sabía Ud.? — empezó Gonzalo.

—¿Que su viaje importaba algo grave y digno de atención para mi esposo? —interrumpió Juana— ¡Ya lo creo! Sin eso, ¿cómo hubiera Ud., podido pasar nuestras líneas de observación escalonadas desde Yamparáez?

Y como notase la creciente sorpresa del Joven castellano, añadió sonriendo:

—No tengo interés en pasar por hechicera y voy a darle la sencilla explicación del caso. Usted fue detenido en Yamparáez por el Jefe de la avanzada.

—Sí, Señora.

—Y obtuvo pasaporte suyo la comisión que traía era urgente importancia.

—Es verdad.

—Desde anoche tuve conocimiento esperaba a Ud.

—Pero, yo no he dado descanso a mi caballo, y creía haber volado más bien que marchado, Señora.

Una nueva sonrisa ruso a descubierto la blancura y envidiable dentadura de Juana.

—Su acento y la ignorancia de la velocidad con que atraviesan las distancias nuestros hombres, me hacen presumir que es Ud., extraño en este país.

—Cierto. Hace sólo cuatro meses que llegué a Chuquisaca.

—Y ¿no ha servido Ud. en las armas?

—No, Señora, aunque esta confesión me ruborice; pero, bajo las órdenes de su ilustre esposo, me prometo desquitar el tiempo perdido.

—No le faltarán oportunidades para ello. Y ahora, si Ud. no tiene inconveniente en darme los informes de que es portador...

Gonzalo dirigió una rápida mirada al mancebo, que este tomó al vuelo.

—Yo me marcho, si Ud. lo permite, Señora — dijo éste poniéndose de pie.— Sólo espero las órdenes que tenga a bien impartirme.

—Por de pronto, desearía que me indique un alojamiento para el Señor.

Abel vaciló un momento, y como si tomara de súbito una resolución violenta, dijo:

—Mi casa está a órdenes de D. Gonzalo.

Juana sorprendida, pidió venia a Gonzalo para dejarlo sólo un momento, y salió con el mancebo.

—Tu ofrecimiento me sorprende, le dijo, deteniéndolo en el patio. ¿Olvidas a nuestra querida Eva?

—No, Señora. Y ¿qué?

—Pero, hijo mío, nuestro huésped es joven y hermoso.

—¡Ah! lo encuentra Ud. bello, ¿no es verdad, Señora? —dijo Abel con indescriptible amargura.

—Y tu hermana puede pensarlo como yo, contestó Juana, ajena de sospechar el doloroso estremecimiento que sacudía los miembros del joven. Si no se te ocurre cosa más hacedera, D. Gonzalo, se alojará aquí en casa.

Abel levantó con violencia su rubia y bella cabeza, y mirando fijamente a Juana, le dijo con acento firme:

—Ignoramos quién sea ese hombre, y no consentiré que, en ausencia del Coronel, un desconocido quede al lado de Ud. No en balde, Señora, he quedado con el encargo de guardar su persona. Necesito vigilar de cerca a D. Gonzalo, y en ninguna parte puedo hacerlo mejor que teniéndolo en mi propia casa.

—Gracias por tu cuidado, amigo mío; pero a vez, no puedo consentir en que por respetos a persona, sufra la reputación de tu hermana. Eva vendrá a mi lado, hoy, sin pérdida de tiempo.

—La orden de Ud. será cumplida sin demora.

Juana volvió al lado de Gonzalo, y ocupando a silla próxima a la del joven, le dijo:

—Estamos solos: podemos ocuparnos del asunto de que viene Ud. encargado.

¿Me será permitida una pregunta?

—Hágala Ud. sin recelo.

—¿Prolongará su ausencia el Coronel?

Juana miró fijamente al joven, que contestó a aquella mirada avasalladora con la suya llena de franqueza.

—Espero de un momento a otro, noticias de mi poso, contestó Juana; mientras tanto, nada puede afirmar respecto a su regreso.

—Y los acontecimientos apremian, dijo Gonzalo, pues sospecho que no se debe fiar de la aparente inacción del General La Hera.

—Lo hemos creído como Ud., y esa es justamente la causa de la ausencia del Coronel. ¿Son esos los informes que Ud. trae?

—¡Oh! no, Señora. Acabo de recibir la prueba de la previsión y tino del Coronel, para pensar que los pudieran tomarlo de sorpresa. Otro, y muy importante, es el objeto de mi venida. Si deploro la ausencia del Jefe, es porque habría deseado que lo supiese sin demora, en unión de su valiente esposa.

—Y al decir esto, Gonzalo sacó de una cartera el pliego que conocemos y lo dio a Juana.

—Viene abierto, —exclamó ésta sorprendida, y añadió sonriendo: —Lo que prueba la confianza que se tenía en Ud., D. Gonzalo.

El vivo rubor que cubrió el semblante del joven, no pudo ser notado por la esposa de Padilla, ocupada en la lectura del pliego.

—¡Ah! —exclamó con el hermoso rostro iluminado por el entusiasmo.— La causa de la patria cuenta aún con la noble abnegación de muchos. ¡Bendito sea Dios! Tendremos hombres, armas y recursos: así lo prometen los patriotas notables de la ilustre Chuquisaca.

—¿Conoce Ud. las firmas? —preguntó Gonzalo, no sin ansiedad.

—De algunos de ellos, sí, y esto basta para garantizar las restantes, cuyos nombres me son familiares porque figuran entre los más decididos por nuestra santa causa. Tenía Ud. razón, mi joven amigo, en deplorar la ausencia de mi esposo. Las buenas nuevas son tan raras, que no deben demorarse un momento.

—Si fuese posible hacer llegar ésta a conocimiento del Coronel, —insinuó Gonzalo.

Juana movió negativamente su altiva cabeza y murmuró:

—Yo lo deseo vivamente... pero, por desgracia, eso es imposible... Esperemos con paciencia noticias tuyas.

Ya sabemos que la mayor inquietud de la noble mujer, era la ignorancia en que estaba respecto al punto en que podía hallarse el caudillo.

—Esperemos, pues, contestó tristemente Gonzalo: ya que así lo imponen las circunstancias.

Y se puso de pie para retirarse.

—Pronto descansará Ud. en su alojamiento, dijo Juana, pero no será antes de que me acompañe Ud., a la mesa. No tardarán en anunciarnos la comida. Mientras tanto, nuestra costumbre aquí tomar una taza de café... o si Ud. prefiere otra cosa, será servido al momento.

—Acepto el café, Señora.

—Y lo tomará Ud. con una copa de licor cinteño, que los catadores aseguran ser delicioso.

Juana llamó al soldado que hacía facción en el patio, y le pidió el café que debía estar ya preparado. En aquel momento, entraban Abel y su hermana.

—¡Ah! querida hija mía, exclamó Juana, tomando la rubia y encantadora cabeza de Eva para besarla maternalmente—; ¡cuánto agradezco la prontitud con que cumples mi deseo! Ven: quiero presentarte a nuestro huésped.

Las sonrosadas mejillas de la niña, al notar la presencia de Gonzalo, se habían cubierto de un vivo encarnado, mientras los negros y expresivos, ojos del joven brillaron de contento...

—Conozco al Señor, murmuró Eva, bajando ruborizada la cabeza.

—Mi buena estrella me condujo a casa de la Señorita, añadió vivamente Gonzalo.

—Tanto mejor, repuso Juana; de este modo nos encontramos entre conocidos.

Abel de pie, apoyando la espalda contra una de las hojas de la puerta, permanecía silencioso.

—¿Nada nuevo, hijo mío? —le preguntó Juana.

—Nada, Señora, —contestó el mancebo.

El asistente entró trayendo en una bandeja el aromático café, en una cafetera monumental, acompañada por un azucarero lleno de azúcar de caña de Santa Cruz, grandes tazas de loza con caprichosos dibujos, una botella verdosa, fabricada en Cochabamba, con el anunciado y perfumado licor de Cinti y copas para este licor, de la capacidad de las que usamos hoy para tomar el delgado vino Burdeos.

Juana se apresuró a colocar a sus huéspedes al rededor de una mesa, no queriendo que la bebida de su predilección fuese servida por otras manos que por las suyas. Por deferencia al recién llegado, lo colocó entre ella y Eva, tomando Abel el asiento que hacía frente a Juana. Silencioso, con la prematura seriedad que hacía contraste con sus pocos años, parecía no tener otra mira ni más interés que seguir en el escultural rostro de la esposa del caudillo, la huella fugaz de sus impresiones.

Juana, sobreponiéndose a las graves preocupaciones del momento, hizo a sus huéspedes los honores del café y luego los de la mesa, con la dignidad sencilla y exquisita que la caracterizaba, sin disimular la favorable impresión que las excelentes prendas de Gonzalo producían en su ánimo.

De esta suerte, pasaron las breves horas de la tarde y algunas de aquella noche del 16 de agosto.

Abel colocó a su huésped en su propia habitación, tomando él la de su hermana, que estaba inmediata. Acostumbrado a la vida de campo, y teniendo que corresponder a la confianza de su Jefe, las primeras luces del día lo encontraron ya, fuera de su casa, dando cumplimiento a ronda matinal que él se había impuesto como primera obligación para vigilar el pueblo. A su regreso vio que el cuadrante que había en el patio marcaba las siete, y en el mismo instante apareció Gonzalo en la puerta de su cuarto.

—Me ha vencido Ud., dijo saludando con una sonrisa al mancebo. La buena cama y el cansancio han podido más que mi costumbre de madrugar.

—Todavía es temprano, contestó Abel; pero es la hora en que acostumbro tomar una taza de café, que Ud. me daría mucho gusto en aceptar.

— Los dos jóvenes, tan distintos en su género de belleza, y en la expresión del rostro, varonil y abierto el de Gonzalo, suave, reservado, casi sombrío el de Abel, pasaron al comedor, no tardando en hacer los honores que se merecía, al humeante néctar que, con el nombre de café de Yungas, merece, con sobrada razón, hasta hoy la predilección de los alto-peruanos.

En el curso de una conversación sin consecuencia, más de una vez asomó una pregunta a los labios del mancebo, viniendo en seguida una reflexión a impedir que la formulase. Gonzalo exclamó de pronto.

—¡Feliz Ud., mi Joven amigo, que milita bajo las órdenes de un Jefe como Dña. Juana! No me admira ya que sus soldados se conduzcan como héroes.

—¿La encuentra Ud. hermosa?, preguntó Abel con la misma expresión amarga con que hemos notado que dirigió a la esposa del caudillo la misma interrogación. Deseaba ardientemente preguntárselo.

—¿Hermosa? ...Mire Ud., hermosa puede serlo cualquiera, pero muy pocas consiguen reunir a la belleza, la dignidad sencilla, el irresistible atractivo de Dña. Juana. ¡Con qué placer daría yo toda mi sangre por ella!

Una palidez de muerte invadió las mejillas del mancebo, sus labios se agitaron sin producir sonido alguno y cerró los ojos como acometido de un vértigo.

—¿Se siente Ud. mal?, exclamó Gonzalo alarmado.

—Nó, no es nada —contestó Abel haciendo un esfuerzo poderoso para reaccionar.— El aire frío de la madrugada...

—Otra taza de este riquísimo café, dará cuenta con su indisposición.

Y Gonzalo con esmerada solicitud, presentó al mancebo la ofrecida taza.

—En seguida, continuó el joven, iremos a presentar nuestros respetos a la Señora, si la hora no es incompetente.

—Iremos, contestó Abel. Ella madruga tanto como yo. ¿Debe Ud. ocupar algún puesto a su lado? —añadió, mirando en los ojos a Gonzalo.

—Harto lo quisiera, amigo mío, pero ni la Señora me lo ha dicho, ni yo me he atrevido ayer él insinuarle el ardiente deseo que tengo de servir de custodio a su persona.

—Sin embargo... tiene Ud. motivos para creer que no cumplen mal su cometido los que ahora la rodean.

—Ya lo sé y bien a costa mía, contestó el joven sonriendo; pero nunca hay sobra de adhesión alrededor de una mujer de la talla de la Señora. ¿Ignora Ud. que ella y su esposo son la pesadilla de los servidores del Rey?

—Lo concibo perfectamente. Marchemos, si Ud. gusta.

—¿Se halla Ud. restablecido?

—Del todo... No tenga Ud. cuidado.

El alegre relincho de un caballo hizo volver al joven, y vio al suyo que, amarrado bajo un cobertizo y con un abundante pienso, lo saludaba de aquella manera.

—Te tenía olvidado, mi noble compañero, exclamó acariciando la fina e inteligente cabeza del corcel. Felizmente, estás en buenas manos, y este servicio aumenta la larga lista de los que ya debo a Ud., añadió dirigiéndose al mancebo.

En breve llegaron los dos jóvenes al alojamiento de Dña. Juana. Sorprendió no poco a Gonzalo, notar que ni en la puerta de calle ni en las cercanías había guardia ni cosa que hiciese sospechar que se hallaban en casa del Jefe del campamento patriota. Comunicó su sorpresa al mancebo, y éste le contestó con su seriedad habitual.

—Eso demuestra que aquí cada pecho le sirve de escudo y cada brazo está pronto a su defensa. El aparato de la fuerza sería inútil e irrisorio.

Entraron al patio y allí la sorpresa de Gonzalo se trocó en asombro. Juana ayudada por Eva, ambas con los blancos y torneados brazos desnudos hasta el codo, preparaban sobre una bruñida mesa, delicadas pastas, que el horno enrojecido por una viva llama, esperaba para devolverlos a punto.

Al rumor de los pasos, volviéronse Juana y Eva, y mientras un delicioso rubor cubría la frente de la última y la hacía inclinar la cabeza, exclamó, jovialmente la esposa del caudillo:

—Esto se llama traición, Señores, tomarnos así en estado de no podernos defender...

Y mostraba riendo sus manos hundidas en la pasta.

—Y cuando pienso, hija mía, que nos quitan hasta el placer de la sorpresa!, pues, pensando en Uds. es que preparábamos en secreto estos pastelillos que una vez sacados del horno, ya me darán. Uds. noticias de ellos.

Gonzalo contemplaba mudo de asombro a aquella mujer, terror del enemigo en la batalla, heroína en sinnúmero de combates, joven aún, y espléndidamente bella, rodeada de la adoración de los suyos, cumpliendo con la mayor naturalidad del mundo la modesta labor de una buena ama de gobierno. (1)

Juana Azurduy, nació en Chuquisaca en 1781. Contaba, pues, a la sazón. 35 años de edad. Educada con esmero en uno de los monasterios de esta ilustrada capital, asiento de la Real Audiencia de Charcas, dejó su santo asilo para unir su suerte a la de Manuel Ascencio Padilla, uno de los más notables entre los ciento dos caudillos patriotas alto-peruanos, nacidos al generoso impulso del primer movimiento independiente sud-americano, iniciado en Chuquisaca el 25 de Mayo de 1809.

Participando en alto grado de los levantados sentimientos de su esposo. Juana tomó una parte personal y heroica en los innumerables encuentros que los guerrilleros del infatigable Padilla sostenían contra las guerras españolas. Sin que consiguiesen abatirla los contrastes, ella más de una vez, sostuvo el ánimo del caudillo, infundió la esperanza e inflamó el valor entre los suyos, que le consagraban una adhesión sin límites y un amor que rayaba en fanatismo.

De noble y gallarda presencia, su vistoso arreo de combate la hacía el blanco del peligro. La fama de sus hazañas y de su prestigio. le valió el título de Teniente Coronel que, con fecha 13 de agosto de 1816 y en honrosísima nota, le confirió la Junta de Gobierno de Buenos Aires.

—Perdón, Señora, dijo Abel adelantándose para saludarla. Hemos sido inoportunos..., pero el deseo de recibir sus órdenes...

—Abusas de mi condescendencia, le interrumpió alegremente Juana, porque sabes que no resiste mi enojo a una palabra tuya. Y bien, D. Gonzalo, ¿ha sido buena la noche?

—Mejor no podía esperar la, Señora.

—Lo celebro, ¿No saludas al Señor: hija mía?

Eva, roja como una amapola, volvió a medias la cabeza, sonrió a su hermano y por segunda vez sus azules ojos se bajaron ante la mirada apasionada de Gonzalo.

—Ahora querido Abel prosiguió Juana conduce al Señor a la sala, donde serán Uds. atendidos por el asistente en lo que desean, mientras nosotros terminamos nuestra tarea.

El joven castellano siguió a su conductor, no sin volver la cabeza para contemplar el delicioso grupo formado por la altiva belleza de Juana y la suave y fresca virginal hermosura de Eva.

El almuerzo en aquella época se tomaba a las nueve de la mañana, porque no era aún costumbre perder las mejores horas del día en la cama, y creemos inoficioso decir que el apetito de los comensales, hizo honor a los delicados pasteles y demás platos con que eran obsequiados.

Eran las 11 del día y duraba, todavía la agradable tertulia de sobre mesa, en la que Gonzalo hacía casi sólo el gasto, pues, la taciturnidad recelosa del mancebo fue tan notable, que alarmó a la esposa del caudillo, que inclinándose al oído de Eva le dijo rápidamente:

—Llama con cualquier pretexto a tú y procura saber si está enfermo. Lo noto pálido y más silencioso que de costumbre.

La linda niña poniéndose de pie, tomó del brazo al mancebo y le dijo:

—¿Quiéres oírme un momento?

Mientras salían los dos jóvenes, Gonzalo:

—La semejanza de estos niños es asombrosa.

—Son gemelos, bien que no siempre sea esa una razón para tanto parecido, contestó Juana.

—¿Parientes de Ud., Señora?

—No, amigo mío. Su nacimiento había costado la vida a la madre, y el patriotismo del padre, haciéndolo blanco de la persecución y de los odios realistas, lo llevó al sepulcro hace dos años. Amigo íntimo de mi esposo, le recomendó que, en lo posible, hiciese sus veces con sus dos pobres hijos.

—No me extraña, Señora, que aleccionado por tantas desgracias, el carácter de Abel se resienta de cierta reserva adusta, ajena de sus pocos años.

—Es verdad, D. Gonzalo; y por el vivo interés que ese querido niño me inspira, lo siento profundamente, sin haber acertado hasta hoy con el medio de combatir esa tendencia que puede serle fatal en el porvenir.

Mientras así hablaban Juana y Gonzalo, enlazada Eva al cuello de su hermano, le decía con insinuante y cariñoso acento:

—No, tú no eres sincero conmigo. Me niegas que sufres, me llamas visionaria siempre que te pregunto la causa de tu habitual tristeza, y si ahora insisto en averiguarla, es porque la Señora me lo acaba de encargar.

—¿Ella? —murmuró el mancebo—, ¿ella se ha dignado preocuparse de mí?

—¡Ingrato! —dijo la niña con tristeza ¿no lo ha hecho así desde que la conocemos?

—La suponía tan ocupada con el hermoso huésped, —repuso Abel amargamente—. ¡Ah! ¿por qué ha aparecido ese hombre entre nosotros?

—Hermano... ¡hermano mío! —balbuceó Eva palideciendo— ¿tienes algún motivo de odio contra él?

—Mis presentimientos no me engañan: lo vi y lo aborrecí.

—Pero ¿por qué? —murmuró la pobre niña, llevándose las manos al corazón.

—Porque esos presentimientos me anuncian que damos abrigo a un traidor —terminó Abel con violencia.

—¡Ah! —dijo Eva respirando con desahogo, mientras una dulce sonrisa entreabría sus rojos labios— y ¿es sobre meros presentimientos que fundas ese odio injustificable? Nunca te he conocido injusto, hermano mío.

El mancebo, sin contestar, inclinó su rubia cabeza sobre el pecho. Eva, con el mimo de una criatura se le sentó sobre las rodillas, y se abrazó a su cuello; inclinando a su vez la cabeza para verle rostro. Cuando lo consiguí, la palidez del joven le dio miedo.

—¡Abel! —exclamó trémula de espanto—. ¡Dios mío!, ¡tú estás realmente malo!

—No, dijo el mancebo, con una sonrisa más triste que una lágrima: el cuerpo está sano, pero mi alma se muere.

—¿Y nada me dices para poder aliviar tu sufrimiento?

—Perdóname, Eva querida, perdóname...; te hago llorar... pobre hermana mía... ¿Ya lo ves? soy realmente injusto.

—Olvida esa palabra, te lo ruego.

—¿Crees que ella ha podido herirme? ¡Oh! no, sólo ha conseguido hacerme conocer que una pasión sin esperanza, puede ofuscar la razón hasta lanzarla al crimen.

—¿Tú?... —balbuceó Eva, sobrecogida.

Pero Abel, cerrándole suavemente los labios con un beso, prosiguió vivamente.

—Ni una palabra más sobre lo que acabas de oír: que tu pecho sea la tumba inviolable de mis locos desvaríos; júramelo por la santa memoria de nuestros padres.

—¿Y la tranquilidad volverá a tu espíritu?

—Te lo prometo.

—Y... —prosiguió Eva vacilante— tus sospechas...

—¿Soy acaso dueño de arrancar las de mi alma? Dejemos que el tiempo las desvanezca, si ello es posible.

—¡Hermano! —murmuró tristemente la niña.

—¿Rehúsas acaso la promesa que solicito de tu cariño?

—¡Oh! no ¿cómo puedes creerlo? Tu revelación queda sepultada para siempre en lo más hondo de mi pecho... Verdad es, añadió con una sonrisa que me sería imposible encontrar un rayo de luz para alumbrar el misterio que para mí encierran tus palabras.

—¡Permita Dios que nunca las comprendas!

—Y ¿qué resultado doy a la Señora tocante a su encargo?

—¡Es cierto! Si tiene la bondad de recordarlo... y bien... achaca mi estado a las preocupaciones de la falta de noticias que tenemos del Coronel, y así no faltarás a la verdad.

Eva cumplió fielmente la recomendación que le hizo su hermano, y Juana reconocida a la adhesión del mancebo hacia su esposo, lo llamó dos días después de la escena referida en el capítulo anterior, y acariciando maternalmente su rubia y ondeada cabellera, le dijo:

—Noble y generoso corazón es el tuyo, niño querido, digno de que yo deposite en él los temores e inquietudes que despedazan el mío. Si tu edad es poca, tus sentimientos son los de un hombre capaz de todo sacrificio grande y levantado. Tal vez voy a exigirte uno de ellos.

—¡Oh! sí, Señora —exclamó Abel juntando las manos con entusiasmo.— Tengo la ambición de las alturas. Levánteme Ud., Señora y no se arrepentirá de haberme puesto en la línea de los héroes.

—Lo eres ya por tus aspiraciones. Escúchame, y tú que participas de mis inquietudes, tú que amas con cariño filial a mi esposo, aceptarás con placer el servicio que voy a pedirte en nombre de ese mismo cariño.

—Ardo en deseos de complacer a Ud.

—En la cruel incertidumbre en que nos tiene el silencio inexplicable del Coronel, he resuelto fijarme en una persona de absoluta confianza para enviarla en demanda de noticias tuyas. He desechado varios sujetos que se han presentado a mi imaginación por ser muy conocidos en todas estas regiones, y eso los expondría a fracasar en la empresa.

Juana quedó un momento pensativa, y Abel, temiendo comprender su intento, apeló a toda su energía para aparecer tranquilo.

—En esta situación, prosiguió la esposa de Padilla, al saber que mis temores y sobresaltos, eran los mismos que te agitan, ¿no era natural que pensase en ti, hijo mío, desconocido aún entre los hombres de guerra y con bastante conocimiento de los lugares que tienes que recorrer y de los peligros que debes evitar?

El mancebo esperaba este resultado, pero al tocar la evidencia se sintió desfallecer, y murmuró sordamente.

—Creía que mi deber era velar por Ud. Señora. —Yo no corro peligro alguno, querido mío. Me veo rodeada de los nuestros.

—La traición no duerme.

—¿Un traidor entre ellos? —dijo Juana sonriendo— Eso es imposible.

—Y ¿quién garantiza la lealtad de D. Gonzalo, que goza del honor de estar en la compañía de Ud.? —exclamó Abel, incapaz de dominar por más tiempo la idea que lo atormentaba sin cesar.

Juana contestó con aire grave:

—Con esa sospecha le infieres un ultraje inmerecido. No ha llegado el momento de revelar objeto de la venida de D. Gonzalo, pero, créeme, hijo mío, ese objeto lo hace acreedor a nuestra gratitud y a nuestra entera confianza.

Un temblor nervioso crispó los labios del mancebo, pero sin proferir una sola palabra inclinó la cabeza y permaneció en silencio. Creyendo Juana comprender el motivo de su emoción le tomó las manos y le dijo con bondadoso acento:

—Imagino que la separación de nuestra querida Eva, te cueste mucho. .. Si el sacrificio de una corta ausencia es superior a tu buena voluntad, dímelo, hijo mío... Y en verdad, sospecho que es exigirte demasiado.

—¡Nunca! —dijo Abel, poniéndose de pie resueltamente.— La muerte, la muerte misma, pero ordenada por Ud. Señora, sería para mí un beneficio.

¡Ah, noble corazón! —exclamó Juana, atrayendo a sus labios la hermosa y pensativa frente del mancebo. —Pido a Dios que mi hijo pueda parecérsete un día! Tomo sobre mí la tarea grata de suavizar a fuerza de ternura, el pesar de Eva durante tu ausencia; y ya tengo elegido el valiente, leal Santiago (1) Cholo chuquisaqueño, asistente de Padilla y muy adicto a su persona, que figura en el episodio histórico, citado "En el año 1815".)

para que vele por ti y te preste ayuda en el viaje. Ahora, ve a reposar, hijo mío, mientras me ocupo de los aprestos de la marcha, que debe hacerse en el mayor secreto. No faltará: un pretexto para motivarlo. Esta noche te daré mis instrucciones, pues debes partir al amanecer de mañana.

El día pasó como los anteriores, sin mas novedad que la ausencia de Abel del alojamiento de Juana, ausencia que ésta atribuyó a los quehaceres del mancebo. Impuesta Eva de que su hermano salía a llenar una comisión, se esmeró con la escurpulosidad y delicadeza propias de una mujer, en el arreglo del ligero equipaje y en la provisión de las alforjas que debía llevar el mancebo. Este se presentó al fin, a las nueve de la noche, para recibir las instrucciones prometidas por Juana. Muy pálido, pero completamente dueño de sí mismo, las escuchó en silencio y respetuosamente. A las once tomó su venia para retirarse:

—¿Nos veremos mañana? —preguntó Eva.

—Pienso madrugar mucho, —contestó Abel.

La Luz del día me tomará lejos del pueblo.

Eva se lanzó al cuello de su hermano y le dijo al oído.

—Voy a rogar tanto a Dios que seas feliz... que espero conseguirlo.

Una triste sonrisa iluminó con la rapidez del relámpago el pálido rostro del mancebo.

—A mi vez, hijo mío, dijo Juana, quiero estrecharte sobre mi corazón... y que Dios te proteja y te bendiga!

.....

El secreto del motivo de la expedición de Abel, librado tan sólo a la esposa, del caudillo, quedó perfectamente guardado, y la vida en el cuartel general de los patriotas, continuó su tranquilo y metódico curso; pero Juana, devorada por la incertidumbre, no podía, las más de las veces, dejar de entregarse a sus preocupaciones, buscando la soledad y el aislamiento. De esta suerte, la ausencia de su hermano y el retraimiento de Juana, formaba al rededor de Eva una atmósfera de tristeza en armonía con el despertar de un corazón de niña, virgen hasta entonces de las pasiones imperiosas de la vida.

Leal y caballeroso como era Gonzalo, prometió, guardar el secreto de su pasión hasta combatir y desvanecer el sentimiento hostil que había tenido la desgracia de despertar en el mancebo, y fuerte con esta resolución, creyó que no existía peligro alguno en la creciente intimidad que tomaban sus relaciones diarias con Eva, protegida por el cariño y el respeto de la esposa de Padilla.

La inquieta preocupación de Juana la explicaba atinadamente por la falta de nuevas del cuadillo; pero no tardó en advertir en Eva los mismos síntomas de silenciosa melancolía.

—¡Niña adorable! —pensó el joven— ¡Cuánto es el cariño que tiene por su hermano!

Y esta idea, recordándole lo distante que se hallaba del corazón del mancebo, cubrió su varonil semblante de una nube de tristeza.

En tal situación de ánimo se hallaban nuestros personajes poco después de la marcha del mancebo; de suerte que, no extrañó a Gonzalo el silencio que reinaba en el alojamiento de la esposa del caudillo cuando al medio día de uno de los últimos de agosto, se presentó como de costumbre a saludar a las Señoras. Conocedor de toda la casa, buscó al asistente preguntándole por Juana.

—La Señora se halla indispuesta, le contestó, y descansa en su cuarto; pero, si quiere Ud. ver a la niña, debe encontrarse en la huerta, donde la vi entrar hace rato.

Gonzalo se dirigió allí.

Lo que se llamaba pomposamente huerta, era un gran espacio de terreno, cercado por altas y gruesas paredes de tierra, conteniendo pocos y raquícos manzanos y uno que otro árbol de durazno, despojados éstos de sus hojas por la estación. El joven descubrió fácilmente a Eva, sentada en un banco de madera, a la sombra de un manzano, con su labor sobre las rodillas, los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en las caprichosas y blancas nubes con que jugueteaba el viento. Estaba tan deliciosa así, en el abandono de su postura, que Gonzalo no se atrevió a avanzar hasta ella, contemplándola con arrobamiento casi religioso.

La influencia magnética de la mirada, es cosa que está puesta fuera de duda. Eva, sometida a su influencia, se estremeció de pronto, y volviendo vivamente la cabeza, sus mejillas se tiñeron de vivísimo carmín al notar la presencia de Gonzalo.

—¡Ah! ¿Ud. aquí? —balbuceó, tan confusa que no pudo ponerse de pie.

Gonzalo se apresuró a ir hacia ella, y envolviéndola con una mirada llena de pasión:

—Sí, —le dijo casi en voz baja, dominado por la emoción,— ¿podía renunciar al placer de verla?

Y se dejó caer al lado de la niña, en el banco que ella ocupaba, sintiendo esta vez que sus prudentes resoluciones se desvanecían como el humo.

Un ligero temblor agitó el cuerpo de Eva al sentir la proximidad del joven, y no atinando el partido que convendría tomar, inclinó su virginal cabeza y guardó silencio.

—Eva, —murmuró el joven, apoderándose de sus delicadas manos,— no es culpa mía si Dios me concede este momento de felicidad... Pensé encerrar mi secreto en lo más profundo de mi alma... El destino lo dispone de otro modo... ¿a qué luchar más contra lo que él dispone? Lucha estéril, lucha imposible. ¡Eva! te amo, te amo!

Y Gonzalo, presa del vértigo de su pasión, cayó de rodilla a los pies de la niña oprimiendo sus manos contra sus ardorosos labios.

Eva elevó al cielo una mirada de gratitud inefable, e inclinó su rubia cabeza, como agobiada por el exceso de su dicha. No habló, pero Gonzalo comprendió que era amado, y hubiera deseado morir así, de rodillas ante su amada, sintiendo en sus labios la suave y tibia presión de aquellas pequeñas manos estremecidas bajo el calor de sus besos.

El éxtasis de los dos amantes hubiera podido prolongarse hasta el infinito, si el pesado y poderoso vuelo de un cóndor que cruzaba lentamente poca distancia el espacio, no hubiese sacado bruscamente de su celestial arrobamiento a Eva.

—¡Dios mío! —murmuró estremeciéndose,— si esto no es mas que un sueño, haz, Señor, que nunca me despierte.

Y Gonzalo repitió en voz baja y ardiente:

—¡Te amo! ¡Te amo! Tu primera mirada encendió en mi corazón este fuego que me consume y que durará tanto como mi vida... ¿Acaso mis ojos no te lo revelaron desde el primer momento?

—Yo ignoraba el nombre que debía dar a lo que sentía mi alma —contestó Eva, sin huir su leal y candoroso mirada de la ardiente del joven:— ahora lo sé... ¡Gonzalo: yo te amo!

—Y gozamos juntos de los goces anticipados del cielo. ¡Oh!, alma de mi alma, ¿qué puede oponerse a que así sea?

La dulcísima sonrisa de Eva, se borró bruscamente, sus mejillas palidecieron: echó hacia atrás su encantadora cabeza, balbuceando:

—¡Mi hermano!

El recuerdo de Abel causó una sensación dolorosa en el joven, pero la reacción fue instantánea en su varonil y leal naturaleza.

—Le confesaremos nuestro amor puro y ardiente, —dijo— y lo aprobará, amada mía.

Los azules ojos de Eva se llenaron de lágrimas y no se atrevió a formular su pensamiento, pero Gonzalo creyó comprenderlo.

—Sé, agregó, que he tenido la desgracia de serle poco simpático; pero, pierde cuidado: yo haré de tal modo, que sus infundadas prevenciones lo hagan avergonzarse.

—Pero hasta entonces, —exclamó Eva con espanto—, que no sospeche nuestros sentimientos, te lo ruego. ¡Oh!, si Abel pudiera leer en tu corazón como yo leo...

—Pondremos de nuestra parte a la noble posa de Padilla.

Eva guardó silencio: pensaba que la terrible acusación de traidor que Abel hacía pesar sobre Gonzalo, pudiera hallar eco en Juana, siendo en tal caso la oposición de la convencida y entusiasta patriota, el mayor obstáculo con que tropezase su felicidad. Ante este temor repuso con fuerza:

—Guardemos el secreto de nuestro amor, Gonzalo, hasta el día en que probada tu adhesión a la causa de la patria, podamos revelarlo a la faz de todos los nuestros.

—Sea como tú lo quieres, ángel adorado. Júrame en cambio que nunca, nunca cederán tus sentimientos ante influencias y consideraciones de ningún género.

—Sólo tengo un corazón, —contestó Eva con una sonrisa adorable— y acabo de entregártelo.

La voz del asistente que llamaba a los jóvenes, en nombre de Juana, para que la acompañasen a la mesa, y una última y apasionada presión de manos, puso fin a esta escena.

Desde aquel momento, los dos amantes entregados al santo egoísmo de su amor, no llevaron cuenta de los días transcurridos, ni pensaron en las inquietudes y pesares que se agitaban al rededor de ellos. Toda la savia de su vida, todo el ardor de su alma, se concentró en el lenguaje de los ojos y en la furtiva presión de sus manos, pues Eva, huyendo por instinto de las ocasiones de encontrarse sola y aislada con Gonzalo, no dejaba las habitaciones de la casa a las horas en que el joven tenía costumbre de presentarse en el alojamiento de Juana. Esta reserva virginal de la niña, era la única nube que empañaba el radiante cielo de la dicha de Gonzalo: sus labios tenían sed, sed rabiosa de robar el primer beso de los castos labios de su amada.

—Eva, —le dijo un día, tristemente— ¡tengo tanto que decirte! ¿Por qué no me concedes una entrevista?

—No me explico la causa, —contestó ruborizada la niña,— pero tengo miedo... Prefiero que me escribas.

En conocido opúsculos de historia, se halla más o menos bien descrita la heroína Dña. Juana Azurduy de Padilla, moral y físicamente. Vese, pues, que entregada por completo al ideal de la independencia de su patria, pasaban desapercibidos ante ella los sentimientos que no se relacionan con el que forma el noble tópico de su vida; y esto unido ahora a la dolorosa preocupación que le causa la ignorada suerte de su esposo, hace que el ardiente amor de los dos jóvenes pase sin ser advertido por ella.

Esta situación duró hasta el 19 de septiembre. Ese día, cuando las sombras de la noche invadían el límpido horizonte, las voces de ¡Viva Padilla! llegaron a oídos de Juana, que se hallaba en compañía de Eva y de Gonzalo.

—¡Es él! ¡Es mi esposo! —dijo ésta, y doblegada por el placer, ella que no palidecía en el combate, ni flaqueaba en la adversidad, se dejó caer sobre la silla, murmurando: —¡Bendito sea Dios!

Gonzalo que se había precipitado a la puerta, no tuvo tiempo para ir mas lejos: varios jinetes entraban al patio seguidos de un grupo entusiasta que vitoreaba al caudillo. Padilla desmontó rápidamente.

—¡Juana! —exclamó recibiendo en sus brazos a su esposa que, apoyada en Eva se presentó en la puerta.

—¡Cuánto he sufrido con tu silencio! —contestó ésta.

—Te lo explicaré luego y me perdonarás en el neto... Pero debo anticiparte las gracias por el oportuno refuerzo que me enviaste con este noble y valiente muchacho.

Y Padilla tomando de la mano a Abel, que permanecía inclinada la frente a espaldas del caudillo, lo presentó a Juana.

¡Oh!, —dijo la noble mujer, estrechando efusivamente las manos del mancebo—, yo no dudé un instante de su valor y de su inteligencia y por eso lo elegí entre todos.

Eva, esperó su turno para abrazar tiernamente a su hermano, mientras se escuchaba la voz clara y ligeramente irónica del Padre Polanco, que decía a Juana:

—¡Y para mí, Señora ¿no queda ya una sola bienvenida?

—Padre Polanco —replicó Juana con su habitual gallardía,— no se muestre su Reverencia víctima del crimen de ingratitud: ¿podría yo olvidar al que es conceptuado por todo el campamento como el ángel custodio de mi esposo?

Los que acompañaron a Padilla, no tardaron en retirarse, e instalados cómodamente los recién llegados en la habitación donde se preparaba la confortable cena de aquellos tiempos, Juana dijo a su esposo:

—La carta que te escribí con Abel, te informaría de la llegada de un joven castellano, conductor de un pliego importante de los patriotas de Chuquisaca. Voy a presentarte al mensajero.

Juana lo buscó con la vista. El joven se había retirado discretamente a un extremo de la habitación desde donde examinaba con respeto la enérgica apostura del caudillo.

—D. Gonzalo, —le dijo Juana,— mi esposo desea estrechar a Ud. las manos.

—Y yo también, Señora, exclamó Polanco, pues la fisonomía del Señor es de aquellas que se imponen **velis nolis**.

Abel, sentado cerca de Eva, cuyas manos guardaba maquinalmente entre las suyas, sin dejar de dirigir su atención sobre Gonzalo, preguntó de pronto a la niña:

—¿Qué comportamiento ha tenido ese joven con la Señora?

El corazón de Eva dio un vuelco, pero contestó con viveza:

—El del más leal y adicto de los amigos... Sólo se apartaba de aquí cuando las conveniencias lo exigían.

—¡Ah! —murmuro el mancebo con voz sorda y Eva, oprimida el alma, vió un relámpago de odio en sus ojos.

—Ya está aquí la cena, —exclamó alegremente. Polanco.— A la mesa, Señorías mías, y, con venía del Coronel, dejemos los asuntos serios para mañana. Bien caro hemos comprado estos cortos momentos de solaz.

Al día siguiente, el campamento patriota tenía un aire de fiesta capaz de estimular a los más indiferentes. El esperado regreso de Padilla, anunciaba a los suyos que terminaría en breve la inacción en que se encontraban, y la perspectiva de nuevos encuentros y felices escaramuzas contra el enemigo, hacía palpar el corazón de aquellos valientes.

Mientras el regocijo general reinaba fuera, una escena de distinta naturaleza tenía lugar en el alojamiento de Padilla. Había convocado a sus principales Jefes, entre los que nadie extrañó la presencia de Abel, niño mimado de los ilustres esposos y que, según el rumor que circulaba desde la noche anterior, había prestado importantes de servicios al caudillo en su penosa exploración.

Por indicación de Juana, Gonzalo se encontraba en la casa, dispuesto a acudir cuando el caudillo tuviese por conveniente llamarlo; y el joven bendecía desde lo más íntimo de su alma esta

circunstancia que le permitía hablar sin testigos a Eva a quien Juana dio el encargo de hacer más llevadero el tiempo para Gonzalo con su compañía:

—¡Amada mía! —exclamó el joven tomando las manos de la ruborizada niña y llenándolas de besos —¡cuán bondadoso es Dios que me concede este instante de felicidad!

—¡No hables así!, dijo Eva estremecida, ¡si te escuchase mi hermano! He seguido con ansiedad su conducta contigo desde anoche... Pero ¡Dios santo!, añadió con una explosión de amargo desaliento ¿qué has podido hacerle para inspirarle tanta antipatía?

—Te juro por lo más sagrado que lo ignoro. Por mi parte, tu primera mirada encendió en mi corazón el ardiente amor que lo domina, y, amándote como te amo, ¿podía dejar de asociar a mis sentimientos a tu hermano, tan semejante a ti que el parecido me arrancó un grito de sorpresa?

—Sí, repuso la niña con tristeza: tu conducta lo prueba... Pero yo sé que desgraciadamente, Abel no cree en tu lealtad.

—¡Ah! exclamó vivamente Gonzalo; eso significa que has tenido ocasión de hablarle de mí.

Eva ensayó un gesto negativo, pero incapaz de falsía; dijo, después de un momento de penosa vacilación con voz insegura:

—Esperaba poderte ocultar siempre el juicio desfavorable que Abel ha formado a tu respecto... porque yo sé que se equivoca cruelmente... pero... ¿a qué disimular más tiempo la verdad? Conociéndola te será fácil vindicarte...

Al llegar a este punto, faltó la voz a la pobre niña, y Gonzalo, devorado por la impaciencia, siguió interrogándola con ansiosa y suplicante mirada. Eva, con las mejillas enrojecidas y con los ojos clavados en el suelo, se atrevió a decir en voz apenas perceptible.

—Mi hermano te cree un traidor... ¡Oh! exclamó inmediatamente: no lo culpes... él no te conoce, y es tanta su decisión por el Coronel, que sus recelos por su seguridad llegan a lo absurdo.

—No sabes, amada mía, el bien que acabas de hacerme, contestó Gonzalo radiante, Si esa ofensiva sospecha es la única razón que me aleja del corazón de Abel, quizá en este mismo instante se arrepienta de haberla abrigado.

—¿Será verdad?, murmuró Eva juntando las manos con indecible contento.

—Sí, ángel mío. Revelado el secreto de mi presencia aquí, como debe estarlo a estas horas, cesarán las prevenencias de tu hermano, y entonces, desaparecerá el obstáculo que se opone a nuestra ventura. Esperemos, pues, pocos momentos ya, para revelar a nuestra vez el secreto de nuestro amor ardiente y casto.

Volvamos a la habitación donde se hallaban los Capitanes patriotas reunidos por Padilla.

Juana, algo apartada del grupo, se había sentado en un extremo del cuarto, y con los codos apoyados en una mesa, y descansando la frente en sus manos, se disponía a escuchar con reconcentrada atención las opiniones de aquella junta de guerreros.

Abel tomó a su vez modestamente asiento en una de las últimas filas, desde donde no podía pasarle desapercibido ninguno de los movimientos de Juana.

Se estableció un profundo silencio en la asamblea, y el caudillo, poniéndose de pie dirigió su profunda y firme mirada sobre los circunstantes:

—Amigos y compañeros, dijo con el acento breve e imperativo que le era peculiar, os debo cuenta del resultado de mi expedición, de cuyo objeto fuisteis ya informados. La única noticia que pude comunicaros por conducto de mi esposa a los pocos días de mi marcha de ésta, fue la confirmación de la proximidad de Aguilera, posesionado de Valle Grande. Pero, mi presencia cerca de su cuartel general, no le fue desconocida, y perseguidos por sus destacamentos, tuve que disolver mi pequeña escolta para facilitar la salvación de todos, habiendo antes indicado el sitio en que volveríamos a reunirnos los que quedáramos con vida. El Dios de las misericordias permitió que no faltase uno solo a la cita.

Padilla guardó un instante de silencio, y redobló la atención, de los circunstantes.

Yo quede con la sola compañía de mi consejero y amigo el Padre Polanco para dar cumplimiento al segundo e importante objeto de marcha: saber con certeza la verdadera situación del valiente Coronel Warnes; mas desde entonces, dejando a Aguilera a nuestras espaldas, teniendo que buscar despoblados y guardar el más riguroso incógnito, fue imposible haceros llegar ninguna noticia nuestra. Inútil creo hablaros a vosotros, hombres de abnegación y de sacrificios, de la continuación de mi viaje; pero, no dejaré en silencio el socorro providencial que nos prestó la llegada de Abel guiado por Santiago, en momentos en que, el Padre y yo, acosados de improviso por seis hombres, veíamos el caso de poner fin a nuestra vida antes que caer en calidad de prisioneros.

Todas las miradas buscaron a Abel, para demostrar la simpatía y la gratitud; pero todo pasó desapercibido ante el mancebo, embargado en honda preocupación.

—Ahora, añadió el caudillo, vamos a lo importante. Padre, —dijo a Polanco, que se hallaba a su lado, sentado delante de la mesa central— sírvase leer los apuntes que conciernen a nuestro objeto.

Polanco eligió un pliego de algunos que tenía en las manos y leyó lo que sigue, mientras Padilla volvía a ocupar su asiento.

—No pueden ser peores ni más tristes las noticias evidentes que, a tanta costa, hemos adquirido del Coronel Warnes. Refugiado en las semi salvajes regiones de Chiquitos, gran trabajo le cuesta conservar su vida entre aquellos naturales, guardando el secreto de su personalidad. Su cabeza puesta a precio por Aguilera, es un peligro más para el valiente patriota. Así, pues, por el lado de Warnes, ninguna esperanza de cooperación. En cuanto a lo que se ha podido calcular del objeto de la aproximación de las fuerzas comandadas por Aguilera, parece que un fraile emisario de La Hera, vino a comunicare el plan de éste, y si bien nadie ha podido saber en lo que consiste, sospechamos nosotros que se preparaba un golpe decisivo sobre el único centro de resistencia que oponemos aquí al absoluto dominio del Rey sobre estas provincias del Alto Perú, concentrando las fuerzas de La Hera, con las de Aguilera y tal vez con las de Tacón, de Potosí, para exterminarnos por completo y sin remedio.

Aquí hizo alto el secretario, y no fue difícil notar la penosa impresión producida por la lectura entre los Capitanes, que en voz baja, empezaron a comunicársela. Por último, Fernández, uno de los más caracterizados, tomó la palabra y dijo:

—Mis compañeros y yo deseamos conocer la resolución que, en tales circunstancias, ha tomado el Coronel.

Padilla alzó la cabeza y contestó:

—Convencido, mis valientes Capitanes, de nuestra momentánea impotencia, opino por evitar en lo absoluto un choque fatal para nosotros y venía firmemente resuelto a disolver nuestras tropas, guardando las armas y demás elementos de guerra de que aún disponemos, para buscar mejor ocasión de utilizarlos.

Un murmullo de descontento se elevó poco a poco del grupo de oficiales.

—Pero, en fin! —exclamó Fernández— esa medida que importa el abandono de nuestros principios y el aplazamiento indefinido de la defensa de nuestra causa, solo tiene por base una mera conjetura, y la consecuencia inmediata, la que debe evitarse a toda costa es que cunda el desaliento entre los nuestros, porque eso significaría la muerte de toda esperanza de independencia para el porvenir.

Voces entusiastas de aprobación acogieron esas palabras. Padilla dirigió una mirada de gratitud al noble Capitán y Polanco la más amable de sus sonrisas.

—Harto me duele tener que insistir en mi propósito, dijo el Caudillo, al cabo de un corto instante de silencio; pero, yo soy aquí el solo responsable de centenares de vidas, y debo sobreponerme al entusiasmo y ahogar la voz de mis propios deseos. Esa mera conjetura en que se apoya el prudente y único partido que se me presenta para salvar el núcleo de los defensores que quedan a la patria en estas provincias, puede, y casi lo aseguro, llegar a ser una realidad, y ¿entonces?, el desastre será irremediable y completo. Mientras que ahora, dispersos nuestros hombres, desvanecido nuestro ejército, burlaremos el golpe sin dejar de trabajar aislada pero no menos activamente, en la propaganda de nuestros principios: mas, debo escuchar vuestra opinión y la espero.

La indecisión de los jefes era manifiesta, ante el lenguaje terminante del caudillo. La consulta en voz baja al vecino, se hizo general, elevándose gradualmente el diapasón de las voces hasta dar a la reunión un aspecto tumultuoso. Padilla se había levantado y aproximándose a Juana, hablaba vivamente con ella; Polanco se frotaba gozosamente las manos mientras subía el calor de la discusión; por último, la penetrante voz de Cueto dominó el tumulto, y se restableció instantáneamente el silencio.

—Mi Coronel, dijo, dirigiéndose a Padilla, que permanecía de pie al lado de su esposa: sabemos que nunca manchó la mentira los labios de su Señoría, y nos inclinamos ante sus afirmaciones, porque para nosotros no existe duda de que son la expresión de la verdad. Así, pues, resolvemos todos someternos a la fuerza de las circunstancias, renunciando a proseguir el triunfo de nuestra causa, la venganza de tanta sangre generosa vertida por ella, el justo premio debido a tanto y tan doloroso sacrificio, con una sola condición, mi Coronel: que se vindique nuestra dispersión haciendo conocer a los pueblos por medio de un manifiesto, el aislamiento, la impotencia en que nos encontramos, privados de la esperanza de toda ayuda, de toda cooperación por parte de los nuestros.

Juana y Padilla cambiaron una mirada.

—Llega el momento de hacerles conocer a nuestros verdaderos amigos, dijo Juana.

—Sí, murmuró el caudillo; pero temo que alucinen con las promesas que nos dirigen, y desbarate el plan de salvación que yo proponga. Pero, sea: no se dirá que rehúyo un medio, por pequeño e increíble que sea, de mantener el fuego del patriotismo.

Y volvió al lado de Polanco que lo interrogaba ansiosamente con la mirada.

—Declaro desde luego, dijo, que tomo sobre mí toda la responsabilidad del plan que os he propuesto; pero confieso con placer que el entusiasmo que os anima halaga mi alma de una manera indecible; para que podáis resolver con pleno conocimiento en esta difícil circunstancia, ruego al Señor Secretario se sirva dar lectura al pliego que nos había sido remitido de Chuquisaca durante mi ausencia.

Polanco se apresuró a leer lo siguiente en medio de la más religiosa atención:

"Ilustre Coronel; salud:

"Los abajo suscritos, adictos a la santa causa de la
"independencia y admiradores de nuestros hechos,
"nos declaramos dispuestos a cooperar a vuestros
"heroicos esfuerzos, con todos los recursos que nos
"sea dado reunir, tanto en dinero, como en armas
"y hombres. Comprendiendo que el momento decisivo
"se aproxima, sólo os pedimos un corto plazo
"para el cumplimiento de esta sagrada promesa, y
"contamos con que nos lo concederéis, permaneciendo
"firme a la cabeza de vuestros valientes compañeros
"en vuestro Cuartel General de La Laguna
"donde no pasará mucho tiempo sin que recibáis
los contingentes que os ofrecemos.

"Muchos de entre nosotros tenemos el honor
"de ser amigos vuestros, Coronel, y esto os garantizara
"la lealtad de nuestra promesa".

Las veinte firmas que terminaban esta comunicación, fueron escuchadas por los Capitanes en medio de delirantes manifestaciones de entusiasmo. Padilla dominó el tumulto con su voz breve e imperiosa.

—Señores, dijo, notad que este pliego lleva 19 días de fecha, y que ninguna demostración ha venido a confirmar su contenido.

—Pero Ud., mi Coronel, ¿conoce las firmas?, preguntó el esforzado Lugones.

—Todas no, mi valiente Capitán.

¿Teme Ud. que ese pliego contenga un lazo?

—Puedo asegurar que me son familiares las firmas de mis amigos. Por lo demás, el mensajero está aquí y voy a interrogarlo en presencia vuestra, Señores.

Polanco, salió a una señal del caudillo y no tardó tres minutos en volver con Gonzalo, cuya presencia en el Cuartel General había intrigado a todos desde su llegada. Muy natural fue la ansiosa mirada con que fue acogido por los circunstantes. El joven los saludó con natural desembarazo, pues se encontraba entre conocidos, y rehusando el asiento que se le indicara, permaneció de pie al centro del grupo, frente al lugar ocupado por El caudillo.

Juana abandonó su asiento colocándose a espaldas de su esposo, apoyada en el respaldo de la silla y la cortés sonrisa que, dirigió a Gonzalo, hizo inmutarse a Abel que buscó con una mirada de desafío la del joven ocupado en escuchar a Padilla.

—¿Querría Ud., caballero informarme, en presencia de mis leales compañeros, de las circunstancias en que tuvo lugar la misión de que fue Ud., cargado por nuestros amigos de Chuquisaca?

Gonzalo esperaba esta pregunta, tenía resuelto a dar al caudillo leal y exacta cuenta del modo cómo tuvo conocimiento del pliego y del medio que empleó para apoderarse de él. Pero en aquel instante la mirada incisiva del mancebo y la sonrisa sarcástica que contraía sus labios le trajo a la mente, la terrible acusación que hacía pesar sobre él; y comprendió, con una claridad abrumadora, que verdad parecería sospechosa e inverosímil, produciendo así un efecto contrario al que se habían opuesto conseguir los patriotas de Chuquisaca. Impulsado fatalmente en esta vía, y quedando él a su vez, bajo el peso de la desconfianza y quizá del desprecio de los que lo escuchaban, contestó con acento inseguro:

—Mis opiniones en favor de la causa americano eran un misterio para los amigos de Ud., mi Coronel, y eso, unido a la garantía de ser aún casi desconocido en Chuquisaca, creo deber la misión confianza que he desempeñado.

—Extraña el Coronel, objetó Fernández, que teniendo el pliego veinte días de fecha, no se haya recibido hasta hoy la confirmación de las promesas que contiene.

—¡Ah! —exclamó vivamente el joven, sintiendo una especie de desahogo al hallar un medio de aproximarse a la verdad— ¿Y quién nos asegura que la activa policía del Rey no haya descubierto el plan de los patriotas, impidiendo su cumplimiento?

—Pero aun en ese triste caso, repuso Fernández, —¿cómo ha podido faltarles todo medio de hacernos saber ese fracaso?

—Esa pregunta no debe dirigirse a D. Gonzalo, observó Polanco, porque es notorio que, habiendo estado aquí no puede contestarla satisfactoriamente.

Esta salida burlona, propia del carácter jovial del Secretario, hizo asomar la sonrisa al grave semblante de más de uno de los concurrentes.

—En esta incertidumbre abrumadora, dijo Padilla, continuado más bien el curso de sus ideas que teniendo en cuenta la discusión, dejo librada a vuestra prudencia, Señores, la decisión del plan que deba adoptarse sin pérdida de un momento, no disimulando que, por mi parte, acaricio como el mejor el que ya he tenido el honor de proponeros.

—Pues bien, dijo resueltamente Ravelo, creo traducir fielmente el deseo de mis valientes compañeros, solicitando que se suspenda toda decisión ocho días, nada mas que ocho días, mi Coronel, tiempo suficiente para saber lo que haya podido ocurrir con Chuquisaca con los nuestros.

Y bastante también para consumir nuestra ruina, murmuró el caudillo con tristeza, mientras una voz general de aprobación acogía la proposición de Ravelo.

—Para facilitar ese conocimiento, dijo Juana, tomando por primera vez la palabra, es urgente enviar hoy mismo, un comisionado a nuestros amigos de la capital.

—Magnífica idea, Señora, exclamaron con entusiasmo.

Abel se abrió grupo, y mirando voz breve:

—Nadie mejor que el Señor puede llenar esa comisión. Por mi parte, me permito indicarlo a esta noble asamblea.

El tiro, fue tan imprevisto como cruel para el joven. La palidez de la muerte se extendió por su varonil semblante, para ser reemplazado instantáneamente por el rojo de la indignación, y antes de que nadie pudiera contestar al mancebo, exclamó con voz firme:

—Al venir aquí, tuve hecha la firme resolución de ofrecer a la causa que defendéis, el modesto contingente de mi brazo, pidiendo como única gracia no separarme de los ilustres esposos Padilla, para poder les consagrar por completo mi vida toda; ¿me será negado el cumplimiento de este deseo?

—No, amigo mío, contesto Juana conmovida: mi esposo y yo aceptamos con gratitud tan generosa decisión.

—Tanto más, añadió Polanco, cuanto que el encargado de la comisión que se proyecta, necesita apelar a la astucia del reposo antes que al arrojo de león.

—Desgraciado, —murmuró Abel, casi al oído de Gonzalo— ¿rehúas el medio de salvación que yo te brindaba?... Pues, bien, acabas de pronunciar tu sentencia de muerte.

La injustificable amenaza de Abel, en el momento en que Gonzalo creía haber desvanecido la sospecha que el mancebo abrigaba contra él, paralizó por un instante los latidos del corazón del joven y sintió frío en el alma, ¿Cómo explicar entonces el odio persistente de Abel? ¿O era que había sorprendido el amor de Gonzalo por Eva? ¿Sería necesario renunciar a él para captarse la buena voluntad del mancebo? ¿Renunciar a Eva? ¿Ahogar la pasión que era su vida? ¡Nunca! Y si este sentimiento era el que despertaba las iras del mancebo, y bien, Gonzalo estaba en su derecho manteniéndolo a costa de su vida, puesto que era correspondido y que la felicidad de Eva estaba vinculada a este amor apasionado y puro.

Esta fue la inquebrantable resolución que tomó el joven después de una noche de calenturiento insomnio, prometiéndose que la providencia le proporcionaría un medio de explicarse con su amada.

Mientras tanto, el infatigable jefe patriota, una vez aceptada por sus lugartenientes la oportuna indicación de Juana, hizo que se procediese sobre la marcha a la elección del comisionado que debía marchar a Chuquisaca. El nombramiento recayó en el circunspecto y experimentado Capitán D. M. Fernández; y dadas las instrucciones sin pérdida de tiempo, marchó en el acto a dar cumplimiento a su misión.

—¿Estás tranquilo ahora? —preguntó Juana al caudillo, cuando se encontraron sin más testigo que Polanco.

Padilla movió negativamente la cabeza y guardó silencio.

—Vamos, mi Coronel, —exclamó el Secretario— podría creerse que por primera vez tiene Ud. miedo.

En los labios del caudillo apareció una de esas serias sonrisas, que rara vez los entreabría.

—Escuche Ud. mi noble y leal amigo, escúchame tú, esposa y compañera querida —dijo volviendo a su habitual seriedad—. Voy a hacer a Uds. una confesión dolorosa. Nunca, como hoy, he sentido con más amargura mi impotencia; nunca como hace un momento he envidiado más la autoridad omnímoda de un jefe del ejército realista. ¡Condenado yo a pedir y doblegarme ante la decisión de mis Capitanes, cuando me acompaña el tenaz presentimiento de que esta fatal inacción traerá nuestra ruina, la ruina de nuestra causa! Ah —murmuró, dejando descansar su morena y altiva frente en las manos— ¿por qué no soy verdadero Jefe para haber hecho cumplir mi resolución que significa la salvación y la esperanza?

Juana colocó vivamente sus manos sobre los hombros del caudillo y le dijo con viveza:

—¡Manuel! ¿tan desesperada crees nuestra situación?

—Si los realistas cumplen lo que yo preveo, no tenemos medio de escapar les... ¡Si a lo menos tú consintieras en ponerte en salvo!

Una sonrisa indecible, iluminó el semblante de la heroína.

—¡Por nuestros hijos! —murmuró Padilla dulcemente.

—Por ellos, —contestó la noble mujer con sublime entereza— mi sitio está donde para ti está el peligro.

Polanco, testigo más de una vez de escenas semejantes de abnegación y de valor por parte de los heroicos esposos, sintió que la emoción lo ganaba, e inclinándose ante ellos su despejada frente iluminada por la inteligencia y la fuerza de voluntad, dijo con acento respetuoso y conmovido:

—Seremos tres los que hagamos comprender al enemigo, hasta dónde puede elevar a la criatura el sentimiento del deber y el amor a la Patria. ¡Confiemos en Dios que no puede abandonar la causa de la libertad y de la justicia! y esperemos a pie firme los acontecimientos, ya que no nos es dado ni cambiarlos ni evitarlos.

La calma volvió a reinar en el campamento patriota, pues nada hay que tranquilice tanto el espíritu, como una resolución tomada, aunque ella conduzca al sacrificio.

Padilla, siempre sereno, siempre dueño de sí mismo, consagró toda su actividad y sus desvelos a la instrucción de sus tropas, al arreglo de las armas, a la vigilancia incesante del campamento, para evitar toda sorpresa; al cuidado paternal hacia sus soldados, viéndosele día y noche, las más veces con su esposa y siempre en unión de Polanco, de Abel y de Gonzalo, reconocer los cuarteles, dirigir los ejercicios, encabezar las patrullas, y multiplicarse, en fin, para inclinar en lo posible hacia el lado de los patriotas la suerte de las armas.

Obligados por el servicio a estar casi siempre juntos, el joven castellano y el mancebo patriota, parecían haber tomado tácitamente la resolución de evitar entre ellos dirigirse una palabra, guardando empero las fórmulas usuales de cortesía para disimular el estado de sus ánimos. Sólo cuando Gonzalo, dando expansión a su naturaleza franca y cariñosa, alentado por la benevolencia de Juana y la mirada suave y amante de Eva, conseguía atraer sobre los labios de la esposa del caudillo una sonrisa de aprobación o una palabra de cariño, hubiera podido notarse mayor palidez en las mejillas del mancebo, y el fuego sombrío que iluminaba sus azules y hermosos ojos; pero nadie, ni aun Eva, ignorando, todavía la amenaza dirigida Gonzalo, notaba esos síntomas de odio y de descontento, que, cuando eran sorprendidos por el joven castellano, le oprimían dolorosamente el corazón.

Y así transcurrieron, de mortal espera para el caudillo y de desconfianza y entusiasmo para sus capitanes, los primeros días de septiembre que fueron en aquel año de 1816, fríos y lluviosos como lo son casi siempre los últimos de marzo en nuestras elevadas regiones andinas.

Amaneció despejado y radiante el día diez, como augurio de alegres nuevas. Padilla, cumplidos sus deberes en la mañana, acababa de sentarse a la mesa, acompañado por su esposa, por Eva, el padre Polanco, Gonzalo y Abel, cuando el rápido galope de un caballo en la calle estremeció al caudillo.

—¡Es Fernández el que así llega!, —exclamó poniéndose de pie.

—¡Buenas nuevas!, —dijo Polanco procurando de sonreír, aunque sus labios se empaldecieron, mientras Gonzalo, aprovechando de la atención general, decía rápidamente al oído de Eva:

—¡Necesito verte sola... hoy... hoy sin falta. Nuestra felicidad depende de ello.

En aquel instante, Fernández, cubierto de sudor y de polvo, desmontaba en el patio y salían a su encuentro Padilla y su esposa. El Capitán, sin darles tiempo para dirigirle una palabra, les dijo rápidamente y en voz baja:

—Aguilera se halla a dos jornadas cortas; La Hera se dirige aquí.

Padilla lo tomó de un brazo, contestándole en el mismo tono: ,

—¡Discreción, Capitán, hasta que yo lo sepa todo!

Y haciendo una señal a Juana para que volviese al comedor, condujo a Fernández a otra habitación.

La ansiosa mirada de Polanco y la profunda del mancebo, nada pudieron traslucir en el semblante sereno de Juana.

—Almorcemos, Señores, dijo, que tiempo tenemos para saber las nuevas de que es portador el Capitán.

A pesar de esta invitación, se comprende que el apetito de los comensales estuvo lejos de hacer honor a los suculentos y apetitosos platos que se les ofrecía, y muy en breve la habitación se llenó de las personas que, informadas del regreso de Fernández, acudían con natural ansiedad a conocer el resultado de su misión. No tardó Padilla en llamar a su lado a su esposa, Polanco y a los Jefes que allí ya se hallaban reunidos.

—Ven, también tú, hijo mío, dijo Juana a Abel, y añadió sonriendo a Gonzalo: No tardará mi esposo en necesitar de Ud., nuestro bizarro ayudante: mientras tanto, mi querida Eva, tendrá la bondad de hacerle menos penosa la espera con su compañía ¿no es verdad?

Eva, ruborizada, hizo un signo afirmativo, y Juana salió con el mancebo.

Gonzalo, sin acordarse de las graves complicaciones que pudiera traer a su situación lo descubierto por Fernández respecto a él, sólo pensó en aquel nuevo beneficio de la Providencia, que así le permitía quedarse sin recelo a solas con su amada.

—Dios está por nosotros, murmuró apasionadamente, pues apenas formulé mi deseo cuando lo veo cumplido.

Y apoderándose de las delicadas manos de la niña, las llenó de besos y las retuvo sobre su corazón. Y así, en silencio, con poderosos estremecimientos, bebiendo en sus miradas el fuego de la pasión que los avasallaba, olvidaron el mundo todo, en el mudo arrobamiento de aquella contemplación.

Los precipitados pasos de algunas personas que atravesaban el patio, volvió a la realidad a la enamorada pareja.

—Pero en fin, dijo Eva, desasiendo sus manos de la presión en que las retenía Gonzalo, tú tenías algo urgente que comunicarme. No perdamos tiempo.

El joven se pasó una mano por la frente, como para reunir sus ideas, y murmuró con honda pena:

—Hace ocho días ¿lo recuerdas, ángel querido? hace ocho días que creía yo posible desvanecer las prevenciones injustificables de tu hermano hacia mí.

—Sí, —articuló Eva ansiosamente—: me lo habías prometido.

—Pero es que tú me aseguraste que Abel desconfiaba de mí... porque me creía capaz de... de ser un traidor...

—Es verdad, murmuro la niña inclinando la cabeza.

—Pues bien, no: no es ésa la causa de su odio... Acababa de recibir la prueba de mi adhesión a la causa de los patriotas, de oír la promesa de mi inquebrantable simpatía por el Coronel, y... me amenazó de muerte.

—¡Virgen Santísima!, —prorrumpió Eva con horror.

—Cálmate, amada de mi alma, pues necesito de toda tu serenidad para descubrir este misterio.

—¡Habla!

—Desde entonces acá; ¿te ha dado a conocer que es dueño de nuestro secreto?

—¿Que conoce nuestro amor, quieres decir? Nunca. Créeme; nada ha sospechado. ¡Pobre hermano mío! ¿no notas la dolorosa preocupación que empalidece más y más su rostro y da mayor fuego a su mirada? He sido egoísta, Gonzalo: temiendo descubrir los sentimientos de mi corazón, no he osado interrogarle sobre los que destrozan el suyo.

—¿Algún amor... desgraciado?, —murmuró Gonzalo pensativo;— pero, eso no explicaría su animosidad contra mí.

De pronto, un sobresalto convulsivo, estremeció al joven, Y sin ser dueño de dominarse, exclamó enajenado:

—¡Eva! ¡Eva! Pero eso sería horrible. ¡Oh!, sí esta sospecha infernal se arraigase en mi corazón!... Mira... preferiría matarte y morir en seguida.

Y desplomándose sobre su asiento, ocultó el rostro entre las manos. La pobre niña, aterrorizada, casi yerta, ante tan violenta explosión, dejó correr lágrimas silenciosas sobre sus mejillas, y murmuró dulcemente:

—Gonzalo... No te comprendo, Dios mío.

El joven se puso de pié, y apoderándose con fuerza de las manos de Eva, le dijo con violencia.

Me amas, me amas; eres mía por el corazón, por tus promesas... Huyamos... La dicha para ti... ¡Nuestra dicha! sólo podemos hallarla lejos de estos lugares.

—¡Gonzalo!, —repitió Eva anhelante,— amado mío, vuelve en ti, te lo ruego. Pueden venir de un instante al otro... ¡y si te sorprendiesen en ese estado!

El joven la atrajo hacia sí suavemente, y con mirada profunda, interrogó los hermosos ojos de Eva:

—Tienes el candor de un ángel, —murmuró a su oído—: Perdóname... No mancharé el immaculado velo de tu inocencia revelándote lo que acaba de sufrir mi alma... ¡Oh! si pudiera arrancarme, aunque fuese junto con el corazón la espantosa sospecha que se ha clavado en él! ¡Compadéceme, ángel adorado! Soy bien digno de lástima.

—Sólo sé que te amo, Gonzalo mío —balbuceó Eva sin fuerza para rehuir sus labios de la loca presión con que los sellaba el primer beso de su amante.

Y ebrios ambos, ambos palpitantes y estremecidos, parecía que en aquel prolongado beso de fuego, quisiesen exhalar su último aliento.

—¡Piedad! —murmuró Eva, hallando aún bastante fuerza para interrumpir aquel silencio y rechazar aquella caricia.— ¡Piedad, amigo mío! Creo que voy a morir.

Y escapando de los brazos de Gonzalo, se precipitó hacia la puerta; pero un ademán de delirante súplica del joven, la detuvo en el dintel.

—Júrame, le dijo extendiendo hacia ella las, manos juntas, júrame que preferirás la muerte a otro amor que no sea el mío.

—Lo juro, contestó la niña con voz firme y levantando una de sus manos hacia el profundo azul del cielo. El primer latido de mi corazón te ha pertenecido... el último será también tuyo.

Y salió precipitadamente de la habitación.

Gonzalo murmuró sordamente.

—Yo lo vigilaré con incansable afán... seré su sombra y si mi horrible sospecha es confirmada... ¡Oh!, su sangre... su sangre toda no bastará a lavar su crimen ni a calmar mi indignación.

Reunidos por segunda vez los Capitanes de Padilla, en el espacio de ocho días, escucharon sorprendidos pero no acobardados la relación que les hacía Fernández del resultado obtenido en su misión.

Al avanzar hacia Chuquisaca, encontró tranquilas las partidas patriotas escalonadas en el trayecto, pues La Hera, no daba señales de ningún apresto bélico. Para mayor precaución, empero, resolvió tomar desde Tarabuco caminos extraviados y una vez cerca de Yamparáez, dejó su caballo al cuidado de una familia y consiguió fácilmente el vestido que usan los de esa raza para disfrazarse con él y proseguir su marcha a pie y precaviéndose aún más minuciosamente. Así lo hizo hasta encontrarse al caer de la tarde en las proximidades de la ciudad. Allí, se dirigió a una de aquellas mezquinas chozas, que suelen verse aisladas en los alrededores de nuestras poblaciones, y que sirven de único albergue a los desgraciados originarios, encontrando en la puerta al dueño adicto y humilde conocido suyo, a quien saludó brevemente metiéndose adentro para reposar un rato y entrar a la ciudad en las primeras horas de la noche. Rendido de fatiga como se hallaba, se había quedado por fin dormido en uno de los oscuros rincones de la cabaña. Voces que hablaban en correcto castellano, lo arrancaron de su ligero sueño, y alzó cautelosamente: la cabeza, pero la oscuridad era tal que no pudo ver a los interlocutores y aplicó todos sus sentidos para escucharlos.

—No pueden ser más gratas las nuevas, decía uno de ellos, porque ya temíamos enmohecernos condenados a esta vida de guarnición. ¿Con que este medio día se dio la orden de marcha para mañana?

—Sí, puesto que sólo se esperaba la llegada de Tacón con sus fuerzas y las tenemos desde esta mañana. Y por ahora aseguro a Ud. capitán, que las medidas tomadas por el General son tales que no se escapará uno solo de los rebeldes. Hemos rabiado un poco, es cierto, pero hemos asegurado la victoria.

—De suerte que nosotros por un lado y el Coronel Aguilera por el otro...

—Tomamos a Padilla entre dos fuegos. Ya quisiera ver cómo escapa de ésta el insurgente.

—Con la mayor facilidad, Mayor, si es que no se han tomado medidas muy severas para impedir que alguno de los malditos rebeldes que hormigean en la ciudad, vuele con el aviso a La Laguna.

—Olvida Ud. que desde ayer ni una mosca puede salir ni entrar a la ciudad sin el respectivo pase del General, pena de la vida.

—¡Cierto! Así bien puede suceder que nosotros mismos seamos los que llevemos la noticia de nuestra llegada a su campamento.

—Si Aguilera cumple con exactitud, como no lo dudo, las instrucciones que ha recibido, sucederá, bromas aparte, Capitán, lo que Ud. acaba de decir.

—Y reconoceremos que la reserva y la prudencia de La Hera, adormeciendo la actividad diabólica de Padilla, nos proporcionará al fin un fácil y completo triunfo. ¡Cómo me tarda entrar a la ciudad para unirme a los compañeros!

—Un momento más de paciencia, Capitán, y regresaremos juntos, pues sólo espero el piquete que debe reemplazar al que Ud. manda para dejarlo en su puesto de observación.

—Desde las ocho de la mañana en que hemos empleado las horas en escudriñar todos estos vericuetos, no he visto venir más alma viviente (si alma puede tener un indio), que a uno de los de esa raza, pariente no sé en qué grado, del dueño de esta choza, según me lo dio a entender éste en su idioma.

—Y ¿lo dejó Ud. pasar a la ciudad?

—No tenía tal intención a lo que parece, pues, habiendo cambiado un ligero saludo con el indio de la cabaña, se metió en ella y debe estar durmiendo como un perro, ahí, en alguno de esos rincones. Fernández sintió un pequeño calofrío en todos sus miembros.

—¡Ya están aquí nuestros hombres!, exclamó el Capitán escuchando un rumor acompasado de pasos.

En todo caso, reflexionó el Mayor en voz alta, si al indio se le hubiese ocurrido pasar adelante, él estas horas estaría preparado su negro cuerpo para servir mañana de almuerzo a los cuervos, en una de las horcas levantadas en las afueras de la ciudad.

Momentos después, Fernández percibía el ruido de las armas y las voces de mando, no tardando mucho en asegurarse por el silencio absoluto de los alrededores, que las cercanías de la cabaña quedaban solas por el momento. No había tiempo que perder para dar el aviso a Padilla, y comprendiéndolo así, Fernández apeló a su larga práctica para deslizarse como un reptil por entre las sombras, y tomar el camino extraviado que le era tan familiar, para el regreso. A la media noche, llegó a Yamparáez, donde había dejado su caballo, y sus vestidos, y siguió sin detener su marcha, comunicando a las avanzadas patriotas la orden de replegarse inmediatamente a La Laguna so pena da ser sorprendidos por fuerzas realistas.

Tal fué la relación sucinta que Fernández hizo ante los Jefes que lo escuchaban silenciosos y no osando interrogar el semblante del caudillo. Ve pronto, Lugones se adelantó algunos pasos y dijo con noble franqueza:

—Hemos cerrado los ojos y los oídos a la voz de la experiencia: el consejo de Ud., nos salvaba. Nuestra loca imprevisión nos pierde. ¿Querrá Ud., perdonarnos, Coronel?

Padilla avanzó hacia Lugones y estrechó con fuerza la mano del hidalgo Capitán; demostración que arrancó un aplauso unánime. El caudillo volvió a ocupar su asiento entre su esposa y Polanco. Abel permaneció de pie a espaldas de Juana. A una señal del Coronel el Secretario se puso de pie y dijo con su voz aguda y acentuada:

—Resumamos, Señores: la situación no puede ser más clara y definida: La Hera con las fuerzas del feroz e implacable Tacón, se nos viene de frente con dos mil hombres perfectamente armados y disciplinados y seis cañones; el sanguinario Aguilera nos amenaza por un flanco con cuatro cañones y mil soldados aguerridos y pertrechados; nosotros somos un grupo de montoneros, sobre poco más o menos, con ciento cincuenta fusiles mal dotados, un cañón irrisorio un valor a toda prueba. Mañana, a más tardar pasado, tendremos que hacer frente al choque del ejército del Rey. Ya veis, Señores, que nada he disimulado en pro ni en contra. Ahora, desea el Coronel, conocer vuestra opinión.

Los Jefes, se miraron uno a otro, alentándose para tomar la palabra. Por fin, Ravelo dijo vacilando:

—La retirada se nos impone por la fuerza de las circunstancias. ¡Si pudiésemos ganar tiempo... retirarnos al Villar.

Padilla movió negativamente la cabeza.

—Nuestros guerrilleros no comprenden esa táctica, dijo; saben atacar pero no saben retroceder a la vista del enemigo. La retirada sin combate los desalienta y podría convertirse en una vergonzosa dispersión.

La exactitud de esta observación hizo enmudecer a los Capitanes.

—Aceptemos, pues, la situación tal como ella se nos impone, exclamó Juana, sublime de inspiración y de entusiasmo. Esperemos a pie firme al enemigo, vendiéndole lo más caro posible la victoria, y si sucumbimos al fin, será cumpliendo como buenos nuestro deber, y la posteridad podrá llamarnos audaces, pero nunca cobardes.

Y esta voz, sonora y vibrante como la del clarín en los combates, que tenía el privilegio de crear héroes en la batalla y mártires para la causa de la libertad, hizo estallar esta vez un entusiasmo tal que rayaba en delirio; mientras Abel en silencio y religiosamente, se arrodillaba a espaldas de la heroína, llevando a sus labios la orla de su vestido.

Restablecido el silencio a solicitud de Padilla, éste expuso, con su tono breve e imperativo el plan que a su juicio debía adoptarse y las medidas de precaución que era urgente ejecutar, Formados los acuerdos y recibidas las ordenes, se dispersó el consejo, apresurándose, los Capitanes a cumplir los deberes señalados a cada uno de ellos. Padilla por su parte, cuidó de enviar en el acto exploradores de toda su confianza por las rutas que traían las dos divisiones enemigas, y luego resuelto a no ocultar a la tropa la difícil situación que era preciso afrontar, dentro de breve término, montó a caballo y acompañado de Juana, ataviada con su brillante e histórico traje de combate, amazona soberbia sobre su indómito corcel, que ella sola sabía guiar con una palabra o calmar con una caricia, salió al campamento, situado en los alrededores del pueblo, seguido de su estado mayor, en el que por su gallardía y su belleza se atraían todas las miradas y excitaban todas las simpatías, el rubio y esbelto mancebo, y el moreno y varonil castellano.

Nunca pareció a Gonzalo bajo un aspecto más fascinador mujer alguna, como en aquel instante la esposa del caudillo, serena, radiante y dominadora como puede soñar la mente mortal a una diosa.

—¡Oh!, exclamó en un raptó de entusiasmo frenético, toda mi sangre, mi vida misma, por obtener una mirada de mujer semejante!

—¡Traidor! —rugió a su lado una voz de trueno. Mi mano va a castigar por fin tus pretensiones osadas e insensatas.

—¡Abel!, —exclamó Gonzalo con una alegría feroz. Sí, esto tenía que acabar así. Tu vida o la mía: ya era tiempo.

Y en la diestra de ambos lució el cañón de una pistola,

—¿En qué os entretenéis, Señores?, exclamó Cueto. Ved que el Coronel nos lleva ya buena distancia y no alcanzaremos a escuchar toda su proclama.

Y emparejando su caballo con los de los dos jóvenes, los incitó a apurar el paso.

Esta vez la mirada de Abel, cargada de odio fue correspondida por otra igual de Gonzalo.

—¡Mis sospechas se confirman!, —pensó éste con indecible amargura. Mi deber es salvar a Eva a toda costa.

—Ya no hace un misterio de su amor criminal por Juana, pensaba a su turno el mancebo, sintiendo arder un infierno en su corazón. Me toca a mí lavar con su sangre su traición al Coronel y su desacato hacia Juana.

El ejército patrióta escuchó con júbilo la palabra clara, sobria y viril de su caudillo. Con vivo entusiasmo aceptó la desigual y quizá decisiva lucha que le ofrecía la aproximación del enemigo. Hombres acostumbrados a toda clase de privaciones y a todo género de sacrificios, habiendo contemplado tan de cerca la muerte, en innumerables combates, estaban acostumbrados a no temerle. Con un ¡viva! delirante a la patria y a Padilla, despidió el campamento a su Jefe.

—Los muchachos se entusiasman —dijo Polanco al Coronel, frotándose alegremente las manos.

—La víctima marcha contenta al sacrificio: no se puede exigir mas, contestó tristemente el caudillo.

Desde aquel instante, las medidas tomadas por Padilla, respondieron a la solemnidad de la situación. El ejército, con el arma al brazo, el oído atento y la mirada despierta, esperaba a pie firme al numeroso y aguerrido enemigo que lo amenazaba.

Aquella noche, mientras el infatigable Padilla, no habiendo aceptado más compañía que la de su fiel consejero y Secretario, recorría cuerpo por cuerpo, conversaba paternalmente con cada uno de sus soldados, y estimulaba una noble emulación entre sus lugar-tenientes, Juana, ayudada por Eva y algunas de sus valientes, compañeras, se ocupaba activamente en los tristes pero indispensables preparativos de disponer ungüentos, hilas yaguas de aromáticas yerbas para aliviar las consecuencias terribles de un combate, La serenidad de Juana no se desmentía, pero la realizaba en esos momentos la expresión grave y recogida de su rostro. Un poco inclinada hacia Eva, que trabajaba a su lado, le decía a media voz:

—¿Sería posible? —rehusarás cumplir mi súplica.

—Perdóneme Ud. Señora, mi segunda madre; pero mi felicidad consiste en no separarme del lado de Ud.

—Piensa que yo estaré el medio del combate.

—¿Y bien? ¿Por qué no lo estaré yo igualmente?

—¡Niña! Tú ignoras lo horrible que es eso.

—Usted lo ha presenciado cien veces.

—Pero a mí me lleva el deber hacia la causa por la que pelea mi esposo, por la que yo he jurado sacrificar mi vida.

—Yo hago igual juramento, imitando a las valientes compañeras que la rodean, Señora. También el deber me señala ese puesto al lado de Ud. que es mi protectora, y al del hermano y compañero de mi vida.

—Abel no lo consentirá, te lo prevengo.

—¿Me permite Ud. que lo llame? Acabo de verlo pasar.

Y sin esperar respuesta, se lanzó fuera, volviendo en breve con el mancebo.

—Sé de lo que se trata, —dijo éste inclinándose profundamente ante la esposa de Padilla—: Eva acaba de decírmelo, y me considero feliz en ofrecer mi vida y la de mi hermana en servicio de... de la patria, Señora.

—Acepto, pues, dijo Juana después de un momento de vacilación tanto más cuanto que obligados quizá a dejar el pueblo y ceder el campo, si así lo decide la suerte de las armas, mi querida Eva no podría quedar aquí... Mi deseo era ponerla ahora mismo a salvo, encomendándole el cuidado de mis hijos.

—¡Oh! Señora —exclamó Eva, juntando las manos—. Otra más competente que yo puede desempeñar esa alta y hermosa misión... permítame Ud. cumplir la que yo elijo.

—¡Sea! —dijo Juana, conmovida—. La Providencia recompense tanta abnegación!

Y uniendo con sus brazos las encantadoras cabezas de los gemelos las besó con maternal ternura.

—Ahora, añadió dirigiéndose al mancebo, déjanos cumplir nuestras tareas femeniles y procura descansar algunas horas. No olvides que tú y D. Gonzalo han sido designados por mi esposo para ayudantes míos.

Abel se inclinó otra vez profundamente y se retiró en silencio, seguido por una mirada pensativa de Juana.

—¿No me será dado al fin conocer la causa de la incurable melancolía de tu hermano? —preguntó de pronto a Eva.— A su edad, solo una pasión desgraciada...

—Esa es también la opinión de Gonzalo, —interrumpió irreflexivamente Eva.

Y roja de confusión y toda trémula, volvió el rostro temiendo que la penetrante mirada de Juana leyese en él el secreto de su corazón; mas, la casta esposa del caudillo, entregada a su cariñosa preocupación en favor del mancebo, dijo sencillamente:

—Cierto que esa razón la alcanza cualquiera; pero, yo desearía saber quién siendo favorecida por el amor de nuestro querido niño, pudiera hacerlo desventurado.

Esta conversación, tan difícil de sostener por la ruborosa y tímida Eva, fue interrumpida con la llegada de los encargados por el caudillo para poner a salvo a sus pequeños hijos, y Juana, se consagró por entero a este deber tan triste como imperioso y sagrado.

Al día siguiente (once de septiembre) a medio día, recibió el caudillo, por medio de sus activos emisarios, la confirmación del plan del General realista. La fuerte división de La Hera engrosada con la fuerza de Tacón, acamparía aquella noche o al amanecer del 12, en las cercanías de La Laguna; Aguilera, tomaría, casi al mismo tiempo, el flanco de los patriotas. Informados éstos desde la víspera, casi punto por punto de esa combinación por Padilla, recibieron la noticia sin sorpresa alguna, y los últimos preparativos fueron tomados con la mayor serenidad y decisión.

Nunca tan formidable apresto había amenazado la suerte del ejército de Padilla, y ante la desastrosa e irreparable consecuencia que éste preveía para su causa, de aquel decisivo encuentro, la enérgica y austera expresión de su semblante tomó un tinte de fría e inflexible resolución.

Polanco, por su parte, silencioso, contra su costumbre, estudiaba con mal disimulada ansiedad el rostro del caudillo, y su penetrante mirada caía con frecuencia con enterneceda expresión en las magníficas y juveniles cabezas de Abel y de Gonzalo.

Juana, libre de sus maternales cuidados por la seguridad de sus hijos, pensaba en todo y en todos, con aquella serenidad afectuosa, con aquella dignidad llena de benevolencia que era uno de los secretos de su inmenso prestigio sobre todos los que la rodeaban. Solícita y tierna con su esposo, ella tenía una palabra de aliento, una mirada de aprobación o de estímulo para cada uno de los suyos; y Eva, al calor de aquella alma templada para lo grande y lo heroico, sentíase al abrigo de la desgracia y empezaba a creer en la posibilidad de la dicha.

Abel mismo, parecía que a la aproximación del peligro común, hubiese dejado una parte de su reserva y melancolía habituales, y hasta olvidado, en esos momentos, sus prevenciones contra Gonzalo. Los hermosos y soñadores ojos del mancebo, constantemente fijos en Juana, brillaban con el sagrado fuego del entusiasmo, y el color rojo de sus labios, anunciaba el ardor de una sangre generosa.

El joven castellano, sentíase casi feliz, a su vez, en aquellas horas de solemne espera. Sabía que su amada no se separaría de él, puesto que acompañaba a Juana, y que él, cumpliendo con el deber de cuidar de la vida de la esposa del caudillo, podía consagrar todo su desvelo a la seguridad de Eva, bajo la égida de su angelical y tierna mirada.

—No, decía, no verteré una sola gota de sangre realista, porque ella pertenece a la causa de mi propia sangre española y D. Lope pertenece a esa causa; pero mi pecho escudara el de Eva, y si muero salvándola... solo pediré a Dios el tiempo indispensable para revelar mi amor y mi terrible sospecha a la noble esposa de Padilla, colocando bajo su casta y poderosa protección al ángel de mis sueños.

Aquella noche, el campamento patriota parecía encerrado en un inmenso círculo de fuego: era la rojiza luz que despedían las innumerables fogatas del ejército realista, acampado a media legua escasa del pueblo de La Laguna.

El primer cuidado del General La Hera fue acordar con Aguilera, llegado momentos antes que él, el plan de un ataque decisivo, y ambos conocedores del terreno y de la fuerza numérica y de los escasísimos elementos con que contaba Padilla, no dudaron un instante de que los guerrilleros patriotas serían impotentes para resistir el primer choque con que lo aplastaría el enemigo.

Este acuerdo tuvo un testigo silencioso: el mercedario D. Lope. Cuando La Hera quedó solo, se dirigió a él, diciéndole con acento conmovido:

—Sabe su Reverencia, cuánto desaprobé como soldado el lazo que se tendió al rebelde para paralizar su temible actividad. Pues bien: hoy que tocamos el feliz resultado de esa estratagema, hoy que gracias a la última chispa que alienta la rebelión en estas provincias, me sería muy grato hallar la ocasión de probar a su Reverencia toda mi gratitud por sus importantes servicios.

—La satisfacción del completo triunfo de las armas del Rey nuestro Señor debía bastarme, con- testó D. Lope, pero el hombre, débil e imperfecto no puede descuidarse de sus pasiones terrenales, y mi empeño por acompañar a su Señoría...

—Prueba que el recuerdo de Gonzalo preocupa a su Reverencia, interrumpió La Hera.

—Que mis servicios, pues, ya que así place a su Señoría llamar al cumplimiento de mi deber, merezcan la gracia de ese desacordado mancebo.

—El se ha recomendado por sí mismo, mi Padre, sirviendo de instrumento para el logro del fin apetecido.

—Ante su Señoría que lo sabe, sí; mas, no sucede otro tanto ante los demás que lo juzguen, con sobrada razón, traidor a la sagrada causa del Rey nuestro Señor, y merecedor de un ejemplar castigo. ¡Oh! exclamó D. Lope, juntando sus enflaquecidas manos con fuerza, si su sangre cayese sobre mí... no obtendría yo jamás el perdón del cielo.

—Padre, dijo con grave entonación La Hera, comprometo mi palabra de soldado ante su Reverencia, de salvar a todo trance a Gonzalo. Mañana a primera hora, se ofrecerá un gran premio para aquel que me lo entregue vivo.

—Y yo procuraré por cualquier medio hacer llegar hasta él un mensaje mío, abriéndole los ojos sobre la desesperada situación de los rebeldes y la esterilidad de su insensato y criminal sacrificio; y confío en Dios que su noble corazón no permanecerá sordo a la voz del que está acostumbrado a respetar y querer como a un segundo padre.

Entramos ya de lleno en la épica lucha de tres días que el célebre caudillo patriota, sostuvo contra la formidable fuerza realista.

Confesándonos impotentes para narrarla, vamos a permitirnos citar, en su apoyo, algunos trozos de historia, reservándonos el derecho de rectificar algunas pequeñas inexactitudes muy disculpables si se considera la carencia de datos geográficos de que se adolecía y se adolece aún en nuestras regiones mediterráneas.

Dice Cortés en su "Ensayo sobre la Historia de Bolivia", páginas 67 y 72.

"Padilla, siempre a caballo, apareciendo tan pronto en un punto como en otro, presentándose de frente al enemigo para atacarlo por la espalda, después de caminar grandes distancias con increíble celeridad, no daba respiro a los realistas..."

"Antes de esta expedición que luego narraremos se dirigió del Valle Grande el Coronel D. Francisco Javier Aguilera contra Padilla: esperábale éste cerca del Villar. Empeñado el combate, continuó, éste, casi sin cesar, por espacio de dos días. Al tercero, se puso Padilla en retirada, disputando palmo a palmo el terreno, hasta que una bala enemiga lo mató cerca del Villar. Los muertos y heridos de una y otra parte, pasaron de mil. La mujer de Padilla, Dña. Juana Azurduy, que había

hecho prodigios de valor en varios encuentros, salió del combate con dos heridas. Setenta y seis prisioneros murieron, fusilados unos, lanceados otros y los más a palos".

Luis Felipe Guzmán en su "Historia de Bolivia", página 40:

"Combate del Villar, septiembre 14 de 1816.— La expedición sobre La Laguna, tuvo un resultado diverso respecto del de Ayopaya. Tacón dio cita a Aguilera a la villa de La Laguna, punto, que estaba sólo a diez leguas del campamento de Padilla. En efecto, allí se encontraron ambos con las fuerzas que mandaban; empero, Tacón, con una prudencia que el decoro militar no acepta, declinó el honor del mando en Jefe, prefiriendo hacer parte de la reserva".

"Padilla, el guerrillero más hábil, más activo y más audaz, el caudillo que se multiplicaba por todas partes, especie de espíritu invisible, que ora amenazaba el frente para atacar un flanco; ora preparaba una diversión a vanguardia, para caer sobre la retaguardia; digámoslo de una vez, el Scanderberg americano, debía cruzar sus armas con un rival digno por su valor, de la alta celebridad que se había conquistado el patriota de La Laguna. Queremos hablar del feroz Aguilera, de este batallador infatigable, a quien le apellidáramos el Aquiles de nuestros días, si sus instintos de crueldad, no le alejaran del héroe griego".

"De La Laguna, Aguilera emprendió su marcha sobre el punto del Villar, adonde se encontraba Padilla con sus fuerzas. El 14 de septiembre se lanzaron los combatientes unos contra otros, con una ciega obstinación. La victoria permaneció largo tiempo indecisa. La sangre de estos enfurecidos gladiadores, había corrido mezclada en hondos surcos. Las víctimas, que pasaban ya de mil caían una tras otra en las opuestas filas de los combatientes, sin que nadie cediese el puesto. ¿Cómo se decidiría este vasto duelo a muerte?".

"Aguilera lo decidió. Echó a tierra de un sablazo a Padilla y le mató después. Sus huestes sin caudillo, cediendo al pánico, se desbandaron en tropel. La derrota se hizo general. Dña. Juana Azurduy, esposa, del ilustre Padilla, que se había batido a la par de los soldados, vencida por el destino, pero no acobardada, se retiraba del campo de batalla, dejando correr indolente la sangre que vertían dos heridas con que salió de la refriega. Se dirigió al valle de Segura, a la cabeza de algunos de sus bravos campeones".

"Aguilera, en la embriaguez de su cólera brutal, sacrificó setenta y seis prisioneros: unos fusilados; otros lanceados o magullados a garrote y piedra: y todo esto en medio de mil impropiedades con que los verdugos regalaban a sus víctimas en la hora suprema. ¡Horror a estos canibales!".

"Entre los prisioneros, figura también un religioso —Fray Mariano Polanco—. El predicador evangélico, que recomendaba la igualdad a sus hermanos, como augusto dogma del Crucificado, sustituyendo a las palabras los hechos, se mezcla entre los combatientes y pelea denodado en pro de la igualdad contra los privilegios monárquicos. Fue remitido de Chuquisaca a Lima, por falta de Obispo, para que fuese decapitado, previa degradación; pero Polanco sedujo a la tripulación durante la navegación: la sublevó y fue a desembarcar en Buenos Aires".

El General D. Bartolomé Mitre en su "Historia de Belgrano", 2º tomo, se expresa así: (desde la página 597, hasta la página 662).

"La Campaña contra Tomina, se abrió a principios de septiembre (1816), sorprendiendo La Hera con el batallón Centro, una avanzada de partidarios situada en Tarabuco. Padilla, al sentir la doble invasión, se replegó en orden hacia La Laguna. Dejando sobre Tacón las divisiones de indios de Zerna, Miranda, Carrillo y Zárate, salió con sus mejores tropas y todos sus fusiles disponibles, al encuentro de la columna de Aguilera, que había ocupado aquel punto, entrando por el Pescado. Ambas fuerzas se encontraron el 13 de septiembre a inmediaciones de La Laguna. Padilla provocó el combate, con más gallardía que acierto. Desplegó su infantería en campo descubierto, y amagó un falso ataque por el frente, al mismo tiempo que su caballería entraba por la retaguardia del enemigo. Apenas inició este movimiento falso, Aguilera cargó resueltamente sobre él, trabándose en seguida un reñido combate, en que la infantería patriota hubo de ceder al campo, aun que no del todo deshecha. Amparada por las fragosidades del terreno, y protegida por la caballería, que había quedado intacta, pudo empero, emprender su retirada, perseguida por ambos flancos por el espacio de dos leguas, sin que la derrota se pronunciara completamente".

"Al día siguiente (14 de septiembre) llegó Padilla al Villar con una parte de sus fuerzas. (1) No existe ninguna descripción de este combate. Los detalles que se leen en el texto, son tomados de la relación manuscrita del P. Salazar y principalmente del padre Cueto M. S. S. ya citados, y que existen en el Archivo General Tacón, en su parte inicial, no trae ningún pormenor, lo mismo que Torrente: Camba, por lo general tan exacto, supone tres días de combate y nada adelanta sobre ellos. El Villar, que dista nueve leguas de La Laguna, es un lugarejo habitado por indios, donde existía un Sagrario, que todos los comarcanos reverenciaban. Aquél era el punto de reunión que Padilla había señalado a sus tropas, y allí estaba Dña. Juana Azurduy atrincherada, con un cañón ligero y la reserva de municiones, rodeada por los naturales que la adoraban como a la imagen de la Virgen del Villar. Sucesivamente fueron llegando en desorden las compañías, fatigadas por la pelea y

la marcha del día anterior, y se entregaron imprudentemente al descanso, sin tomar ninguna precaución".

"Aguilera, poniéndose al frente de un grueso destacamento de caballería bien montado, cargó repentinamente sobre el Villar el 14 a las 3 de la tarde. Sorprendido Padilla, trató de reunir los suyos, ayudado por su valiente esposa Doña Juana; pero, todo fue en vano, el pánico se apoderó de ellos y ni aliento tuvieron, ni aun para disparar un tiro. Padilla, desesperado, se entregó a la fuga, acompañado de su esposa. Acompañábale el Padre Mariano Suárez Polanco, que le seguía a todas partes como capellán, secretario y ayudante de campo, armado de carabina y pistolas. Aguilera, precedido de algunos oficiales se lanzó en persecución de Padilla dando riendas a su brioso caballo. Doña Juana, que había quedado un poco a retaguardia iba a caer prisionera, cuando advirtiéndolo su esposo, vuelve sobre sus pasos, descarga sus dos pistolas, carga en seguida sobre los oficiales que la acometían, y consigue salvar la, (1) Nos permitimos interrumpir la relación magistral del General Mitre, con la inserción que aquí nos parece oportuna, de las siguientes líneas, que concluyen las que encierra la nota puesta en la pág. 44, tomadas de un artículo de prensa, relativo a la heroína que nos ocupa. Forman ellas algo así como los perfiles biográficos de Doña Juana Azurduy de Padilla, que ponen en relieve las diversas fases y altas que caracterizaron a la egregia patriota.

"En el combate librado por los patriotas contra las fuerzas realistas comandadas por Aguilera, combate que tuvo lugar cerca, del Villar (departamento de Chuquisaca), el 11 de septiembre de 1816. Juana hubo de ser víctima de su arrojo, Notando Padilla el peligro que la amenazaba, voló a su lado y al verla herida, tomando por primera vez con ella el tono imperativo de Jefe, le mandó que se alejase. Mientras Juana, obligada por los suyos, cumplía tristemente esta orden, el célebre caudillo cayó mortalmente herido, muriendo en seguida degollado por la misma mano de Aguilera.

A la noticia de tamaña desgracia, agravada con la de los repetidos triunfos obtenidos por las armas realistas, en todo el Alto-Perú, Juana condescendió por fin con los ruegos de los suyos, buscando seguridad y reposo en el hospitalario suelo de las Provincias Unidas (República Argentina), Pero la tregua dada a la lucha, no podía ser de larga duración para la entusiasta y altiva patriota. De regreso a la patria, fue proclamada Jefe por los suyos, electrizados por tanto valor y tan inquebrantable constancia; y continuó hostilizando sin descanso a la fuerzas realistas, hasta que coronó la épica guerra de la Independencia la batalla de Ayacucho, ganada por el Gran Sucre.

En aquel momento, llega Aguilera, descarga un pistoletazo sobre Padilla, lo derriba del caballo, ordena al Padre Polanco (que no lo había desamparado en aquel trance) que lo absuelva, ejecutado lo cual, el feroz Aguilera le corta con su propia mano la cabeza. En la persecución, una de las mujeres que formaban la guardia de amazonas de Doña Juana, es alcanzada, y equivocándola con ella la degüellan.

Los muertos del campo de batalla, en las dos jornadas no pasaron de 60, pero los exterminados en la persecución y en las matanzas subsiguientes, alcanzaron a 700. Sesenta y siete prisioneros tomados en los dos días, fueron pasados por las armas, sin forma alguna de juicio. El Padre Polanco, sometido a una comisión militar para ser ejecutado después, fue sentenciado a presidio. La cabeza de Padilla fue clavada en una pica en la plaza de La Laguna, y a su lado se colocó la de una mujer degollada, que se suponía ser su esposa Doña Juana. Los españoles mandaron batir medallas en conmemoración de estas jornadas. (1) Cuando Bolivia llegó a Chuquisaca, quiso conocer a la notable heroína alto-peruana, y puso personalmente en sus manos el despacho que le acordaba el grado de Coronel de los ejércitos de la Patria.

Tal es la fase heroica de la vida de esta mujer extraordinaria: si ella la hace brillar como un astro en nuestra historia patria, no es menos digna de consignarse la que se relaciona con sus virtudes delicadamente femeninas en el seno del hogar, y que le dan igual derecho a nuestra admiración y a nuestro cariño.

Bella, inteligente e ilustrada, con poder omnímodo entre los suyos, rodeada de amor y de prestigios. en medio de la licencia de los campamentos, nunca osó la calumnia empañar la blancura de su vida, confesando todos que su corazón lo llenaban por completo tres únicos amores: la patria, su esposo y sus hijos.

Así es como se levanta Juana Azurduy de Padilla. sobre el doble pedestal de la mujer heroica por la cabeza y adorable por el corazón, Y como si estas coronas no bastasen a su gloria, la patria se encargó de darle la del marido, dejándola vivir pobre, oscura y olvidada hasta el año 1861, en que murió en la indigencia.

Consignamos con rubor este hecho, apresurándonos, empero, a recordar el estado de completa desorganización en que quedó el país, presa de las ambiciones y víctima de las luchas a que conduce irremisiblemente la brusca transición del extremo del despotismo a los excesos de la libertad, que los alto-peruanos apenas conocían de nombre. En situación semejante, los pueblos son fatalmente ingratos. Sirva es la triste consideración para atenuar, ya que la disculpa es imposible, la parte de responsabilidad que tiene Bolivia ante la memoria de Juana Azurduy de padilla, honra y prez de las patriotas sud-americanas".

El elogio de Padilla y de su viuda, fue hecho por sus mismos enemigos en sus documentos oficiales, El General en Jefe español decía al Virrey de Lima, al dar cuenta de las derrotas de La Laguna y del Villar: "La fortuna había acompañado a aquel caudillo (Padilla) desde poco después de las primeras convulsiones políticas de estas provincias. En más de cinco años de sedición y todo género de hostilidades, había adquirido un riesgoso ascendiente en los naturales de ellas, y no pocos recursos para conservarlos insurrectos. En distintas ocasiones tuvo la audacia de invadir la ciudad. La Plata (Chuquisaca), hallándose ésta con respetable guarnición, y la mantuvo en asedio por algunos meses, Su mujer, con despecho y ánimo superior a su sexo, se ha presentado frente de sus huestes insurgentes en muchas acciones" (1) Parte del General Ramírez al Virrey de Lima, de 13 de octubre de 1816, inserto en la "Gaceta" de Lima del mismo año.) El pueblo de La Laguna, donde la cabeza de Padilla fue puesta por

escarnio en una pica, lleva hoy su nombre ilustrado por sus hazañas y su martirio, como Cinti el de Camargo y Cololó el de Muñecas.

Los restos de Padilla, se retiraron a Pomabamba, sobre la frontera del Chaco, y en el punto denominado Segura se reunió una junta de guerra, a la que asistió Dña. Juana en su calidad de Teniente Coronel de los ejércitos de la patria con que el Gobierno de las Provincias Unidas la había condecorado por sus hazañas, y vestida de luto por la pérdida de su ilustre esposo, votó a la par de los demás capitanes. En ella se acordó confiar el mando de la insurrección al comandante D. Jacinto Cuelo, a quien conocemos ya, el cual nombró por su segundo al Mayor don Esteban Fernández, natural de Potosí, que había acompañado a Padilla en todas sus empresas".

En varios episodios publicados por escritores bolivianos, sobre los sucesos que narramos, se hace cumplida justicia al eminente historiador de quien acabamos de transcribir lo que antecede. Sus dotes literarias, universalmente reconocidas, la seriedad que caracteriza sus aseveraciones, los copiosos documentos que ha tenido a su disposición en los ricos archivos públicos y privados de Buenos Aires, (de que por desgracia carecemos en Bolivia), y la rectitud y elevación de sus juicios, lo hacen justamente digno del eminente puesto que ocupa entre los historiadores sud-americanos. Las pequeñas rectificaciones que vamos a atrevernos a deslizar en el majestuoso y conmovedor cuadro que su mano maestra ha puesto ante nuestra vista, son de aquellas que escapan siempre al escritor más concienzudo, cuando los acontecimientos que se refieren, los ha borrado el tiempo y la distancia y no hay documentación detallada al respecto, como lo declara con lealtad el General Mitre, y cuando faltan también los medios de conocer la topografía de la región en que se desarrollan los acontecimientos.

Así por ejemplo, la distancia de La Laguna al Villar, no es de nueve sino de doce leguas español y este último pueblo, que el historiador califica de lugarejo habitado por indios, conserva hasta nuestros días en sus arruinadas casas, vestigios de la relativa importancia que tenía entre los de su género en la época de la guerra de la Independencia.

La permanencia de Padilla y de Dña. Juana en La Laguna, antes del desastre del Villar, la asevera allí una tradición unánime, tradición que confirma igualmente que el combate empezado en aquel pueblo, duró tres días como lo dice el historiador español García Camba, citado por el General Mitre en su nota 48, pág. 598.

Respecto al lugar del último desastre de los patriotas y de la muerte del caudillo, que Guzmán y Mitre colocan en el mismo pueblo del Villar, podemos afirmar por datos cuidadosamente recogidos, que esos acontecimientos tuvieron lugar en un sitio llamado el Portezuelo, distante dos leguas aún de aquel pueblo, y desde el cual empieza a hacerse más sensible la subida que a él conduce y redobla la fragosidad de la ruta.

Hechas estas ligerísimas salvedades, continuamos nuestra tarea, tomando los acontecimientos en la noche del 13 al 14 de septiembre.

Hechas las anteriores aclaraciones, prosigamos el relato:

Rendidos y diezmados por la marcha y por dos días de consecutivos combates, los heroicos soldados de Padilla tomaron unas horas de reposo, tregua concedida por la misma fatiga de sus perseguidores y alentados con la perspectiva de la proximidad del patriota y decidido pueblo del Villar, a donde un pequeño esfuerzo más los llevaría en breve, se entregaron a la quietud y al sueño de que imperiosamente necesitaban.

El infatigable caudillo, superior al cansancio del cuerpo, vigiló con solícito cuidado la instalación de su diezmada tropa, ocultando aún a su propia esposa la devoradora contrariedad que aquel inevitable reposo le causaba.

—Daría el resto de mi vida porque nos halláramos ya en el pueblo, murmuró, al retirarse a su alojamiento.

—Lo creo, mi Coronel, repuso Polanco, que marchaba a su lado; pero, como no nos es posible, dar alas a los cansados pies de nuestra gente, hay que resignarse a darles siquiera breve reposo.

—Cierto, contestó tristemente Padilla. ¡Y son dos pesadas leguas aún las que nos separan del Villar! ¡Paciencia! Por lo demás, las medidas tomadas para evitar una sorpresa, nos garantizan un par de horas de tranquilidad y es cuanto necesito para poder exigir el último esfuerzo de los míos.

Mientras el caudillo, cumplidos sus deberes de Jefe, daba a su vez descanso al cuerpo, se cumplían estrictamente sus órdenes por lo tocante a la seguridad del campamento. Gonzalo y Abel habían solicitado como una gracia especial hacer la guardia en los puntos más cercanos al enemigo, y

concedida que les fue, tomó cada uno la posición más conveniente para vigilar los movimientos de los realistas.

La noche era oscura y muy fría. Abel, envuelto en un abrigado poncho de finísima lana de vicuña, combatía la invasión del sueño y del frío recorriendo rápidamente la distancia señalada para su facción, cuando oyó a sus espaldas una voz baja y cautelosa que llamaba a Gonzalo. El mancebo se detuvo y volvió bruscamente el rostro, encontrándose a pocos pasos de un hombre solo.

—¿Qué se ofrece?, pregunto Abel con aspereza (*) —¡Ah! gracias a Dios que nos erraron las señas.), contestó gozoso el desconocido. Yo no sé cómo diablos se las ha compuesto el Padre D. Lope, 'para saber que Ud. se encontraba aquí de centinela. El caso es que pidió al Coronel que le diese a uno de los vaqueanos más diestros del ejército, y señalado que fui yo, me dijo el Padre. Toma este puñado de monedas, y te espera otro tanto, si das sobrino D. Gonzalo en el campamento enemigo. Sé que es uno de los centinelas que nos vigila de frente. Es joven y muy bien parecido. Empieza por dar prudentemente su nombre, y como no sé que haya otro que así se llame entre los rebeldes y que tenga su buena apostura, si contesta no vaciles en entregarle este papel. ¡Ea! marcha, y piensa que necesitas de toda tu astucia y de tu prudencia para no dejar el pellejo en la demanda. Oír este discurso, tomar las monedas y el pliego y emprender el camino, fue todo uno y mi mayor suerte ha sido que el primero que me pareció D. Gonzalo fuese Ud. mismo. Con que, aquí tiene Ud. el papel, y como no esperaba contestación, me largo más que de prisa, que aquí no me soplan muy buenos vientos.

Durante la charla del mensajero, el espíritu de pasó por diversas y angustiosas fases. A la sorpresa sucedió la indignación, a ésta el irresistible deseo de apoderarse del desconocido y dar la voz alarma a los suyos; pero dominando este arranque con una prudencia superior a sus años, que la pensó que la insignificancia de su captura no compensaría el sobresalto que iba a ocasionar en el campamento, arriesgando también que se pusiesen en guardia los realistas con la ausencia del mensajero; y puesto que el pliego enviado a Gonzalo debía contener la explicación de aquel misterio, lo mejor era tomarlo y dejar en su error al que lo conducía.

Así, pues, el mancebo se contentó con decir al conductor:

—Gracias, mi buen amigo. Puede retirarse inmediatamente.

Licencia que no necesitó ser repetida, perdiéndose en el acto el mensajero como una sombra entre la densa oscuridad de la noche.

Aquel pliego quemaba las manos del joven. ¿Abandonar su puesto? ¡Imposible! ¿Cómo imponerse del contenido de ese mensaje misterioso? del que dependía tal vez la suerte de Padilla y de los suyos? ¿No encerraría acaso la confirmación de las sospechas que no había cesado de abrigar contra Gonzalo? El mismo envío de aquel pliego ¿no daba derecho a creer que el joven estaba en connivencia con los realistas?

—Pues bien, pensó el mancebo, me costará la vida el abandono de mi puesto, pero saldré de una vez de este infierno de conjeturas, y si ello merece la pena, será ocasión de comunicarlo al Coronel.

Y sin permitirse más tiempo para volver sobre su arriesgada resolución, tomó precipitadamente el camino al campamento. En él, reinaba un silencio sepulcral, que heló como un mal presagio el corazón de Abel. Apresuró febrilmente el paso y entró a una choza derruida en la que chisporroteaba un tronco medio consumido por el fuego. Atizó la moribunda llama, y rompiendo precipitadamente la cubierta, leyó lo que sigue:

"Gonzalo, hijo mío: Sólo por tu amor me tienes lejos de mi santa casa. Ignoro si estas líneas llegarán a tus manos: pero, prefiero arriesgar el todo por el todo para salvarte, ya que fui yo el que te lanzó por el mal camino, bien que ello ha redundado en provecho de nuestra causa, por lo que debemos confiar en la remisión de nuestras culpas. La destrucción total de los rebeldes es ya un hecho: ellos se proponen ganar el Villar sin tropiezo, cuando a la hora en que te escribo estas líneas, están cerrados por un círculo infranqueable de bayonetas, de tal modo que aunque este aviso cayese en manos; del cabecilla sería tarde para que aprovechase de él. Vuelve, pues, a mis brazos, hijo mío, no me dejes con el espantoso remordimiento de haberte sacrificado, cuando entre los tuyos te esperan honores y provecho. Piensa que a tu muerte, se seguirá sin dilación la de tu desventurado tío.

FRAY LOPE

—¡Oh! —murmuró Abel, estrechándose la frente con desesperación. ¡Perdidos! ¡Mis sospechas justificadas! Y ¡jella! ¡jella! Volemos a salvarla, que luego mi mano acertará con el corazón del traidor para arrancárselo del pecho.

Cuando el mancebo llegó al alojamiento del caudillo, había tomado la firme resolución de guardar para sí la terrible revelación que pesaba sobre Gonzalo, temiendo que la generosidad de Padilla lo salvase del castigo ejemplar que su negra deslealtad merecía. Tranquilizó su semblante, normalizó los precipitados latidos de su pecho, y seguro ya de sí mismo, llamó suavemente a la

endebte puerta de la choza ocupada por el caudillo, por entre cuyos numerosos resquicios se escapaba la débil luz de una vela.

—¿Quién? —preguntó inmediatamente la voz de Polanco.

—Yo, mi Padre. Asunto urgentísimo.

—Empuja y entra: no está asegurada la puerta. Obedeció Abel y encontró de pie a Padilla y a su Secretario. Al ver al mancebo, el caudillo dió vivamente un paso hacia él.

—Mi Coronel, —se apresuró a decir el joven con voz respetuosa, pero firme. —He abandonado *mi* puesto y sé el castigo que me espera: lo he aceptado de antemano. Ahora sólo se trata de poner en salvo a la Señora: nuestra marcha sobre el Villar es imposible; el enemigo nos cerca y nuestra ruina parece inevitable.

—Me lo temía, contestó simplemente Padilla, mientras se escapaba a Polanco un ademán desesperado. Pero tú, hijo mío, ¿cómo has podido tener evidencia de ese hecho?

—Por medio de un espía del enemigo, mi Coronel, repuso el mancebo con aplomo.

—Y ¿ese espía?

—Tomé sobre mí la responsabilidad de dejarlo libre, pues, juzgué prudente no alarmar el campamento con la captura de un prisionero sin importancia.

—Obraste cuerdamente, muchacho, —exclamó Polanco. ¿Y ahora, mi Coronel?

—¿Qué hora tiene Ud.? —preguntó Padilla de pronto.

—Las dos y media de la madrugada.

—Pues bien, sigamos el consejo de Abel, aprovechando de las últimas y pocas horas de sombra para ver de poner en salvo a Juana y Eva.

—¿Sin contar con su propia voluntad? —dijo una voz que estremeció a los tres interlocutores, y se presentó Juana por una pequeña puerta que daba paso a otra habitación tan miserable como la primera.

—¿Has oído? —empezó Padilla con ansiedad.

—Todo, le interrumpió su esposa, añadiendo con melancólica sonrisa: No dormía y como estos tabiques no se hicieron para guardar el secreto, era forzoso ser indiscreta.

—Tanto mejor, repuso brevemente Padilla: de ese modo, ya sabes de lo que se trata. Que Eva y las mujeres que te acompañan, se preparen en el acto para marchar contigo.

Juana colocó sus dos manos sobre los hombros de su esposo, y clavando sus ojos en los suyos, le dijo con una sonrisa que la solemnidad de las circunstancias hacía desgarradora.

—No es serio lo que me dices, Manuel, por lo que a mí toca. En cuanto a Eva y mis leales compañeras se cumplirán tus órdenes.

Padilla se dejó caer con, inmenso desaliento sobre un banco, mientras su Secretario volvió la cabeza para ocultar su emoción; pero Abel, desesperado, fuera de sí, se precipitó a los pies de Juana, y con las manos juntas exclamó con voz entrecortada.

—Por Dios y por la Virgen, Señora, piense Ud. en sus hijos... Sería un crimen, un horrible crimen entregarse deliberadamente a una muerte cierta.

—¡Y bien! —repuso Juana—, ese crimen, ¿no vamos a cometerlo todos?

—Pero es que ese sacrificio se nos impone, Señora, contestó el mancebo con energía: ¿cómo burlaríamos la vigilancia del enemigo? Mientras que para un pequeño grupo hay alguna probabilidad de lograrlo.

—Querido niño, dijo Juana, estrechando las manos de Abel y obligándolo a levantarse, reconozco una vez más tu filial cariño y agradezco tu buena intención; pero, no hablemos mas de mí, y no perdamos un tiempo inapreciable. Ve a informar a Eva y a mis compañeras de lo que se trata y que se preparen inmediatamente para ponerse en marcha. En cuanto a nosotros, debemos reunir a los Capitanes e informarles de la situación.

—¡Es verdad!, —murmuró Polanco—. Siempre está la razón de parte de Ud., Señora. Voy volando a citarlos.

Y salió precipitadamente.

—¿Y bien?, —exclamó Juana impaciente, notando la inmovilidad de Abel—. ¿No cumples mi encargo.

—Perdón, Señora, contestó el mancebo con sombría resolución. Si Ud. busca la muerte, no tiene para mí ningún atractivo la vida. No puede Ud. impedirme que participe de su sacrificio.

—Y Eva, nuestra querida Eva ¿la abandonas desgraciado?

—No, contestó apareciendo la rubia y encantadora niña, porque la suerte de Ud. será la de los dos hermanos.

Juana, vencida por tanta abnegación, unió contra su seno aquellas dos hermosas cabezas, y un hondo y silencioso sollozo levanto dolorosamente el pecho de la heroína.

Padilla mientras tanto, permanecía inmóvil. Quizás, por primera vez en su vida de heroísmo, le faltó su inquebrantable fuerza de voluntad para dominar su profundo desaliento. Juana fue hacia él, e inclinando su esbelta y aventajada estatura, besó con religioso respeto su frente humedecida por el sudor de una insoportable angustia. Aquel ósculo santo electrizó al caudillo: su mirada encontró la de su esposa, y volvió a su rostro la expresión de resolución y energía incontrastables que se leía en él, en los momentos de supremo peligro.

Las tres y media de aquella mañana del 14 de septiembre, decisiva y solemne para los destrozados pero inquebrantables restos de las fuerzas patriotas, formaban respetuoso grupo a la puerta del miserable alojamiento del caudillo, los capitanes sobrevivientes a los combates sostenidos en retirada contra el aguerrido y numeroso ejército realista. Allí se distinguía al prudente Fernández, al leal, Cueto, al esforzado Ravelo, al intrépido Lugones y otros cuyos beneméritos nombres ha cuidado de recoger la Historia. Informados de la situación por el Padre Polanco, acudían a oír la autorizada opinión de Padilla, y resueltos a cumplir sus órdenes con el deliberado sacrificio de sus vidas.

Sus impresiones cambiadas en voz baja y entrecortada, formaba un tenue murmullo que cesó por completo ante la presencia del caudillo. La oscuridad impedía ver su rostro, pero su acento naturalmente breve e imperioso, no revelaba la menor emoción en aquella naturaleza de hierro.

—Mis nobles y valientes capitanes, amigos mil veces probados en la adversidad y el sacrificio, les dijo: llega el momento solemne del desenlace de nuestros esfuerzos. Sabéis como yo, que éste no es dudoso y que la suerte nos vuelve las espaldas. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Pero si no hay probabilidad de salvación, aceptando en masa el choque inevitable que sufriremos del enemigo con la primera claridad del día, deber nuestro es buscar el medio de conservar el don precioso de la vida, de que tenemos que responder ante el Padre de todo lo creado. En esta inteligencia, mi opinión, valientes compañeros míos, es formar pequeños grupos para acometer a la vez por distintos puntos el cerco en que nos hallamos encerrados. Mi esposa con sus esforzadas compañeras, y algunos oficiales, formará el grupo de reserva, y yo con mi leal Secretario acudiré a donde creáis necesaria mi presencia.

—¡Bien! ¡Muy bien! Manos, pues, a la obra, contestaron los Jefes, reanimados por aquel sencillo plan que les hacía vislumbrar un rayo de esperanza.

—Sí, manos a la obra y sin perder un solo instante, añadió el caudillo, porque nuestro mejor auxiliar es la sombra que luego cederá su lugar a los rayos de la aurora. ¡Actividad y sigilo, mis nobles capitanes!

Acostumbrados a incesantes y rápidas evoluciones, los patriotas emprendieron en el acto la realización del plan propuesto por Padilla, contando con las horas de respiro tomadas ya por la extenuada tropa.

Igual operación se efectuaba por el estado mayor de Juana, si nos es permitido llamar así, al grupo de amazonas y de oficiales que la rodeaban. Entre éstos, es inútil decir que figuraban en primera línea Gonzalo y Abel. El primero buscando ansiosamente la tierna mirada de Eva y una ocasión para estrechar sus delicadas manos y murmurar a su oído una palabra apasionada; el segundo sumergido en su sombría preocupación, de la que solo la presencia o la voz de Juana lo sacaban produciéndole un ligero estremecimiento. Por lo demás, nada de extraordinario en su hermoso y juvenil semblante, que revelase el infierno que ardía en su corazón.

La actividad de Padilla y de sus lugar-tenientes, se centuplicaba más, no era posible esperar que antes de una hora, pudiese empezarse a realizar plan del caudillo, y éste veía con ansiedad que apenas tendrían ante sí otra hora de indecisa sombra que favoreciese la sorpresa.

Llegó, en fin, el instante en que, reunidos por última vez los Jefes al rededor del caudillo y de Juana, escucharon sus instrucciones breves y claras, cambiando en silencio un único y fuerte apretón de manos; y colocados a la cabeza de sus respectivos grupos, empezó la dispersión con paso cauteloso y rápido.

Los exploradores enviados oportunamente por Padilla, habían confirmado la relación de Abel, indicando, además, la corta distancia que separaba a la fuerza patriotas del círculo formado por los realistas.

En aquel instante de solemne expectativa, Polanco consultó su reloj:

—Las cuatro y tres cuartos, —murmuró con desaliento.

Padilla cruzó las manos sobre el pecho y dijo con acento firme:

—Confiemos en Dios, Señores, y ¡viva la Patria! que ella no morirá, por más que en su defensa, perezamos sus defensores!

La sorpresa fue ejecutada con una intrepidez y acierto dignos de sus ejecutores, consiguiendo en más de un punto, abrir brecha en la muralla viviente que los estrechaba y entre la que no tardó en producirse el pánico, animando así el arrojo y las esperanzas de los patriotas.

—Señor, Señor, murmuraba Polanco, mirando ansiosamente al cielo, en cuyo dilatado ámbito, empezaban a palidecer rápidamente las estrellas, ¿no producirás un nuevo Josué que detenga esta vez las sombras?

Su fervorosa súplica no fue escuchada; y la luz del día, sin transición de crepúsculo, como acontece en nuestra zona, descubrió a los realistas la estratagema de aquel puñado de valientes; y la serenidad y valor castellanos, tomando de nuevo la dirección del movimiento, organizó rápidamente el cerco, haciendo retroceder a su vez a los patriotas; pero, la necesidad de reposo hizo suspender tácitamente las hostilidades, los patriotas comprendiendo que debían renunciar a toda esperanza, y los realistas con la seguridad de una pronta y decisiva victoria.

El sol que en esa estación del año aparece cerca de las seis de la mañana, alumbró sereno e impasible, aquel cuadro de desolación; pero su aspecto pareció reanimar a los patriotas, que se apresuraron a encender alegres fogatas y afrontar como fue posible un sumario y frugal desayuno.

Padilla se daba exacta cuenta del desenlace fatal de la jornada y con su temple de alma inquebrantable, deseaba de todas veras que los realistas abreviasen aquellas horas de insoportable agonía. Juana, serena y resuelta, comprendía el pensamiento de su esposo, y tenían bastante fuerza de ánimo para alentarlo con una sonrisa llena de resignación y de ternura. Sentada al abrigo de una derruida choza, acariciaba maquinalmente la rubia cabeza de Eva que, rendida por la fatiga, había acabado por reclinarla sobre las rodillas de la heroína, entregándose a un apacible sueño. Abel a un lado y Gonzalo al otro, con las armas al hombro, contemplaban religiosamente aquel bellissimo grupo, oprimidos por funesto presentimiento.

Polanco, después de cumplir su sagrado ministerio al lado de los huidos y de los que, en previsión de la muerte, lo habían solicitado, se sentó sobre una piedra, ocultando entre las manos su rostro inteligente y pálido.

—Padre, dijo de pronto Padilla, no tardaremos en ser atacados, y yo querría, que unidos a los restos de mis valientes, nos diese Ud. la absolución.

Un ligero temblor sacudió el cuerpo de Polanco, pero contestó con voz tranquila:

—Dios bendiga a Ud., mi Coronel, por esa cristiana idea. Me tiene Ud. a sus órdenes.

Impartidas las del caso, no tardó el reducido grupo de patriotas en hallarse reunido. A una señal de Polanco, se doblaron todas las rodillas y se inclinaron aquellas frentes tostadas por la inclemencia y marcadas ya por el martirio. Polanco de pie sobre una pequeña eminencia, con las manos extendidas y la mirada fija en el cielo, pronunció con voz pausada y solemne las santas y consoladoras palabras del perdón y de la remisión de los pecados, en medio de un imponente silencio. Terminada la ceremonia Padilla se puso de pie, y dijo con su acento firme y claro:

—Ahora, amigos y compañeros, esperemos a pie firme al enemigo: podemos morir en paz.

La última vibración de la voz del caudillo, fue ahogada por la detonación de la metralla y de la mosquetería enemigas.

El combate se trabó a muerte.

Impotentes para describir el grandioso cuadro de aquel heroísmo de la desesperación, vamos a reducirnos a seguir únicamente a algunos de los personajes de esta historia, para quienes el fuego de la pólvora era menos violento y ardiente que el de las pasiones que los agitaban.

El grupo encabezado por Juana, que lucía su vistoso arco de combate, como un desafío a la puntería del enemigo, ejecutaba prodigios de valor. El gracioso casco que cubría la arrogante cabeza de la heroína, se distinguía allí donde era mayor el fuego y más reñido el combate, y los suyos, electrizados por su ejemplo, creían se invulnerables bajo la égida de su mirada. Nunca, como entonces mereció con más justicia la fanática admiración de los suyos: era el acabado ideal de la belleza, del valor y de la abnegación.

Había cuidado de tener a Eva siempre a su lado, bajo el inmediato amparo de algunos de sus jóvenes oficiales y de sus valientes amazonas; su mirada la buscaba incesantemente, pero llegó un momento en que el ataque dispersó aquel heroico grupo y Eva fue envuelta entre las filas enemigas. Cuando Juana consiguió rehacerse, la desaparición de la rubia niña le arrancó un grito de angustia. Buscó a sus dos inseparables ayudantes, Abel y Gonzalo: este último también había desaparecido y el primero volvía de una carga contra el enemigo.

—Abel, hijo mío, le gritó Juana, salva a mi querida Eva: Espero en Dios que la encuentres prisionera... Lleva toda la gente que creas necesaria para rescatarla: Sálvala, sálvala, cueste lo que cueste.

Abel vaciló como un hombre ebrio, y llevándose las manos al pecho para ahogar el grito que iba a desgarrar su garganta, murmuró sordamente:

—¡Mi hermana prisionera...! ¡Desventurada niña!

Y con la violencia de la desesperación, torció la brida a su caballo, para lanzarse al enemigo, pero un pensamiento lo detuvo, y volviendo a Juana, miró con ansia a su alrededor.

—No veo a D. Gonzalo, dijo con esfuerzo, ¿Así abandona su puesto en el momento del conflicto?

—No lo acuses, Abel, contestó Juana; se ha portado como un valiente escudando sin vacilar y con inminente riesgo de su vida a las mujeres y desdeñando herir al enemigo. Temo que su ausencia signifique su muerte.

—No lo permita el Cielo, exclamó violentamente el mancebo. Sería robarme el derecho que la Providencia me tiene concedido... Adiós, Señora, el deber me reclama... ¿Me atreveré a solicitar de Ud. un adiós que puede ser el último?

Juana conmovida hasta sentir deslizarse una lágrima por sus mejillas, extendió ambas manos a Abel, que uniéndolas entre las suyas, las llevó a sus labios depositando en ellas un ósculo supremo; y arrancándose violentamente de aquel sitio, partió a escape.

—A lo menos, murmuró aspirando con delicia el torbellino de humo y polvo que azotaba su rostro ¡él no queda a su lado!

En aquel momento el combate parecía llegar a su máximo de recrudencia. Abel, hondamente preocupado por la suerte de Eva, parecía indiferente al peligro e invulnerable a las; balas que cruzaban en todas direcciones como en un inmenso fuego de artificio. Sus ansiosas averiguaciones o no obtenían respuestas o éstas eran contradictorias. Por último, Santiago que formaba en el grupo mandado por el indomable Padilla, contestó a la interrogación del mancebo.

—Creo haber visto desaparecer tras de aquella pequeña eminencia, hace buen rato, un reducido grupo en el que iba una mujer, que estaba acompañada o perseguida por un oficial, que eso no puedo asegurarlo a punto fijo.

Abel se lanzó en aquella dirección, que, por fortuna, no había aún sido invadida por los combatientes. No tardó en ganar aquella poco elevada eminencia, cortada al otro lado por una profunda y estrecha quiebra, a donde era imposible bajar montado. Echó pie a tierra y aseguró su caballo por la brida al nudoso tronco de un árbol, y requirió en seguida sus pistolas examinando cuidadosamente la carga. El próximo relincho de un caballo le causó una conmoción eléctrica, y tomó con precaución la dirección en que acababa de oírlo.

Marchando casi de cuclillas, oculto entre la paja y los matorrales que cubrían la tierra, no tardó en descubrir a la orilla opuesta del hondo barranco a un hombre que, con igual cautela e idénticas precauciones a las que él tomaba, parecía examinar ansiosamente los alrededores. No podía verle el rostro, pero los latidos desordenados del corazón, le revelaron que aquel hombre que así abandonaba cobardemente el campo de batalla, no podía ser otro que Gonzalo.

Cegado por la explosión de su odio, tanto más terrible cuanto fuera más tiempo y más cuidadosamente comprimido, Abel se enderezó violentamente, bastando aquel movimiento para hacer volver el rostro con sobresalto al que, según su juicio, era doblemente culpable: y el mancebo y el joven castellano se encontraron cara a cara, distanciados tan sólo por la profunda y estrecha quiebra.

—¡Ah!, gritó Abel con una explosión intraducible de gozo y de odio delirantes: temía que la Providencia fuera injusta privándome de tu castigo. Muere a mis manos traidor... y muere llevando además el estigma de desertor cobarde.

Instantáneamente se oyó la detonación de una de las pistolas de Abel, y la voz de Gonzalo que abriendo convulsivamente los brazos exclamó, cayendo desplomado:

—¡Dios mío!... ¡Soy muerto!

Dos gritos que estremecieron a Abel, contestaron a esta exclamación como un eco.

El mancebo, sin embargo, se apresuró, como cristiano y como caballero, a atravesar el barranco para auxiliar a su enemigo, si aún era tiempo. Cuando llegó al sitio del desastre, Gonzalo yacía en los brazos de Eva, y arrodillado a su lado daba muestras de silenciosa desesperación un religioso del hábito de Mercedes.

Este trágico grupo, entregado a su dolor, en su preocupación, no notó la presencia de Abel.

Eva posaba convulsivamente sus labios sobre la frente de Gonzalo, exclamando con voz entrecortada:

—Mírame, Gonzalo. ¿Por qué te empeñas en privarme de la luz de tu mirada? No acabas de darme la mayor muestra de tu amor, salvándome de las manos del enemigo con riesgo de tu vida? .. Habla: quiero que me repitas los juramentos de tu amor que tantas veces escuché de tus labios como una caricia celestial.

Y volviéndose de pronto al fraile que tenía colocada una de sus manos sobre el pecho de Gonzalo, buscando en él un resto de vida, le dijo con acento seco e incisivo:

—Usted se dijo tío, casi segundo padre de mi amado cuando en medio del fragor de la batalla lo, reconoció Ud. batiéndose solo contra el grupo enemigo que me retenía prisionera: Ud. contribuyó a salvarlo Y a salvarme prometiendo unir nuestros destinos y santificar nuestro amor: cumpla Ud. promesa, caballero.

D. Lope miró con ojos extraviados a la pobre niña, y Juntando sus adelgazadas y temblorosas: manos, las levantó sobre la pálida y hermosa cabeza de Gonzalo en actitud de implorar perdón.

—¡Oh! hijo mío, exclamó con acento ronco y entrecortado por sus sollozos; no sé si puedes aún escucharme, pero yo quiero que el cielo y la tierra, si fuera dado que el mundo entero, me oigan y conozcan mi crimen. Mi amor por la causa del Rey extravió mi criterio, y explotando con hábil crueldad tus simpatías por la causa de los rebeldes y tus sentimientos de humanidad, te hice creer en la existencia de ese pliego apócrifo con que amenazaba la cabeza de los supuestos comprometidos. Mi fin era hallar en ti el mensajero seguro y leal que se necesitaba para llevar esa falsa promesa al cabecilla insurgente y adormecer con ella su temida actividad. Y tú caíste en el grosero lazo, desventurado hijo mío, y el culpable vive y el inocente expía el crimen... ¿Por qué, cuando acudí a tu defensa, resististe seguirme, rehusando terminantemente abandonar este campamento maldito?

Un sollozo desgarrador que oyó a sus espaldas, estremeció a D. Lope y antes de que tuviese tiempo de volver la cabeza, Abel, caía de rodillas á su lado.

—Era inocente, y era a Eva a quien amaba... ¡Desgraciado de mí!, murmuró el desventurado ocultando el rostro entre sus manos.

Aquella voz pareció galvanizar el cuerpo de Gonzalo y arrancar de su sombrío estupor a Eva.

—¡Hermano mío!, gritó la joven con un arranque de esperanza: Sálvalo... Yo lo amo...

—Abel, murmuró pausadamente Gonzalo, ¿podré llamarte al fin amigo?

—¡Perdón!, sollozó el mancebo inclinándose sobre el moribundo. ¡Perdón, hermano mío!

—¡Gracias!, articuló el joven, añadiendo muy quedo al oído de Abel. Déjala que ignore qué mano me arrebató a su ternura... te lo ordeno.

Y clavando en Eva una mirada de pasión suprema:

—¡Cuánto te he amado, ángel mío!, pronunció con voz suave como una caricia; y reuniendo su último aliento en un esfuerzo sobrehumano: Mi buen tío, añadió... Absuélvame Ud... ¡Adiós!

Rumor de voces y tropel de caballos, interrumpió el relativo silencio de aquel sitio y la solemnidad de aquel momento. Maquinalmente D. Lope y Abel levantaron la cabeza y en medio del grupo que pasaba a la carrera, Abel distinguió ondeante y altivo sobre la cabeza de Juana, el gracioso casco que aquel día había servido tantas veces de blanco al enemigo. Una voz, la de Cueto, decía agitadamente:

—Hemos cumplido las órdenes del Coronel, Señora, sacando a Ud. por fuerza del campo de combate, y cumpliremos la orden de salvarla mal que pese a su resistencia y aunque merezcamos su enojo.

—Eva, Abel, Gonzalo, amigos, hijos míos, gritó Juana con hondo desconsuelo, ¿qué es de vosotros en estos momentos?

Y el grupo pasó como un meteoro ante la azorada mirada del mancebo.

La sorpresa, la cólera y la desesperación, paralizaron sus movimientos y anudaron la voz en su garganta: comprendió que aquella fuga significaba el último e irreparable desastre de las fuerzas Patriotas.

—Padre, exclamo poniéndose violentamente de pié, cumpla Ud. su deber con los restos de Gonzalo, el mío me manda velar por los vivos. Ruegue a Dios por nosotros.

Con una fuerza superior a la delicada esbeltez de sus miembros, tomó a Eva en sus brazos, sin que la desventurada niña opusiese la menor resistencia ni diera señales de comprender lo que pasaba a su alrededor.

Los caballos de Eva, D. Lope y Gonzalo estaban cerca. Colocó cuidadosamente a Eva en el suyo, saltó sobre el de Gonzalo, y tomando por la brida el que ocupaba su hermana, partió siguiendo las huellas del grupo fugitivo.

Un ruido que oyó a su espalda, parecido a un lejano trueno, cuando apenas habían avanzado como a dos tiros de fusil del triste lugar en que yacía Gonzalo, le hizo comprender que una fuerte partida de gente seguía en la misma dirección. ¿Sería compuesta de fuerzas patriotas? ¿Tal vez acumulada por el caudillo que venía a reunirse con su esposa? Esta idea reanimó al adolescente; pero también podía ser una partida compuesta de soldados realistas en persecución de los fugitivos, ¿y entonces? ...Un sudor frío bañó las sienes del joven... ¿Qué suerte esperaba a Eva?.. Su mirada interrogó ansiosamente los alrededores. Se hallaban en la desnuda y pedregosa falda de una montaña abrupta y de imposible acceso a caballo: ni un bosque, ni una quiebra donde ocultarse a las miradas de los que llegaban con la rapidez del torbellino, y cuyas voces empezaban ya a herir a su oído. No le quedaba otro medio que precipitar con la espuela la velocidad de su caballo, sin abandonar la brida del que montaba su hermana, y confiar su salvación a una carrera desenfundada que les diese la mayor ventaja posible sobre los que seguían la misma ruta.

—Eva, hermana mía, le dijo, asegúrate con ambas manos de la montura para evitar una caída. Nuestra carrera tiene que ser rápida como la de un rayo: no te tome desprevenida.

Eva obedeció maquinalmente, y los caballos partieron como una flecha. Al mismo tiempo se oyó una voz que decía con aire de triunfo:

—Allí van... ya los veo... ¡son ellos! ¡Fuego, muchachos!

Las balas silvaron al rededor de los gemelos sin tocar los. Abel respiró con fuerza; pero, en aquel instante, su caballo cayó de bruces lanzando un doloroso bufido: tenía rota una mano por el choque contra una piedra: el sacudimiento fue tal, que arrojó al mancebo a distancia, aturdido por la fuerza del golpe.

La partida estaba sobre ellos.

—¡Rayos y truenos!, gritó el comandante. La indicación era exacta. Pie a tierra, Señores, y bendigamos de rodillas al cielo por nuestra fortuna. La indómita esposa del rebelde está en nuestras manos.

Un grito salvaje de triunfo contestó a estas palabras.

—No haya cuartel, añadió el digno subalterno de Aguilera. La hechicera puede aún escapársenos de las manos por sus artes diabólicas.

—¡A degüello, a degüello! gritó aquella soldadesca desenfrenada.

Y con resolución feroz, rodearon a la inocente niña que, inmóvil sobre el caballo, los contemplaba con sus magníficos ojos azules, serena e indiferente, como el ángel de luz en medio de una escena de sangre.

La belleza y su serenidad sobrenatural, sobrecogió a sus verdugos y medió un instante de silencio. Un tiro y un grito de agonía lo interrumpió bruscamente. Abel, vuelto en sí, desatinado, loco de desesperación, acababa de descerrajar un tiro sobre el hombre que se hallaba más próximo a Eva. Veinte soldados se precipitaron sobre el indefenso mancebo, mientras echada brutalmente a tierra, veía Eva lucir sobre su blanco cuello de cisne el cobarde puñal del asesino.

—Pronto, dijo dulcemente presentando su cuello al verdugo: de este modo voy a unirme luego con mi amado.

Los mas preciados trofeos de Aguilera, obtenidos en aquel desigual y bárbaro combate, fueron la cabeza de Padilla y las juveniles y hermosas de los dos gemelos.

* * *

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz —Bolívia

[Inicio](#)